



MARION LENNOX

PASIÓN EN EL CASTILLO



Marion Lennox

Pasión en el castillo



Argumento

Un destino inesperado.

Angus Stuart estaba más acostumbrado a las salas de juntas que a los castillos, pero al morir su padre se vio lanzado a un mundo desconocido. Volvió a la propiedad con la intención de venderla lo antes posible. Sin embargo, con las vacaciones a la vuelta de la esquina, el destino tenía otros planes para él.

En la puerta de su casa apareció Holly McIntosh, una chef australiana rebosante de alegría y desesperada por encontrar trabajo, por lo que no estaba dispuesta a aceptar una negativa por respuesta. Angus le ofreció un puesto temporal. Pero si alguien podía derretir el corazón del conde aquel invierno, esa era Holly.

Capítulo 1

Por favor, milord, queremos ir al castillo de Craigie por Navidad. Nacimos allí. Queremos volver a verlo antes de que se venda. Hay mucho sitio, por lo que no lo molestaremos. Por favor, milord.

«Milord». Era un título importante al que Angus no estaba acostumbrado ni al que probablemente se acostumbraría, ya que pretendía ostentarlo el menor tiempo posible y marcharse del castillo.

Pero aquellos eran sus medio hermanos, los hijos del segundo desastroso matrimonio de su padre, unos muchachos que no habían conseguido escapar de la pobreza y el abandono derivados de su relación con el viejo conde.

—Nuestra madre no está bien —dijo el chico, animado al ver que Angus no se había negado de forma tajante—. No puede llevarnos a visitarlo. Pero cuando usted nos escribió para decirnos que lo iba a vender y preguntar si ella quería algo… No quiere nada, pero nosotros sí. Nuestro padre nos envió lejos de allí sin avisarnos. Mary, que tiene trece años, pasaba horas en las colinas con los animales y plantas silvestres. Sigue llorando cuando se acuerda de ellos. No hay nada así en Londres. Quiere tener la oportunidad de despedirse. Polly tiene diez años y quiere hacer fotos del castillo para demostrar a sus amigos que realmente vivió allí. Y yo… Mis amigos están en Craigenstone. Teníamos un grupo musical: Me encantaría tocar de nuevo con ellos. Mi madre está tan enferma… Aquí, todo es terrible. Esta sería la…

El muchacho se interrumpió, pero se obligó a continuar.

—Por favor, solo esta vez para que podamos despedirnos como es debido. Por favor, milord.

Angus Stuart era un obstinado hombre de negocios que dirigía una de las empresas de inversiones más prestigiosas de Manhattan. Era inmune, desde luego, a las súplicas.

Pero cuando era un chico de dieciséis años el que suplicaba por sus hermanas…

¿Qué circunstancias los habían obligado a marcharse tres años antes? No lo sabía, pero conociendo la terrible reputación de su padre, podía suponérselo.

Pero si accedía, sería llevar a un grupo de adolescentes necesitados y a su madre enferma al castillo y tenerlo abierto más tiempo del que pretendía.

Angus, de pie en el enorme vestíbulo del castillo, pensó en todas las razones que tenía para negarse.

Pero había revisado las cuentas del castillo y había leído las desesperadas cartas que la madre había escrito al conde, en las que le contaba lo enferma que estaba y que sus hijos necesitaban apoyo, sin obtener respuesta. Aquella familia debía de haber vivido una pesadilla.

—Si puedo contratar a alguien para que se ocupe de vosotros… —dijo finalmente.

—Mi madre nos cuidará.

—Acabas de decir que está enferma, y parece que este sitio no se ha limpiado desde que tu madre se marchó hace tres años. Si encuentro a alguien que nos cocine y haga el castillo habitable, podréis venir. Te prometo que lo intentaré.

Angus Stuart era hombre de palabra, así que debía intentarlo. Pero no quería. La Navidad era una fiesta familiar y a lord Angus McTavish Stuart, octavo conde de Craigenstone, no le gustaban las familias. Había intentado formar una y había fracasado.

Además, el castillo no se parecía en nada a un hogar y no tenía intención alguna de convertirlo en uno. Pero para una familia necesitada…

Solo una vez. Solo aquella Navidad.

Se necesita cocinera/ama de llaves para tres semanas durante el periodo de Navidad. Solicitudes en persona en el castillo de Craigie.

El anuncio estaba en el escaparate de la única tienda de Craigenstone.

—Podría hacerlo —dijo Holly, pero su abuela negó con la cabeza con tanta fuerza que se le cayó el gorro.

—¿En el castillo? Tendrías que trabajar para el conde. ¡No!

—¿Por qué no? ¿Es un ogro?

—Casi. Es el conde.

—Creí que no conocías al actual conde.

—La bellota no cae lejos del árbol —afirmó Maggie sin dar más explicaciones al tiempo que recogía el gorro de la nieve y se volvía a poner—. Su padre fue un tirano durante setenta años. Y el padre de su padre, y así sucesivamente. El actual conde lleva treinta y cinco años en Estados Unidos, pero seguro que no ha mejorado.

—¿Cuántos años tiene?

—Treinta y seis.

—Entonces, ¿lleva viviendo en Estados Unidos desde que tenía un año? —preguntó Holly, sorprendida.

—Helen, su madre, era una heredera americana. Dicen que por eso

se casó el conde con ella, por su dinero. Dios sabe cómo convencería a aquella chica preciosa para que se fuera a vivir a ese castillo, que es como un mausoleo. Circularon rumores de que el conde la había cortejado en Londres, y podía ser tremendamente encantador cuando se lo proponía. Después se casaron y la llevó a vivir a ese antro. ¡Qué susto se llevaría ella!

La anciana miró más allá del pueblo, donde la sombra gris del castillo dominaba el horizonte.

—Lo soportó casi dos años. Tenía agallas y parecía que quería al conde. Pero su esposo era frío y mezquino y, al final, no tuvo más remedio que reconocerlo. Desapareció hace treinta y cinco años, en Navidad, y se llevó al bebé.

—¿Y el conde no hizo nada?

—Parece que ni se inmutó. Tenía un heredero, por lo que probablemente le vino muy bien no tener que mover un dedo para criarlo ni tener que gastarse dinero en él. Nunca hablaba de su esposa ni de su hijo. Vivió solo muchos años y, al final, dejó embarazada al ama de llaves, Delia, que siempre se había dejado pisotear.

—¿Era de aquí?

—De Londres —respondió Maggie—. La trajo cuando se casó por primera vez y fue de las pocas personas del servicio que se quedó cuando lady Helen se fue. El conde acabó casándose con ella, ante el estupor general. Trabajaba como una esclava y le dio tres hijos. Pero el conde tampoco se interesó por ellos. Vivían en otra parte del castillo. Al final, Delia no pudo soportar el comportamiento atroz del anciano. Ella tenía artritis, y las exigencias del conde la estaban dejando inválida. Se marchó a Londres hace tres años llevándose a los tres niños. Desde entonces, nadie de la familia ha vuelto.

—Hasta ahora.

—Exactamente. El anciano conde murió hace tres semanas y hace dos que el conde actual se presentó aquí.

—¿Qué sabes de él, además de que es americano?

Holly tenía los pies helados. Toda ella estaba helada, pero había decidido dar un paseo con su abuela.

—Su familia americana tiene mucho dinero. Algo se publicó en una revista hace quince años, cuando su prometida se mató.

—¿Hace quince años?

—Creo que sí. Alguien del pueblo lo vio en una revista americana e hizo correr la voz. Según los rumores, su madre se había recluido en su casa y lo había mandado interno a los seis años de edad, ni más ni menos. Parece que es un mago de las finanzas. Aparece en la prensa de vez en cuando, en la sección financiera. Pero hace años… Parece que, en la universidad, se juntó con malas compañías. Su prometida se llamaba Louise. No recuerdo su apellido. Murió en Aspen, en Nochebuena. Se

habló de consumo de drogas y fue un escándalo. Parece que ella estaba allí con otro hombre. Los titulares de los periódicos hablaron de un heredero de millones traicionado, cosas así. Él tenía veintiún años; ella, veintitrés. Después, él se dedicó a ganar dinero y, desde entonces, no hemos sabido prácticamente nada. No sé a qué ha venido ni por qué necesita empleados. Creía que el castillo estaba en venta. Más vale que se te quite la idea de trabajar allí.

—Pero pagará bien. Imagínate: cubos de carbón llenos para Navidad. Podría informarme.

—Estás aquí de vacaciones.

—Así es —Holly suspiró y agarró a su abuela del brazo—. Formamos buena pareja. Tú eres la perfecta anfitriona, y yo, la perfecta invitada. Pero si queremos comer algo rico en Navidad, este podría ser un medio de conseguirlo.

—No lo dirás en serio.

—¿Qué puedo perder?

—Te matará a trabajar. Todos los condes han sido tacaños. Cocinera y ama de llaves, no está mal. El castillo tiene veinte dormitorios.

—Seguro que ese hombre no tiene intención de usarlos todos.

—Es el conde de Craigenstone, por lo que no se puede saber lo que piensa. Pero ninguno de ellos ha hecho nada bueno por el distrito.

—Pero es un empleo, abuela. Las dos sabemos que necesito trabajar.

Se produjo un tenso silencio. Holly sabía lo que su abuela estaba pensando. Disponían de la bonita suma de cincuenta libras hasta que Maggie cobrara la pensión del mes siguiente.

Al final, la anciana suspiró.

—Muy bien. Necesitamos carbón. Pero si vas a solicitar el empleo, iré contigo, cariño.

—¡Abuela!

—¿Por qué no? Has cocinado en los mejores restaurantes de Australia y yo he sido una buena ama de llaves. Juntas…

—Solo ofrecen un puesto.

—Pero me gustaría volver a trabajar —afirmó Maggie con firmeza. Ya sé que hace veinte años desde la última vez y que nunca me he ocupado de un castillo— sonrió. —Nos imagino en la cocina royendo los huesos de pavo el día de Navidad.

—¿Así que propones que seamos Cenicienta y el hada madrina devorando los restos de la comida?

—Tenemos derecho a todo lo que se vaya a tirar: son las normas de la servidumbre —Maggie respiró hondo—. Muy bien, Holly. Intentémoslo. Ese hombre no será peor que su padre. ¿Qué podemos perder?

—Nada —respondió Holly, que era de la misma opinión.

¿Cómo podía perder algo si no le quedaba nada que perder?

—Vamos a casa a escribir un par de currículos que lo dejarán alucinado —prosiguió Holly—. Y nos tendrá que pagar bien porque somos las mejores.

—Excelente —afirmó su abuela.

Holly pensó que no tenían ninguna posibilidad de conseguir aquel empleo, sobre todo porque iban a pedir que fueran dos. Pero escribir el currículo pondría contenta a Maggie esa tarde, y eso era lo único que le importaba.

En aquel momento, Holly no pensaba más allá de esa tarde. De hecho, no pensaba más allá de la hora siguiente.

Si nadie se presentaba para el puesto en los dos días siguientes, lord Angus McTavish Stuart volvería a casa por Navidad.

Su casa estaba en Manhattan, un elegante piso con vistas a Central Park. Desde la muerte de Louise, sus planes navideños eran siempre los mismos. Cenaba con unos amigos en uno de los mejores restaurantes de la isla y al día siguiente iba a ver a su madre. Aunque ella odiaba las celebraciones navideñas, accedía a comer con su hijo. Y eso era toda la Navidad para Angus.

—Si nadie se presenta mañana, se acabó —le dijo al perrito que estaba a su lado.

Lo había encontrado el día de su llegada, temblando en las cuadras.

«Es un perro callejero. Voy a llevarlo a la perrera, milord», recordó que había dicho Stanley, el administrador de la finca.

Pero el animal había mirado a Angus con sus enormes ojos castaños y este decidió que lo dejaría ser el perro del castillo durante unos días, del mismo modo que él jugaba a ser el señor del castillo. La realidad volvería a instalarse pronto.

—Toma otra galleta —le dijo Angus al tiempo que echaba otro tronco al fuego. Hacía un tiempo horrible, y a su padre no se le había ocurrido poner calefacción central—. Este sitio está a la venta, así que nos queda poco de estar aquí, pero procuraremos estar cómodos.

¿Habría usado su padre alguna vez aquella habitación, que él había convertido en su despacho? A Angus le parecía que su padre se había limitado a estar en la cama y dar órdenes.

Stanley, el administrador, obedecía las suyas, aunque Angus creía que no era honrado, después de haber mirado los libros de contabilidad. Pero no lo despediría hasta haber vendido el castillo, ya que era el único empleado que quedaba en él y quien podía mostrárselo a posibles compradores.

Aunque el plan de Angus había sido deshacerse del castillo lo antes posible y marcharse, ya que aquel lugar nada tenía que ver con él, tendría que pasar allí la Navidad. O tal vez no.

Si encontraba cocinera, se quedaría y cumpliría la palabra que había dado a sus medio hermanos. La tentación de no encontrarla era grande, pero había hecho una promesa.

Un golpe en las puertas del castillo reverberó en el vestíbulo. El perro levantó la cabeza y ladró.

Stanley apareció en la puerta del despacho.

—Ya abro yo, milord. Será uno del pueblo que quiere algo. Siempre quieren algo. Su padre me enseñó enseguida cómo deshacerme de ellos —sus pasos se perdieron en el vestíbulo, camino de la puerta.

—¿Sí? —preguntó Stanley en tono seco y desagradable, tal como era su persona.

—Vengo por el anuncio.

Sorprendentemente, era una voz joven y alegre. Angus se acercó a la puerta de la habitación para oírla mejor al tiempo que se preguntaba cuánto hacía que no oía una voz femenina. Solo dos semanas, pero, encerrado en aquella fortaleza, le parecía que hacía un siglo.

Entendía por qué su madre se había marchado. Lo que le maravillaba era que hubiera aguantado allí dos años.

—Parece usted muy joven para ser cocinera —dijo Stanley a quien estaba en la puerta—. ¿Está cualificada?

—No soy cocinera, sino chef. Tengo veintiocho años y llevo trabajando en una cocina desde los quince. He trabajado en los mejores restaurantes de Australia, por lo que estoy más que cualificada para este trabajo. Tengo unas semanas libres, así que si le interesa…

—¿Sabe hacer una cama? —preguntó Stanley en tono adusto.

—No, pero mi abuela ha sido ama de llaves muchos años y también quiere trabajar. Hace la cama muy bien.

—Se trata de un solo puesto. Su Excelencia desea a alguien que cocine y sepa hacer camas.

—¿Así que solo habría que cocinar para Su Excelencia? ¿No sabe hacerse la cama?

—No sea impertinente. Es evidente que no es adecuada para el puesto.

Angus oyó que las puertas comenzaban a cerrarse.

Ahí debiera haber acabado todo. Había accedido a poner el anuncio, por lo que podía llamar a su medio hermano y decirle con pesar: «Lo siento, Ben, pero no he encontrado a nadie adecuado, y no puedo alojaros en Navidad sin servicio. Me encargaré de organizaron un viaje para que podáis visitar el castillo antes de que se venda, pero es lo único que puedo hacer».

Era fácil. Bastaba con seguir en silencio en aquel momento.

Pero que la mujer hubiera preguntado si no sabía hacerse la cama hizo que saliera de la habitación a grandes zancadas y que evitara que Stanley cerrara la puerta.

Quería ver con quién había hablado.
Su primera impresión fue que la joven parecía tener frío.
La segunda, que era guapa.
Muy guapa.
Mediría uno sesenta o, como máximo, uno sesenta y cinco. No estaba delgada ni tampoco gorda, pero tenía bonitas curvas, aunque trataba de ocultarlas. Llevaba unos vaqueros gastados, zapatillas deportivas, un grueso jersey gris, un viejo abrigo y un gorro rojo del que sobresalían algunos mechones pelirrojos. La ausencia de maquillaje, sus ojos verdes y su boca generosa, que en aquel momento le hacía una mueca infantil a Stanley, llevaron a pensar a Angus que no tenía veintiocho años.
Tal vez Stanley tuviera razón. ¿Qué clase de persona iba a pedir trabajo vestida con ropa que parecía comprada en una tienda de caridad?
—¿Viene usted a apoyarlo? —preguntó ella con amargura cuando Angus volvió a abrir la puerta del todo. Evidentemente, no era tímida, y el rechazo de Stanley la había enfadado—. ¿Ha venido a ayudar a este señor a echarme de la propiedad? Vengo andando desde el pueblo. ¡Menuda bienvenida! Al menos podrían echar un vistazo a mi currículo.
—Solo se ofrece un puesto —respondió Angus en un tono que a él mismo le pareció de disculpa.
—¿Chef y ama de llaves para este sitio enorme? Se tardaría una semana en quitarle el polvo, probablemente dos. Y no se me da muy bien quitar el polvo.
—No quiero que se quite el polvo a nada —dijo Angus.
—Yo no sirvo comida rodeada de polvo.
—Perdone —Angus comenzaba a sentirse desconcertado. La mujer parecía una vagabunda, pero con clase.
—Es porque soy chef.
—¿Puede demostrarlo?
—Por supuesto.
Se sacó dos hojas mecanografiadas del bolsillo y se las entregó. Angus enarcó las cejas mientras las leía. Era un currículo admirable. Pero…
—Nos pide que creamos que es una chef australiana, pero el papel del currículo es de la biblioteca de Craigenstone.
—Sí, porque Doris, la bibliotecaria, es amiga de mi abuela. Estoy aquí de vacaciones para ver a mi abuela, que no tiene impresora. Se me olvidó traer copias de mi currículo al venir aquí.
—¿Por qué solicita el puesto, entonces?
—Parece que no lo solicito, ya que este señor me ha dicho que no les interesa, así que se acabó. Me estoy congelando. Me ha hecho estar de pie sobre varios centímetros de nieve mientras leía el currículo. Ya he tenido bastante. Feliz Navidad. Mi abuela tenía razón.

Y dio media vuelta para marcharse.

Y lo hubiera hecho de haber llevado unos zapatos con buena suela, en vez de unas deportivas. Los adoquines estaban helados bajo la fina capa de nieve que acababa de caer, por lo que se escurrió y cayó hacia atrás, pero Angus la agarró antes de que llegara al suelo.

Unos brazos increíblemente fuertes la sujetaron y se halló mirando un rostro que era… era…

Como los de los cuentos de hadas. Aquel era el señor del castillo. Se dio cuenta de por qué el anciano conde había conseguido que dos mujeres se casaran con él. Estaba deslumbrada. Si su abuela tenía razón, si la bellota no había caído lejos del árbol, si aquel tipo era como todos los condes que lo habían precedido…

Decir que era alto, moreno y peligroso era quedarse corto. Era la quintaesencia del héroe inquietante, con rasgos esculpidos, ojos grises, boca bien dibujada y cabello negro.

Llevaba una preciosa chaqueta de tweed. ¡Y falda escocesa! ¿Qué hacia un americano con una falda escocesa?

Según su abuela, había sido un niño mimado pero solitario. Aparte del escándalo de la muerte de su prometida, solo parecía interesado en ganar dinero.

Estaba preparada para que no le cayera bien nada más verlo. Pero, en aquel momento, lo miraba y no le veía sus antecedentes en el rostro. Por otro lado, habían dejado de importarle.

—¿Es usted de verdad el conde?

Él la sostenía en brazos como si fuera un bebé y lo único que se le ocurría preguntarle era esa estupidez.

—Sí —afirmó él casi sonriendo—. Pero solo durante unas semanas.

—Es americano.

—Sí.

—Entonces, ¿por qué lleva una falda escocesa?

¿Qué hacía? Debiera decirle: «Gracias por haber impedido que me cayera, pero ya puede dejarme en el suelo». Pero él la sostenía contra su fuerte pecho y, durante unos segundos, se puso a fantasear.

Le diría a Maggie: «Me levantó en brazos, abuela, y era guapísimo».

La respuesta de Maggie sería como si le lanzara un cubo de agua fría.

La realidad se impuso, y ella se retorció para que la bajara, cosa que él hizo, aparentemente de mala gana, pero sin soltarla. El suelo seguía estando resbaladizo, por lo que él le puso las manos en los hombros.

—Sea o no americano, ahora soy el señor de un castillo escocés —dijo sonriéndole de una manera que Holly sintió…

Ya era suficiente. Tenía mucho que contarle a Maggie sin que su imaginación la llevara más allá.

—Hemos estado enseñando la propiedad a posibles compradores extranjeros —añadió él—. El agente inmobiliario cree que es importante que yo parezca escocés. Mi padre tenía una habitación llena de faldas escocesas de todas las tallas, así que he estado paseando con los compradores tratando de que no se me note el acento americano mientras Stanley contestaba sus preguntas con su acento escocés. Por eso tengo este aspecto. Pura fantasía —sonrió—. Ahora le toca a usted, señorita McIntosh. Si es una experta chef, ¿qué hace en mi puerta pidiendo trabajo con unas deportivas empapadas y un abrigo que parece de la I Guerra Mundial?

—He venido porque no quiero helarme en Navidad —replicó ella con sinceridad, aunque su abuela le había dicho que no se confiara—. ¿Deja que me marche? Tengo que llegar a casa antes de que se me congelen los pies del todo.

—Entre —dijo él en tono amable, casi seductor.

—Tengo que…

—Para calentarse. Ha venido a pedir trabajo. Dentro hay un fuego, té caliente, o whisky si lo prefiere, bizcocho, industrial, no casero. Stanley la llevará al pueblo cuando hayamos terminado.

—¿Terminado de qué? —preguntó ella como una estúpida. Él volvió a sonreír.

—Cuando haya abusado de usted. Como es natural, siendo el señor del castillo de Craigie, abuso de todas las doncellas del pueblo —dijo él. Y rio con una risa profunda—. Perdone —añadió al ver su expresión—. Es el hombre de la falda el que habla, no yo.

—¿No se dedica usted a abusar de las mujeres?

—No, ya le digo que es mi lado oscuro por llevar falda escocesa. Normalmente llevo vaqueros y le juro que no abuso de nadie. Pero dejemos mi lado oscuro, de momento. Para que se tranquilice, soy Angus Stuart, un financiero de Manhattan. Es lo que he sido hasta ahora y lo que pronto volveré a ser. Pero, por favor, señorita, entre y caliéntese en tanto que vuelvo a leer su currículo.

Ella respiró hondo mientras intentaba recuperarse del contacto con sus brazos, de cómo la hacían sentir sus sonrisas, de su masculina presencia. Y de cómo la falda escocesa….

«Contrólate», se dijo con desesperación. «Desconfía. Estás aquí para solicitar un empleo, dos empleos. Serías una inútil si te desviaras de lo que has venido a hacer».

«Inútil».

Ese adjetivo la devolvió a la realidad. Era una palabra que tenía en la mente desde hacía meses. Esa y otra más: «estúpida».

—O dos puestos o nada —atinó a decir.

—¿Cómo? —preguntó él, confuso.

—He dicho que son dos puestos. Solo me interesa uno y solo me

interesa si nos acepta a las dos. Yo no haré la limpieza. Cocinaré todo lo que usted desee, pero nada más. Mi abuela ha tenido que ir a un funeral, si no, estaría aquí conmigo. Ella también solicita empleo. He traído su currículo.

—¡Solo es un puesto! —Stanley decidió que había llegado el momento de intervenir—. Solo solicitamos a una persona para el trabajo, milord. Estoy seguro de que encontraremos a otra mujer.

—No podremos antes de Navidad. Nadie ha venido desde que pusimos el anuncio.

—Solo hay un puesto —insistió Stanley.

—Muy bien —replicó Holly—. Pues ya está. Gracias por ofrecerme whisky y bizcocho, pero estamos perdiendo el tiempo. Adiós y feliz Navidad.

Dicho lo cual, se soltó de las manos de Angus, dio media vuelta y, andando con precaución, se marchó.

—Si de verdad quería una cocinera, debiera haber puesto un anuncio en el periódico —dijo Stanley mientras ambos miraban a Holly alejarse.

Pero Angus no quería una cocinera, porque, si la encontraba, se vería obligado a transformar el castillo en un hogar durante tres semanas.

Y no quería.

¿Por qué?

Porque, con falda o sin ella, aquel no era un lugar fantástico, sino trágico. Su madre le había rogado que no fuera, y la destrozaría cuando le dijera que iba a prolongar su estancia.

Y no quería una Navidad en familia. ¿Acaso no había aprendido nada de la muerte de Louise y la tragedia de su madre?

Contempló a Holly caminando por el sendero adoquinado y algo se removió en su interior. Observó la postura resuelta de sus hombros y se dijo que había venido andando desde el pueblo en deportivas para solicitar un empleo que él no le quería ofrecer.

Tenía que haberle dicho que no a Ben.

Ni siquiera debía haber hecho el viaje hasta allí. La reacción de su madre lo había dejado atónito, ya que por la emoción que había manifestado se hubiera dicho que la tragedia había ocurrido la semana anterior, en vez de más de treinta años antes.

«No vayas. Véndelo deprisa al mejor postor. No lo necesitas. Da el dinero para obras de beneficencia, me da igual. Deshazte de él, Angus».

Pero él quería verlo.

Era el nuevo conde de Craigenstone. No tenía intención de reclamar el título, pero deseaba ver a lo que iba a renunciar, del mismo modo que sus medio hermanos, que habían vivido allí tres años antes, querían revivir sus recuerdos.

Pensó que no se trataba solo de él. El anciano conde había tenido cuatro hijos. ¿Por qué iba él solo a tomar las decisiones?

De modo que, ¿por qué rechazar a las personas que se habían ofrecido a trabajar para él? ¿Por egoísmo, igual que su padre?

Estaba convencido de que no era como su padre.

Solo eran tres semanas y se habría acabado. Su madre lo entendería si se lo explicaba. Ya era hora de que los dos exorcizaran sus demonios.

«Decídete», se dijo. Y lo hizo.

—Holly… —gritó.

Ella se volvió con los brazos en jarras y lo fulminó con la mirada.

—Pueden ser dos puestos —reconoció él, aunque ella siguió con los brazos en jarras, en actitud beligerante.

—¿Y el sueldo? —preguntó ella sin moverse.

—¿Cuál es el sueldo normal de una cocinera aquí? —preguntó Angus a Stanley.

Este lo miró como si pensara gastarse su dinero, el de Stanley, en vez del suyo. La cifra que le dijo le pareció ridículamente baja.

«Soy chef», había dicho Holly, con orgullo y dignidad.

Si la contrataba, tendría un chef para Navidad y un ama de llaves. Pensó en la reputación de su padre, observó la expresión adusta de Stanley y decidió que algunas cosas tenían que cambiar inmediatamente.

—Te pagaré el triple del salario de una cocinera y también contrataré a tu abuela. Y le pagaré lo mismo que a ti.

—¡Milord! —exclamó Stanley, pero Angus no le hizo caso.

La expresión de Holly comenzó a cambiar. Él se dio cuenta de que intentaba no mostrarse incrédula, pero sin conseguirlo.

—¿A cada una? —preguntó ella.

—Sí —afirmó él sonriendo—. Ocho horas diarias y medio día libre los domingos. Serán tres semanas de mucho trabajo, pero a cambio de una buena suma. No puedo hacerte una oferta más justa.

Ella respiró hondo. Su oferta parecía haberle arrebatado toda la indignación.

—¿Las comidas y el alojamiento están incluidos? —preguntó ella con precaución.

—Sí, pero, ¿por qué necesitáis alojamiento?

—No tenemos coche. Y, por si no lo has notado, está nevando y el sendero es muy malo. He tardado media hora en subir hasta aquí y mi abuela ya no es una mujer joven —ladeó la cabeza y lo miró a los ojos —. Y nuestro alojamiento tiene que tener calefacción.

Angus pensó en los dormitorios helados del castillo, en las largas escaleras, donde siempre había corrientes de aire, y en el gran esfuerzo que habría que hacer para que el edificio estuviera caliente para Navidad. Solo había una chimenea que no estaba atascada.

Pero Holly lo miraba desafiante y él, de pronto, pensó en sus medio hermanos, que habían vivido durante años en aquellas condiciones y se dijo que tal vez debiera hacer ese esfuerzo.

—De acuerdo, pero con una condición.

—¿Cuál?

—Que entres conmigo, te seques y me cuentes por qué llevas esas zapatillas empapadas.

—Tengo que volver con mi abuela.

—Te llevaremos en coche dentro de unos minutos. Pero, primero, tienes que secarte. Creo que te acabo de contratar, así que ya eres mi empleada, por lo que podrías denunciarme si te haces daño en el camino de ida o de vuelta al trabajo. Como ves, protejo mi inversión. Entra en el castillo y hablaremos.

—¿Y tomaremos bizcocho de frutas?

Él se quedó atónito. ¡Tenía hambre!

Desde luego.

—Entonces, acepto el ofrecimiento —afirmó comenzando a caminar hacia él. Al llegar a los escalones de entrada, Angus bajó y le tendió la mano para ayudarla a subir, ya que estaban helados. Ella la miró durante unos segundos y la rechazó.

—Lo haré a mi modo, si no te importa. Necesito el empleo y me gustaría tomarme un trozo de bizcocho. No necesito nada más.

—¿Nada?

—Nada —ella sonrió de forma traviesa—. Así que deja de pensar que vas a poder abusar de tus empleadas. Aparta ese lado oscuro del que hablabas. Aunque venga a vivir a tu castillo, conozco mis derechos. Además, la violación no figura en ningún contrato de empleo que tenga intención de firmar ni ahora ni nunca.

Capítulo 2

Sentada en una silla junto a la chimenea encendida, con una taza de chocolate caliente en las manos, Holly parecía incluso más joven de lo que a Angus le había parecido a primera vista. Y más guapa. Una vez se hubo quitado el abrigo, él pudo observarla mejor. Sus rizos pelirrojos le cayeron sobre los hombros al quitarse el gorro haciendo juego con sus mejillas, arreboladas por el calor del fuego.

Ella se concentró en el chocolate y el bizcocho de frutas, del que se comió tres rebanadas mientras Angus volvía a leer su currículo y después leía el de su abuela.

Según estos, Holly sabía cocinar, y su abuela, limpiar. Pero el aspecto de Holly no concordaba con su currículo. El perro se le había sentado en el regazo y ella lo acariciaba.

Ambos parecían vagabundos.

—Si eres quien dices que eres, tienes que ser uno de los chefs mejores pagados de Australia.

—Lo soy. Lo fui.

—¿Puedo verificar esta información?

—Sí, me gustaría que lo hicieras. Aquí es mediodía, lo cual significa que en Sídney serán las nueve de la noche. Tengo los números de teléfono de todos los restaurantes en los que he trabajado, salvo del último. Llámalos. Esperaré.

—¿Pero no puedo llamar al último?

—El último era mío. Tenía un socio, pero no funcionó —Holly vaciló unos segundos, pero decidió ser sincera—. Era mi prometido y mi socio. Me robó.

—Lo siento

—No importa. Llama a los otros.

Él la miró. Quería que llamara y, de pronto, se dio cuenta de por qué: porque sabía que parecía una vagabunda. Tener una imagen de buena profesional sería importante para su orgullo.

Angus llamó mientras ella seguía comiendo bizcocho y recibió la misma respuesta de los jefes de cocina.

—Holly McIntosh es un regalo del cielo. Yo la volvería a contratar inmediatamente. Hemos oído que su restaurante tuvo que cerrar. Dígale que, si vuelve a Australia, tiene un trabajo esperándola.

Después de colgar, él volvió a mirarla. Parecía más tranquila.

—¿Me explicas lo de la deportivas?

Ella se las había quitado, al igual que los calcetines y los había

metido debajo de una silla. Él pensó que tendría los pies helados.

—¿Por qué llevas ese calzado empapado?

—Llegué hace dos días. Pero mi equipaje está dando vueltas por el mundo. En la compañía aérea me han asegurado que acabarán encontrándolo. Y la ropa de mi abuela no me vale.

—¿No crees que debieras comprarte unos buenos zapatos mientras tanto?

—No tengo dinero. Por eso necesito el empleo.

—¿Ni para unas bota de agua?

Ella respiró hondo y dejó la taza sobre la mesita de centro.

—Soy chef. Y soy buena en mi oficio. Mi exsocio decidió que debíamos instalarnos por nuestra cuenta. Compramos un restaurante, un sitio pequeño con vistas al puerto de Sídney. Pusimos todo el dinero que teníamos en él, o más bien lo hice yo, porque Geoffrey no tenía el dinero que afirmaba poseer. Era mi prometido, me fiaba de él. Pero fui una estúpida. Creí que teníamos el doble de capital del que poseíamos, pero me mintió. Hace un mes llegaron los acreedores y Geoff desapareció. Desconozco su paradero, pero estoy endeudada hasta las cejas y tengo la autoestima por los suelos. Por no hablar del corazón partido, aunque me resulta difícil creer que pudiera querer a ese canalla.

—¿Y te viniste a Escocia? —preguntó él, incrédulo—. No tiene sentido.

—Soy escocesa por parte de padre. Por lo demás, soy australiana de los pies a la cabeza. Pero tengo orgullo escocés, al igual que mi abuela. Mis padres murieron en un accidente de coche cuando yo tenía doce años. La madre de mi madre me acogió, pero murió el año pasado. Maggie es el único pariente que me queda, y cuando la llamé el mes pasado y la dejé entrever que estaba metida en un lío, no tuve que decirle lo arruinada que estaba. Lo adivinó. Así que, como Maggie es como es, me compró un billete para que viniera a verla.

—Parece una persona estupenda.

—Lo es —afirmó ella sonriendo—. Y es una excelente ama de llaves.

—Eso es otra referencia —dijo él sonriendo a su vez.

—Por desgracia, lo que yo no sabía es que Maggie vive de alquiler, que la casa no es suya, como creía. A los cinco minutos de aterrizar ya me había enterado de que el casero ha puesto la casa a la venta. Mi abuela no es muy ahorradora y está juntando dinero como puede para pagar el depósito de otro alquiler. Pero se halla en las mismas condiciones que yo: sin blanca. Así que teníamos un problema que has resuelto. Nos has prometido un alojamiento con calefacción, y pasaremos una agradable Navidad gracias a ti. Dime cuándo quieres que empiece.

—¿Llevas contigo el billete de avión?

—¿Para qué? —preguntó ella, confusa.

—¿Lo tienes en le bolso? ¿Lo has tirado?

—No, pero…

—¿Me dejas verlo?

—¿También quieres comprobarlo? —rebuscó en el bolso y lo sacó.

—Voy a llamar por teléfono.

Llamó a la compañía aérea.

Cuando ella lo había intentado, había tenido que mantenerse a la espera durante horas, pero al conde de Craigenstone no se le hacía esperar, y enseguida le contestaron.

Angus hizo una seria de preguntas incisivas y le pasó el teléfono.

—Solucionado. Escucha.

—Lo sentimos, señorita —dijo una voz masculina al otro extremo de la línea—. Le tenían que haber dicho que, si su equipaje lleva perdido más de veinticuatro horas, puede comprar lo que necesite porque se le reembolsará en cuatro días. Parece que su abuela pagó diez libras por un seguro de equipaje, por lo que no perderá usted nada: si el equipaje no se encuentra se le reembolsará su valor y una pequeña cantidad extra por las molestias. Le pido disculpas porque no le explicaran esto hace dos días.

—Gracias —dijo ella antes de que Angus le quitara el teléfono y colgara.

—Así que ahora puedes comprarte unas botas de agua.

Ella intentó decir algo sin conseguirlo.

—¿Cuánto dinero te queda?

—Nada —susurró ella—. Debo dinero a todo el mundo. Te lo agradezco, pero aún no puedo comprarme esas botas porque en ninguna tienda me fiarán con la promesa de la compañía aérea de que me mandará el dinero. Puedo esperar cuatro días.

—No puedes. Aquí tienes un préstamo para salir del paso —Angus sacó de la cartera un fajo de billetes y se lo entregó.

—No, ya me has dado trabajo. No puedo aceptarlo.

—No es un regalo. Cuando te paguen, me lo devuelves.

—No me conoces. ¿Cómo puedes fiarte de mí?

—Eres mi empleada.

—Sí, y Geoffrey era mi socio y ya ves lo que me hizo. Podía marcharme, gastarme el dinero en divertirme y que no volvieras a verme.

—¿En Craigenstone? —Angus sonrió—. Por si no lo has notado, no hay muchas diversiones en este sitio.

—Ya lo he notado —afirmó ella sonriendo. Miró el fajo de billetes. Pensó en tener los pies calientes…

—Es maravilloso. Podré comprarme las botas, un jersey de lana y carbón.

—¿No tenéis calefacción?

—No.

—Te llevaré al pueblo y compraremos algo de carbón.

—¿Estás de broma? ¡Eres conde!

—No sabía que a los australianos les importara tanto la aristocracia. A los americanos, desde luego, les da igual.

—Pero eres aristócrata.

—Hasta que venda el castillo. Quiero que el título desaparezca con él.

—¿Así que el gran ogro va a desaparecer?

—¿Soy un ogro?

—Por eso no voy a dejarte que me lleves a casa ni que compres carbón. Eres muy amable. Incluso me has prestado dinero. Pero si mi abuela abre la puerta y ve al conde cargado de carbón, le dará un infarto. Ella y yo nos alojaremos en las dependencias de la servidumbre y cocinaremos y limpiaremos. Y mi abuela se levantará al amanecer para encender las chimeneas y…

—Has debido de leer muchas novelas románticas si crees que quiero que mis criados se levanten al amanecer.

—Puede ser, pero mi abuela tiene una idea muy clara de lo que está bien y lo que está mal, por lo que haremos las cosas a su manera o no las haremos. Así que gracias, pero nos compraremos nosotras el carbón. ¿Cuándo quieres que empecemos?

—¿Mañana?

—¡Mañana!

—Faltan dos semanas para Navidad. Esta habitación y mi dormitorio son las dos únicas habitables. Ni siquiera sé si funciona la cocina.

—¡Necesito una cocina!

—Por eso quiero que empecéis mañana. Probablemente habrá que comprar una de inmediato. Y hay que calentar el castillo.

—¡Se tardará un año!

—Yo haré mi parte. ¿Harás tú la tuya?

—Claro. Mi abuela y yo estaremos aquí mañana a las nueve —le estrechó la mano y acarició al perro—. Hasta mañana. Pasaremos unas navidades deliciosas.

Angus se quedó en la puerta viéndola marchar, después de haber rechazado que Stanley o él la llevaran de vuelta.

—Ha cometido un error, milord —afirmó Stanley apareciendo a su lado—. Esa mujer le va a costar una fortuna.

—Dime, Stanley, ¿cuánto dinero tenemos en la cuenta de efectivo? Supongo que tendremos el alquiler de las cabañas del mes pasado. Con eso habrá suficiente para cubrir gastos. Como es muy tarde para instalar calefacción central aquí, quiero que se limpien todas las chimeneas, que

haya carbón en cada una y calentadores de aceite en todas las habitaciones. ¿Te encargarás, Stanley?

El pago de los alquileres constituía una cifra colosal. Se ingresaba en una cuenta de efectivo al comienzo de cada mes, y al final de cada mes se transfería a una cuenta de su padre. Angus sospechaba que Stanley llevaba años desviándolo a su propia cuenta durante los treinta días. Su padre no se habría percatado, pero Angus pensó en los intereses que el administrador habría obtenido a lo largo de los años.

De todos modos, el hombre había aguantado a su padre y mantenido la propiedad. Y aún no podía despedirlo porque lo necesitaba. Pero pensó en Holly, con sus deportivas empapadas, y en la desgracia que causaba en todas partes la falta de honradez.

Stanley tendría que arreglárselas para devolver el dinero, se dijo, furioso. Se había acabado la falta de honradez y la mezquindad en el castillo. Las cosas iban a cambiar. De pronto, el castillo de Craigie se encaminaba hacia unas felices navidades.

—Es amable, encantador y nos ha contratado a las dos. ¡Y con ese sueldo!

Holly prácticamente entró de un salto en la cocina. Su abuela la miró como si hubiera perdido el juicio.

—¿Qué?

Holly le dijo lo que ganarían.

—Empezamos mañana. Y viviremos en el castillo y no pasaremos frío.

Abrazó a su abuela y, emocionada, se puso a bailar con ella en la cocina.

Pero Maggie no parecía emocionada en absoluto, por lo que, al final, su nieta la soltó.

—¿Qué pasa?

—Tiene que haber truco.

—No lo hay. Ha contratado a una chef y a una excelente ama de llaves y está dispuesto a pagar. Yo ganaba ese sueldo en Sídney antes de…

—Antes de confiar en Geoffrey —la interrumpió Maggie—. ¿Es que no has aprendido nada? ¡Hombres!

—Ha llamado a la compañía aérea. ¡Mira!: un adelanto de lo que me van a pagar. Parece ser que compraste un seguro.

—¡Devuélvelo!

—¿Estás loca?

—Es el conde de Craigenstone. No debes fiarte de él. Nos endeudaremos. Nos exigirá… ¿Sabes qué nos exigirá?

—¿El derecho de pernada?, ¿el derecho a acostarse con cualquier

doncella del pueblo? —Holly no pudo contener la risa—. No estamos en la Edad Media, abuela. Con este dinero podré comprarme unos zapatos para tener los pies secos. Y por tener los pies secos incluso estaría dispuesta a...

—¡Holly!

—De acuerdo, lo siento. Pero no tienes de qué preocuparte. Después de Geoff, no me interesa la lealtad a toda prueba. Pero tenemos un empleo, del que podemos prescindir cuando queramos.

—¿Y ese dinero?

—Lo devolveré en cuanto me paguen. Venga, abuela, será fantástico.

—¿A cuántas personas tendremos que atender?

—No lo sé. El mayordomo dijo…

—¿Quién?

—El hombre que me abrió la puerta. Adusto, delgado y mezquino.

—Stanley. Es el administrador de la propiedad. Me recuerda a un hurón.

—Me dio a entender que solo cocinaríamos y limpiaríamos para el conde.

—Si nos va a pagar ese sueldo, habrá invitado a medio Nueva York.

—Nos las arreglaremos —afirmó Holly con determinación, y volvió a pensar en el conde—. Es guapísimo, abuela.

—Es el conde, y ha mamado el engaño y la tiranía de todas las generaciones anteriores. Me alegro de ir contigo, cariño, porque, si no, a saber en qué líos te meterías.

—Entonces, ¿estás de acuerdo?

—No me queda otro remedio. O seguimos las órdenes de milord o nos morimos de hambre. Hace quinientos años que no cambia nada en este pueblo y parece que las cosas van a seguir igual.

Angus hizo tres llamadas telefónicas. La primera, a su madre, que se enfadó tanto como su hijo pensaba.

—Me quedaré hasta después de Navidad. Ya sé lo que piensas de este sitio, mamá, pero ya te he hablado de esos chicos. El castillo es importante para ellos. Es lo menos que puedo hacer.

—¿No te convertirás en conde? —ella trató de bromear, sin conseguirlo—. Ese lugar te atrapa.

—Fue mi padre el que te atrapó, no el castillo. Volveré a casa después de Navidad. ¿Por qué no vienes tú también? Tengo una estupenda cocinera y un ama de llaves. Si no te importa conocer a Delia…

—No me importa. Al contrario de lo que suele suceder con las primeras y las segundas esposas, no la odio. Fue mi única amiga en el castillo. Entiendo por qué se caso con el conde, y la compadezco. Pero

no voy a ir. Ese sitio solo me trae malos recuerdos.

—Oye, que nací aquí. ¿No es eso un buen recuerdo?

Sus intentos de convencerla fueron inútiles, y colgó dando un suspiro.

Después llamó a sus amigos, y la reacción fue la opuesta.

—¿Vas a pasar las navidades como un conde?, ¿en un castillo escocés? ¡Increíble! ¿Por qué no das una fiesta?

—Tengo que cuidar de unos críos.

Colgó antes de que se le fuera a llenar el castillo de hombres de negocios americanos. Por último llamó a los chicos. Esperaba que se alegraran.

Pero, en vez de alegrarse, Ben se quedó callado.

—Casi deseaba que no llamara —dijo el chico.

Angus se quedó muy sorprendido.

—¿Ya no queréis venir?

—Sí, pero no podemos. Mi madre tiene un problema en la espalda. El médico dice que tiene pinzado un nervio, por lo que el viernes la ingresarán en el hospital para operarla. Nos tendremos que ir al piso de mi abuela, que es aún más pequeño que este. Tendré que dormir con mis hermanas. Le he preguntado a mi madre si podíamos ir solos al castillo, pero se ha negado, por si usted se parece a su padre. Lo hemos mirado en Internet, y es usted igualito que él.

Se produjo un largo silencio.

«No soy como mi padre», pensó Angus, aunque no lo dijo.

—Déjame hablar con tu madre.

Uno segundos después, habló con ella. Y escuchó su tono precavido, débil y dolorido.

—Tengo cocinera y ama de llaves. Si los chicos quieren venir…

—No puedo dejarles. Lo siento, pero no sé nada de usted, solo que es el conde, lo cual no es muy prometedor.

—Pero los chicos…

—Lo superarán. Los chicos tienen una gran capacidad de recuperación.

Angus pensó que había contratado a Holly y a Maggie para nada.

—Sería distinto si estuviera casado —prosiguió Delia—. Solo quiero que haya alguien allí en quien pueda confiar. Y odio a Stanley. ¿No está usted casado?

—No, pero he contratado a…

—Me da igual a quien haya contratado. La respuesta es que no.

—Pero estoy comprometido. Mi prometida estará aquí. Es encantadora. A sus hijos les caerá bien. Puede confiar en ella, ya que no confía en mí.

¿Qué estaba diciendo? Había pronunciado aquellas palabras contra su voluntad. Pero entonces se imaginó…

A Holly yendo a ver a aquella mujer, rogándole que accediera.

Delia tenía razón. Se parecía demasiado a su padre para inspirar confianza. Pero cualquiera confiaría en Holly.

Si ella estaba de acuerdo.

Pero él ya lo había dicho. ¿Qué había hecho?

—¿Cómo se llama?

—Holly McIntosh.

—¿Cómo voy a saber cómo es?

—Es estupenda —afirmó él—. ¿Qué otra cosa voy a decirle yo? Tengo que pedirle que vaya a Londres a conocerla. Si accede, la meteré en un tren pasado mañana. Si le cae bien, puede traerse a los chicos de vuelta. Y si usted se encuentra mejor de salud más adelante, podría venir con su madre y pasar la Navidad con nosotros.

¡Acababa de endilgarse una prometida! ¿Qué había hecho?

Mentir.

Pero volvió a oír la voz de Ben en su interior.

¿Qué cobraría por hora Holly por aquello? Angus sonrió. Estaba seguro de que disfrutaría con el regateo.

—Yo no quería volver al castillo —dijo Delia—. Accedí cuando Ben me lo suplicó.

—Lo entiendo. Pero con Holly aquí, todo le resultará distinto. Holly conseguirá que todo sea diferente.

—Parece que la quiere —afirmó Delia, estupefacta.

¿Que parecía que la quería?, pensó Angus. El estupefacto fue él.

—Ben ha buscado información sobre usted en Internet. No está comprometido. O lo estuvo hace años, pero su prometida se mató en un accidente de esquí.

Delia volvía a mostrarse recelosa, por lo que Angus, con mentiras o sin ellas, decidió volver a ser el financiero distante que era.

—Mi vida privada me pertenece. Por suerte, no todo está en Internet. Si está de acuerdo, Holly irá a verla pasado mañana. Si no le cae bien y no se fía de ella, dejaremos las cosas como están, pero creo que le gustará.

—¿De verdad?

—Se lo prometo si Holly accede a ir a Londres.

Siempre que Holly accediera a todo lo demás.

Holly y Maggie cenaron un filete con patatas y tarta de manzana. Se tomaron una botella de vino y empezaron otra. Encendieron la chimenea y se sentaron frente al fuego después de cenar, sonrientes.

—Probablemente nos matará a trabajar —dijo Maggie tratando de parecer pesimista, sin conseguirlo.

—Estamos acostumbradas a trabajar, pero, si trata de explotarnos,

nos marcharemos. Pero no lo hará.

—Es el conde.

—Es un buen hombre.

—¿No habías dicho que esos hombres no existían?

—Bueno, es una persona agradable.

—Pero te parece guapísimo. En cada generación se produce un escándalo en el castillo porque alguna chica estúpida cree que el conde es guapísimo.

—Es agradable —insistió Holly, pero siguió pensando que era guapísimo.

—Ya veremos —apuntó su abuela mientras volvía a llenar las copas de vino—. Nos veo en la cocina del castillo, en Navidad, pero no estamos royendo los huesos del pavo, sino cortando los mejores trozos. Puede que nos divirtamos, siempre que evitemos al conde.

En ese momento llamaron a la puerta. Maggie frunció el ceño.

—Son las nueve. ¿Será un vecino?

—Agarra el atizador, Holly.

Pero esta, tras la opípara cena, no estaba de humor para asesinos con hacha. Sin agarrar el atizador, abrió la puerta. En el umbral estaba su nuevo jefe: el mismísimo conde de Craigenstone.

—Siento molestarte tan tarde. Pero tengo otro puesto que ofrecerte, además del de cocinera… Quiero decir, chef.

—¿Cómo? —preguntó ella sin entender nada.

—Estoy en un lío. He hecho una promesa que quiero cumplir, pero para hacerlo necesito una novia, solo para Navidad. Necesito que accedas, temporalmente, a casarte conmigo.

Capítulo 3

—Lo sabía —la primera en reaccionar no fue Holly, sino Maggie, que se hallaba detrás de ella—. ¿Qué te había dicho? Dale con la puerta en las narices, Holly. No va a aprovecharse de ti.

Holly miró a Angus, atónita.

—Parece que tiene frío —dijo a su abuela.

—Cierra la puerta, Holly.

—No. Aunque haya perdido el juicio, se está congelando.

—Holly…

—Me ofreció chocolate caliente y me ha dado dinero para comprar carbón. No voy a echarlo con la noche que hace —trató de divisar algo en medio de la nevada, sin conseguirlo—. A no ser que haya traído el coche.

—He venido andando. Nieva demasiado para conducir y necesitaba caminar para pensar.

—Así que no tenemos más remedio que invitarte a pasar para que entres en calor. Y lo haremos, siempre que no hagas más propuestas ridículas. Mi abuela y yo nos hemos bebido botella y medio de vino. Tal vez quieras una copa.

Angus llevaba puesto un abrigo fabuloso, de cachemira gris, grueso y hecho a medida, y unas botas altas de color negro. Tenía una barba incipiente, el pelo oscuro y los ojos… A Holly le pareció que tenían un brillo malvado, por lo que pensó: «Tal vez Maggie tenga razón y deba cerrar la puerta».

Pero Angus se había portado bien con ella. Así que lo condujo al salón y preparó chocolate para los tres. No más alcohol esa noche. Mientras tanto, Maggie miraba al conde con el ceño fruncido mientras este intentaba cautivarla, hacerla sonreír. Holly los observaba desde la cocina y se dio cuenta de que Angus no había tenido éxito. Su abuela parecía cada vez más recelosa.

Llevó el chocolate al salón y se sentó en un taburete al lado del fuego.

—Muy bien. Soy toda oídos. Soy chef, y mi abuela, ama de llaves. Creí que había quedado claro. No me hablaste de matrimonio esta mañana.

—Se trata de otro contrato. Te pagaré más.

Parecía muy preocupado. Holly comenzó a ablandarse.

—Dime cuál es el problema.

Y él se lo contó, sin quitarse el abrigo, con la taza entre las manos y

con un repentino aspecto de vulnerabilidad. Le explicó la historia de los tres chicos que querían ir al castillo por última vez y cuya madre no se fiaba de él para dejarlos a su cargo.

—¿Para eso nos has contratado? ¿Para cuidar de ellos?

—Sí… No, para cuidar de ellos no, ya que se suponía que su madre también vendría, pero Delia está enferma y no puede acompañarlos. Y no se fía de mí —miró a Maggie, que seguía con el ceño fruncido—. Usted conoce la reputación de mi padre. No culpo a Delia.

A pesar de que Maggie intentaba mantenerse muy seria, el encanto del conde comenzaba a hace mella en ella.

—Entonces, ¿quieres que hable con Delia y que le diga que me haré responsable de sus hijos? —le preguntó Holly.

—Sí.

—Puedo hacerlo sin necesidad de falsos compromisos matrimoniales.

—Sí, pero es que he mentido a Delia. He metido la pata. Tendría que haberle hablado de ti y de tu abuela, intentar convencerla sin mentiras, pero parecía asustada.

—Se debe a la reputación de tu padre —observó Maggie—. Y de la de los condes anteriores a él. Mentir era lo único que sabían hacer.

—Lo sé, y estoy en contra. No puedo luchar contra ello, pero espero que Holly sí. Fue una mentira que me salió sin querer y con la mejor de las intenciones. Pensé que, si Holly iba a Londres, se comportaría como es ella, por lo que no habría más engaños, salvo el de nuestro compromiso. Delia la conoce a usted, señora McIntosh, y se quedará más tranquila cuando conozca a Holly. ¿Cree que funcionará? ¿Cree que podremos satisfacer el deseo de los chicos de pasar las navidades en el castillo?

—Esos chicos lo han pasado muy mal —afirmó Maggie de forma mucho menos beligerante—. No sé en qué pensaba Delia cuando aceptó casarse con el conde, cosa que lleva lamentando dieciséis años. Si milord habla en serio…–se volvió hacia Holly. —Si aceptas ser su prometida…

—No quiero ser prometida de nadie —le espetó Holly.

—Solo será durante las navidades.

—¡No! ¿Quieres que mienta?

—Llevas dos años prometida —Maggie agarró la mano de su nieta y la levantó para mostrar la marca del anillo de compromiso—. Por lo que sé, ni siquiera has vuelto a ver a Geoff desde que desapareció, por lo que nos has podido tirarle el anillo a la cara. Puedes seguir estando prometida oficialmente. No importa a quién. Con un poco de suerte, ni siquiera tendrás que mentir.

—¿Quieres que vuelva a ponerme el anillo?

—No —dijo Angus mientras se metía la mano en el bolsillo, del que sacó una cajita de terciopelo y se la entregó—. Necesitarás esto. Es el diamante de Craigenstone. Mi padre se lo dio a mi madre, pero se lo

quitó en cuanto se casaron. Lo metió en la caja fuerte de la familia. Cuando mi madre se marchó, la abrió y se lo llevó, al igual que todo lo que era legalmente suyo. Este diamante aparece en todos los cuadros de las novias de los condes de Craigenstone, salvo en el caso de Delia, desde tiempos inmemoriales. Delia lo reconocerá.

—¿Le está pidiendo a Holly que lleve el diamante de Craigenstone? —preguntó Maggie mientras su nieta miraba el extravagante diamante, rodeado de rubíes. El tamaño del primero hacía parecer los segundos pequeños, pero con cada uno se podría haber hecho un anillo.

—No pienso llevarlo puesto durante todas las navidades —le espetó Holly.

—Solo mientras visitas a Delia.

—¿Después lo volverás a meter en la caja fuerte?

—Exactamente.

—No voy a tomar el tren luciéndolo —lo miraba como si fuera un escorpión.

—Me da igual que se pierda —Angus vaciló—. Holly, ese anillo ha causado problemas a las que lo han llevado. Ni a mi madre ni a mí nos trae buenos recuerdos. Hagamos un trato: si finges, si conseguimos ofrecer a los chicos una Navidad memorable, es tuyo. Me da igual lo que valga. Será un placer regalártelo.

—No lo quiero —replicó ella en tono áspero—. Me atracarán en cuanto salga a la calle.

—Todos pensarán que es de bisutería —afirmó Maggie— considerando el aspecto que tienes.

—Eso es otra cosa —apuntó Angus—. Tenemos que comprarte ropa.

—Tengo ropa, y no voy a quedarme con el anillo.

—Hablaremos del anillo más tarde —dijo él tratando de calmarla—. Si no lo quieres, ya se nos ocurrirá algo, pero, de momento, es tuyo, por lo que no debes sentirte culpable si lo pierdes.

—Quieres decir si me atracan.

—Eso mismo —afirmó él sonriendo—. Pero póntelo. También tenemos que solucionar el asunto de la ropa. ¿Cuál es la tienda más cara del pueblo, Maggie?

—No hay. Y mi nieta no va ir a Londres en tren con este tiempo, y mucho menos llevando ese anillo. Si quiere hacer esto, hágalo como es debido. Llévela usted. ¿No puede... alquilar un helicóptero? ¿No es eso lo que hacen los americanos ricos?

—Con este tiempo, un helicóptero es más peligroso que un coche. Los trenes, al menos, siguen circulando.

—Pero ¿por cuánto tiempo? Llévela usted si quiere que vaya. El vehículo que tiene parece capaz de pasar por cualquier sitio. Y la carretera principal hacia Londres estará limpia de nieve. En Edimburgo hay una tienda muy buena, según he leído. Puede parar ahí de camino y

comprar a Holly caros vestidos. Después, vaya a ver a Delia y convénzala de que deje venir a los chicos.

—¡Abuela! —exclamó Holly.

—Si no es así, no hay trato —Maggie se cruzó de brazos y fulminó a ambos con la mirada.

—Estáis locos, los dos —dijo Holly.

—Pero yo estoy loco y soy rico —Angus le sonrió—. Siempre pago por lo que necesito, y te necesito a ti. Tal vez Maggie tenga razón y lo mejor sea que te lleve a Londres.

—Me has contratado para cocinar.

—Con este anillo, te he contratado para estar a mi entera disposición, para que seas mi prometida, aparte de cocinar. Para que compartamos todo. Salvo la cama —se apresuró a añadir Angus al ver la expresión de Holly.

—Esto es una locura, abuela. Es imposible. Los chicos se darán cuenta.

—¿Crees que a los chicos les va a importar? Y piensa lo que podríamos hacer con ese dinero.

Holly pensó que, aunque no se quedara con el anillo, cosa que no pensaba hacer, conseguirían el dinero para la fianza de alquiler de una nueva casa.

Que a Maggie la fueran a echar de su casa, a su edad, la había dejado consternada, aunque reconocía que la culpa era toda suya, ya que nunca había ahorrado al creer que siempre viviría en aquella casa.

Así que Holly pensó que aquel era un compromiso de conveniencia con un magnífico sueldo. Sería de locos no aceptar la oferta, aunque tuviera que llevar ese pedrusco o dejar que el conde le comprara ropa y la llevara a Londres.

—Muy bien —afirmó en voz baja. Se notaba que estaba desesperada —. Pero con ciertas condiciones.

—¿Qué condiciones? —preguntó Angus con aire suspicaz.

—Llamaré a Delia mañana para hablar con ella. Si está de acuerdo, iremos a Londres el jueves. Pero mañana y el miércoles…

—Mi abuela y yo empezaremos a trabajar mañana a las siete. Si Maggie encuentra a alguien del pueblo que quiera ayudarnos durante esos dos días, quiero tu permiso para contratarlo. Quiero que el castillo quede limpio como una patena, que esté caliente y que se pongan adornos de Navidad por todas partes. Quiero una cocina excelente, instrumentos de calidad y mucha comida almacenada. Te costará una fortuna, casi tanto como ese anillo, pero o lo tomas o lo dejas.

Se estaba arriesgando mucho, pensó. Pero tal vez fuera necesario. Si tenía que organizar unas navidades, serían memorables. La idea de estar prometida a un conde en un castillo frío y oscuro la hizo estremecerse.

Los meses anteriores habían sido un infierno tanto para ella como

para Maggie. Y probablemente para aquellos tres chicos.

El hombre que estaba frente a ella les ofrecía una salida.

—Quiero que esta Navidad sea memorable. Si de verdad quieres ofrecerles a esos chicos una buena Navidad, supongo que no pondrás objeciones a gastarte el dinero.

—Te pagaré desde ahora hasta Año Nuevo. No es mi intención prolongar nuestro supuesto compromiso ni un minuto más. Todo esto es fruto de un error por mi parte, de haber mentido, por lo que pagaré. Y, después, seguiré con mi vida.

—Entonces, ¿estás de acuerdo con nuestras condiciones?

Él asintió.

—Esta Navidad va a ser fantástica: en el castillo de Craigie, todo él adornado. Creo que debieras ponerte la falda escocesa.

—¿Quieres que también aparezca en el contrato?

—Sí —afirmó ella—. Aunque podría pedirte que te disfraces de Papá Noel.

—Ni lo sueñes.

—No se trata de mí, sino de los chicos y de mi abuela. Lo hago por ellos.

—¿Te pondrás el anillo? —se lo tendió de nuevo.

Holly miró el estuche durante unos segundos. Después pensó que él iba a llevarla a Londres, lo que supondría pasar dos días en el coche, y una noche en la ciudad, con él.

—Podría ir en tren —dijo mientras seguía mirando el anillo.

—No —replicó su abuela—. Estás lista si crees que me voy a quedar sola en el castillo con milord mientras las vías están cortadas por la nieve en algún punto cerca de la frontera. O vas en coche o no vas.

—¿Eres tú o soy yo la que tiene que ir?

Su abuela rio. Era la primera vez desde que Holly había llegado. Su nieta conocía esa risa y le encantaba. Cada vez que su abuela había ido a Australia, todos los años desde que Holly había nacido, su risa había llenado su vida.

«Decídete», se dijo, «y no sigas pensando en las consecuencias».

Extendió la mano, tomó el anillo y se lo puso

—Sí, lo haré.

—Excelente —dijo Angus sonriendo.

—Sin ataduras —apuntó ella. Era una frase carente de sentido, pero él pareció entenderla.

—Sin ataduras.

—Muy bien —dijo Holly, y se dio la vuelta antes de que él volviera a sonreír y de que a ella se le removiera todo por dentro ante aquella sonrisa.

Y con eso, Holly Margaret McIntosh se convirtió en la prometida de lord Angus McTavish Stuart. En lo bueno y en lo malo.

Por Navidad.

Capítulo 4

A las siete de la mañana siguiente, Stanley fue a recogerlas para llevarlas al castillo. Apenas les dirigió la palabra.

—Como administrador, está un escalón por encima de nosotras, la cocinera y el ama de llaves —le susurró Maggie a Holly.

—Ya no somos solo eso —susurró Holly a su vez mostrándole el anillo—. Nos han ascendido.

Respiró hondo y adoptó su nuevo papel.

—¿Cuántos invitados se esperan para la cena de Navidad, Stanley?

—Tendrá que preguntarle a milord —contestó este, cuyo tono de voz indicaba que la pregunta le había parecido una impertinencia.

—Se lo pregunto a usted.

—No soy quien para decírselo.

—Como prometida del señor, creo que puedo preguntarle lo que me parezca. Y creo que el señor le dirá que es su deber decírmelo.

Maggie ahogó un grito. Se produjo un silencio mortal en el coche mientras Holly recordaba lo que había decidido la noche anterior: que no sería suficiente decirle a Delia que estaba comprometida, que representaría el papel todo el tiempo que estuviera en el castillo, ya que, si no, en el caso de que Delia hablara por teléfono con sus hijos, se descubriría el engaño.

Esperaba que Angus le hubiera contado la verdad a Stanley, pero era evidente que no lo había hecho.

—¿Qué tontería es esa?

Holly le enseñó el dedo con el anillo por el espejo retrovisor.

—Amor a primera vista —respondió ella con dulzura—. Pregúntele al señor. Mientras tanto, ¿cuántos invitados se esperan?

—El señor y los chicos —respondió al fin el administrador, aún no repuesto de la sorpresa.

—Ah, entonces será fácil. Gracias, Stanley.

Llegaron al castillo. El conde los esperaba en la puerta y Holly pensó. «¿Qué he hecho?».

Angus se había quitado la falda y llevaba unos chinos, camisa y jersey. Tenía todo el aspecto de ser el señor del castillo. Holly tuvo que contenerse para no bajarse del coche y salir corriendo.

¿Iba a fingir que era la prometida de ese hombre?

Debía hacerlo.

Angus se acercó a abrirles la puerta del coche. Holly pensó que era muy amable, y se reafirmó en su idea al ver que saludaba primero a su

abuela.

—Bienvenida, señora McIntosh. Espero que se encuentre a gusto en su nuevo puesto.

—Gracias. Llámeme Maggie.

—Maggie —dijo él sonriéndole. Después se dirigió a la nieta—. Holly…

—Hola, cariño —respondió ella abrazándolo y besándolo.

Lo había planeado la noche anterior. O todo o nada. O era su prometida o no lo era.

La noche anterior le había parecido una decisión sensata.

Esa mañana, mientras lo besaba y él se quedaba inmóvil de la sorpresa, pensó:

«¿Qué les pasa a las cocineras impertinentes que besan a su jefe?».

¿La despediría? ¿O la tomaría en brazos y se la llevaría a su habitación?

Pero lo besó como era debido, como una novia besaría a su prometido. La boca de Angus era fuerte y cálida. Y durante unos segundos se permitió pensar que todo era verdad.

Él la soltó.

—Hola…, cielo —atinó a decir. Y ella atinó a sonreírle.

—Muy bien. Podemos hacerlo. Tendrás que explicárselo a Stanley. Está en estado de shock. Muéstranos nuestros aposentos.

—Todavía no se han calentado. Aún no se ha instalado ningún sistema de calefacción.

—No tendremos frío, ¿verdad, abuela? Tenemos mucho que hacer. Que Stanley lleve el equipaje. Si nos enseñas el castillo, nos haremos una idea de lo que tendremos que hacer.

Mientras Angus les mostraba los amplios vestíbulos, pasillos y habitaciones, Holly pensó que era una gran casa sin alma. No solo hacía frío, sino que parecía un monumento de piedra en el que no se pudiera vivir.

—Creo que preferiría vivir en una cueva —le susurró a Maggie mientras seguían a Angus.

Maggie iba vestida de negro, como buena ama de llaves. Angus también representaba bien su papel, informal pero aristocrático. Holly, en cambio, se sentía como si se hubiera colado en un plató cinematográfico y fueran a echarla en cualquier momento.

—Enséñanos dónde estaban los dormitorios de los chicos cuando vivían aquí.

—Creo que podré encontrarlos. Stanley me enseñó todas las dependencias, pero sigo teniendo problemas para orientarme.

Pero halló las habitaciones donde habían vivido Delia y sus hijos.

Maggie y Holly se quedaron horrorizadas.

Eran tres habitaciones inhóspitas, al lado de la cocina: un dormitorio con tres camas, otro, más pequeño, con una cana y un minúsculo cuarto de estar.

—No hace falta que digas nada. Mi padre era un tirano.

—Al que solo le interesaba el dinero —apuntó Maggie—. ¿Cómo es que usted va a pagarnos tanto?

—Porque quiero que los chicos pasen unas buenas navidades, como las que yo nunca tuve.

—¿Nunca pasó unas buenas navidades en Estados Unidos? —preguntó Maggie.

—Tenemos que hacerlas más cómodas y confortables —afirmó él con voz tensa, sin responder a la pregunta de la anciana

Holly recordó que corría el rumor de que el conde era inmensamente rico. ¿Para qué estaba la señora del castillo, aunque fuera temporal, sino para gastarse el dinero del señor?

—No dormirán aquí.

—Vienen porque tienen nostalgia. Tal vez deseen estar en su antiguo dormitorio.

—Entonces, pondremos sábanas limpias en las camas y dejaremos la habitación como está. Así podrán usarla si quieren. Pero son adolescentes, o casi. Tiene que haber grandes habitaciones señoriales en el castillo. ¿Por qué no hacemos lo posible para ofrecerles la despedida que se merecen?

—Si llegan el viernes, poco podremos hacer —apuntó Angus.

—Creí que eras conde. ¿No puede un conde encargar cosas?

—Sí, pero…

—¿Dónde se puede hacer abuela?

—En el pueblo no hay…

—Claro que no. No tendrán lo que queremos.

De pronto, Holly vaciló. Hacía tiempo que ni ella ni su abuela habían pasado unas buenas navidades. ¿Por qué no celebrar unas de verdad?, ¿unas que compensasen todas las que se habían perdido?

—Si puedes permitírtelo —le dijo a Angus— me refiero a alfombras gruesas, colchones de plumas, almohadas en abundancia. Quiero velas en todos esos polvorientos candelabros. Quiero calefacción y luz. ¿Hay algún sitio donde se puedan alquilar cuadros? Necesitamos antepasados.

—Antepasados —repitió Angus con voz débil.

—Y armaduras y cabezas de ciervo, aunque sean de plástico. Esto no parece un castillo. Abuela, creo que necesitaremos ayuda para limpiarlo, y también electricistas y fontaneros. ¿Conoces a alguien del pueblo que…?

—Conozco a gente que estará encantada. Si milord está dispuesto a pagar…

—Un momento —dijo Angus.

Holly puso los brazos en jarras y lo miró fijamente.

—¿No estamos prometidos, querido?

—Durante tres semanas.

—Entonces, durante tres semanas, soy la señora del castillo, y mi reputación está en juego. Da gracias de no estar encadenado a mí de por vida. Imagínate lo que yo te costaría entonces. Pero es todo o nada, así que decídete.

Angus había desatado un torbellino.

Holly no era una mujer servil. Había contratado a alguien a quien le gustaba hacer listas.

En cada habitación en la que entraban, ella escribía algo. En las dos terceras partes, que estaban cubiertas por sábanas desde hacía generaciones, se limitó a escribir: DCE.

—«Dejar como está» —le explicó—. Ya tenemos bastante que hacer antes de Navidad. Además, a los chicos les gustará explorarlas.

Pero en las habitaciones que creyó que podrían usarse, hizo numerosas anotaciones mientras Maggie, que había pedido prestado el móvil a Angus, comenzaba a hacer llamadas.

—El nieto de un primo mío es electricista —dijo Maggie a Angus—. Vendrá a la hora de comer. Sus dos hermanas nos ayudarán a limpiar. En cuanto a los fontaneros, el sobrino de la señora McConkey vendrá con su equipo. ¿Sabía que tres de los cuartos de baño están atascados? ¿Pensaba usar uno solo para todos?

Sí. Stanley le había dicho que no había posibilidad de contratar a ningún trabajador antes de Navidad, y allí estaba Maggie prometiéndole que estarían allí a la hora de comer.

—A Maggie le deben favores en todos lados, y los sueldos que pagas facilitan las cosas —apuntó Holly—. De todos modos, tenemos que darnos prisa, si queremos acabar a tiempo.

Angus pensó que debiera dejarlas solas para que se encargasen de todo. Tenía mucho trabajo. Los mercados financieros seguían operando, y él no estaba allí de vacaciones.

—¿No tienes nada que hacer? —le preguntó Holly con dulzura.

—¿Cómo?

—Es que me pone nerviosa verte rondando por aquí.

—¡Holly! —exclamo su abuela.

—Es verdad —afirmó Holly con una sonrisa—. Creo que seremos más productivas si nos dejas solas.

—Creí que era tu prometido —gruñó él.

—En efecto, así que vete a jugar al golf o a hacer cualquier otra actividad masculina y déjanos solas.

—Odio el golf.

—Pues vete a pescar.

Y, ante el asombro de Angus, lo tomó por los hombros y lo condujo a la puerta.

—Adiós, cariño.

Y cerró la puerta. Angus se quedó patidifuso.

En Nueva York tenía un ama de llaves, un ser invisible que se ocupaba de la casa cuando él estaba en el trabajo. Para Angus, las tareas domésticas eran un misterio.

¿Por qué, entonces, quería participar de ellas en aquel momento?

¿Porque una chef australiana lo estaba mangoneando?

¿Porque una chef australiana lo había besado?

Aún lo sentía. Y el beso lo había sobresaltado. Y Angus McTavish Stuart no era de los que se sobresaltaban, sino de los que se controlaban, como le había inculcado su madre en la infancia.

Pero, ¿qué hombre hacía caso a su madre? Él había seguido su propio camino, que lo había llevado a conocer a Louise en la universidad. Ella sabía que su familia tenía mucho dinero. Lo sabía todo el mundo. Pero no se dio cuenta de que a ella solo le importaba su dinero, por lo que se quedó destrozado.

Rubia, hermosa, elegante, dos años mayor que él, le había robado el corazón, pero resultó ser una mercenaria, como el viejo conde. Dos meses antes de casarse, le dijo que se iba a su casa por Navidad. Pero, para Louise, su casa no fue la de sus padres, sino las pistas de esquí de Aspen en compañía de un monitor de esquí. Tras tres noches de juerga, se estrelló, totalmente borracha, contra un árbol.

Lo llamaron en Nochebuena. Y esa noche, Angus maduró definitivamente. A los veintiún años, acompañó a Louise a la tumba y se juró que seguiría el lema de su madre durante el resto de su vida: guiarse por la cabeza, no por el corazón.

Lo estaba recordando en aquel momento.

¿Solo por un beso?, se preguntó mientras iba a buscar a Stanley, al que le daría una apoplejía al enterarse de lo que se iba a gastar.

Durante unos segundos, barajó la idea de decirle al administrador que el compromiso era real, que había sido amor a primera vista, que había visto a Holly en la nieve, con los pies empapados, y que había sentido el impulso irracional de casarse con ella, vivir felices y comer perdices.

Sonrió. No era sensato, pero sería divertido.

Pensó en reunirse con Holly y Maggie, pero se dijo que era el señor del castillo, por lo que no debía rebajarse a tratar con los criados.

Pero ¿y con su prometida?

Volvió a recordar el lema de su madre. Y, de pronto, se dio cuenta de que solo hacía un día que conocía a Holly, por lo que hablar del corazón

era un chiste.

Maggie y Holly siguieron tomando notas. Su última parada fue la más importante: la cocina.

Holly miró a su alrededor, consternada. Tendría que hacer un milagro. ¿Con qué iba a cocinar?

La cocina estaba concebida para un ejército. La chimenea era enorme y estaba llena de polvo y hollín. Había una gran mesa de madera llena de excrementos de ratón, y el suelo de piedra estaba sucio.

En una esquina había una cocinita eléctrica y un viejo microondas. Y, debajo de la mesa, un perrito negro acurrucado.

—Hola —le dijo Holly mientras se agachaba para examinarlo. El animal reculó todo lo que pudo. Era el perro que ella había visto en el despacho de Angus. ¿Por qué estaba tan asustado?

En la nevera había algunas provisiones que indicaban que el conde comía en el castillo. Sacó un paquete de panceta y le ofreció un trozo al perro, que lo atrapó con precaución para volver a retroceder.

Holly le ofreció más, hasta tenerlo en su regazo.

—Ayer estaba en el estudio del conde. Y estaba bien. Ahora… —vio que tenía una herida en la pata, con la sangre seca. Parecía que el animal estaba esperando que se liasen a patadas con él.

—No parece muy bien cuidado —apuntó Maggie.

—Desde luego que no —replicó su nieta mientra lo tomaba en brazos —. Pero ayer lo parecía. Se diría que nuestro jefe tiene un humor cambiante. Ahora vengo, abuela. Sigue con la lista.

Angus estaba teniendo unas serias palabras con Stanley. Muy serias. El hombre lo sacaba de quicio, pero nadie más conocía la propiedad. Tenía que seguir con él, aunque le entraban ganas de tirarlo por la ventana.

—Cooperarás con Maggie y Holly en todo lo que te digan —le dijo en un tono que hubiera hecho temblar a sus empleados de Manhattan—. Y eso no es negociable.

—Tampoco esto —dijo Holly desde el umbral de la puerta, con el perro en brazos. Estaba roja de furia—. Si le has dado una patada a este perro, nos vamos ahora mismo —le dijo en un tono cargado de desprecio—. O si lo has dejado fuera, en la nieve, y alguien le ha hacho daño. Te doy dos minutos para que me expliques por qué el animal que acaricié ayer en tu despacho estaba temblando, escondido en la cocina.

—Debe de haber entrado por la puerta trasera —masculló Stanley sin ocultar su desagrado—. Siempre vuelve.

—¿Lo has echado a la calle?

—Es un perro vagabundo —dijo Angus—. Según Stanley, va y viene. Me lo encontré hace dos días. Quería llevarlo a la perrera —Angus le quitó el animal de los brazos, que se acomodó en los suyos sin protestar—. ¿Dónde has estado? Salí anoche y, cuando volví, te habías ido —le dijo al animal. Después miró a Holly, que seguía furiosa—. El castillo es grande, pero parece que este animal sabe orientarse.

—Le han dado una patada.

—Cuidaré mejor de él.

—¿Cómo lo han pateado?

—Es un perro callejero, Holly. Le he dado de comer, pero esa no es razón para que me mires como si fuera un asesino de perros.

—Alguien lo es.

—Lo averiguaré.

—Más te vale. El perro entra en el contrato. Tres semanas de alojamiento y comida también para él. Y después de esto, todo aquello de lo que hemos hablado lo quiero por escrito, firmado en presencia de testigos, sellado y lo que sea.

—¿Incluso nuestro compromiso?

Ella miró a Stanley.

—¿Lo sabe?

—Sí, sabe que es temporal.

—Puede que lo sea, pero es real. Llevo el anillo de la señora del castillo y, mientras esté al mando, no se volverá a dar una patada a este animal. Se queda conmigo.

—¿En la cocina? —preguntó Stanley

—Sí. Aunque no solo estaré en la cocina, sino por todas partes, para asegurarme de que esto sea un hogar en Navidad. Así que os podéis ir haciendo a la idea,

Sacó pecho y miró a Angus a los ojos.

—Despídeme o acepta mis condiciones.

«¿En qué me he metido?», pensó Angus. Era el jefe, pero más bien parecía que era ella la que ordenaba y mandaba.

¿Y por qué estaba tan guapa?

—Redactaré el contrato.

—Muy bien. La cena es a las siete.

Lanzó una última mirada de desdén a Stanley y se fue con el perro.

—No sabe cuál es su sitio —gruñó Stanley.

Angus lo miró de arriba abajo.

—Parece que no. Pero no estoy muy seguro del tuyo. Cuéntame todo sobre el perro.

Capítulo 5

Salieron para Londres el jueves a última hora de la mañana. La cocina había llegado y Holly se negó a marcharse hasta ver que la habían instalado y que funcionaba.

Había ya muchas cosas instaladas. A Angus le parecía que lo único que había hecho los dos días anteriores había sido firmar cheques.

El castillo, aquel frío mausoleo de dos días atrás, bullía de vida. Maggie se quedaba a cargo de todo.

Holly llevaba el perro consigo, ya que no se fiaba de Stanley. Angus tampoco lo hacía y estaba seguro de que había sido él quien había hecho daño al perro. Pero no podía despedirlo mientras negociaba la venta del castillo. Pero pronto se libraría de él. Hasta entonces, tendría que soportarlo, que era lo mismo que creía que estaba haciendo Holly con él, con Angus: desconfiar de él, pero soportarlo.

—No fui yo quien lo pateó —le dijo a Holly, una vez en el coche, camino de Londres.

—O tú o Stanley. Ahora da igual. Es nuestro perro. Mi abuela y yo lo cuidaremos.

—¿No crees que hubiera sido mejor dejarlo con ella?

—Está muy ocupada. Y al animal le vendrán bien dos días de mimos. No ha tenido bastantes.

—Será más difícil conseguir hotel con él.

—Supongo que tendrás que pagar más —le espetó ella.

—No te caigo bien, ¿verdad?

—No te conozco. Me pareciste amable cuando te conocí. Incluso te besé. Pero entonces solo sabía que ibas a ofrecer unas buenas navidades a tus medio hermanos. El perro me ha recordado que nada es lo que parece. Así que, ahora, soy más precavida.

—Nunca haría daño a un perro.

—De acuerdo. Te creo.

—Primero pararemos para comprar ropa —comentó él.

—El dinero aún no me ha llegado.

—No tienes que pagarla tú. Voy a presentarte como mi prometida, por lo que voy a equiparte como a tal. Los gastos corren de mi cuenta.

—Tienes que ser muy rico —afirmó ella sonriendo.

—Mucho.

—Entonces, ¿por qué vendes el castillo?

—Porque no lo quiero.

—¿Puedo preguntarte por qué?

—Mi madre fue muy desgraciada allí.

—¿Me lo cuentas?

Él pensó que estaba cansada, que llevaba trabajando dos días sin parar y que ya parecía exhausta antes de empezar. ¿Cuánto tiempo llevaría estresada y preocupada?

En aquel momento, sentada cómodamente en su lujoso coche, sin tener que tomar decisión alguna, a Angus casi le pareció ver cómo la tensión desparecía de sus hombros.

Él nunca contaba nada personal, pero le pareció bien hacer una excepción.

—Mi madre era hija única de unos padres muy ricos: mimada, consentida y obstinada. Mi abuela y mi madre soñaban con un título nobiliario para ella. Mi abuelo había heredado el dinero de su padre, pero no su inteligencia. Los tres se fueron a Londres cuando mi madre tenía diecinueve años. Conocieron a mi padre, un conde de verdad, y se pusieron muy contentos. Él quería el dinero de mi madre, desde luego, así que la cortejó con todo el encanto que poseía. Se casaron con mucha pompa y ceremonia y se la llevó al castillo. Allí, la realidad hizo su aparición.

—¿Por qué no salió huyendo inmediatamente?

—¿No te he dicho que era obstinada? El título le importaba mucho. Se peleaba continuamente con mi padre, pero se quedó embarazada, lo cual hizo que el conde se ablandara un poco y le concediera ciertos deseos. Pero, después de nacer yo, a mi abuelo le diagnosticaron cáncer. Estaba desesperada por volver a Estados Unidos, pero mi padre se comportó como el déspota que era. La dejó sin dinero, le cortó las comunicaciones y le escondió el pasaporte. Al final, ella consiguió huir, pero no antes de que su padre muriera. Murió en Navidad y ella volvió en Año Nuevo. Nunca perdonó a mi padre ni se ha perdonado a sí misma por haber sido tan estúpida.

—¿Se ha vuelto a casar?

—¿Bromeas? Se dedica a la beneficencia.

—¿Es feliz?

—Me parce que cree que no merece serlo.

Se produjo un momento de silencio.

—¿Cuánto tiempo hace de eso?

—Ya sabes mi edad.

—Pues no lo entiendo, ya que, incluso aunque hubiera envenenado a tu padre, ya habría cumplido la pena de prisión.

—No se puede obligar a nadie a perdonarse.

—Es ridículo. Tu madre debería haberse vuelto a casar con otro hombre que estuviera como un tren, preferiblemente amable, eso sí, y haber olvidado el pasado.

—¿Y tú? Después de los problemas que has tenido, ¿estás buscando

un hombre así?

Ella lo miró con recelo.

—¡No! No pienses cosas raras.

—Yo no estoy como un tren.

—Cuando te pones falda, sí. Pero lo de tu madre fue hace más de treinta años. Lo mío, solo hace unos meses. Necesito tiempo para que se me recupere el corazón.

—Y el orgullo herido.

—También. Por eso, estás a salvo.

—Si no, ¿te lanzarías sobre mí por encima de la palanca de cambios?

—No te hagas ilusiones. Acabo de escuchar la historia de tu madre. Y he aprendido la moraleja.

—Entonces, bajo ninguna circunstancia…

—Bajo ninguna. Soy tu empleada.

—En efecto —dijo él y volvió a concentrarse en conducir.

Hicieron la primera parada en Edimburgo, donde les indicaron la tienda de un elegante diseñador, en una de las zonas más caras de la ciudad.

Se detuvieron frente a ella. Angus apagó el motor y se volvió hacia Holly.

—¿Quieres que te dé mi tarjeta de crédito y comprar sola?

—No voy a hacerlo —observó ella, repentinamente sin aliento—. Sé que no puedo llevar tu anillo con mis viejos vaqueros y las botas de agua, pero ¿es que no tenéis grandes almacenes? ¿Almacenes amplios y anónimos donde pueda comprarme unos vaqueros? Y, sinceramente, preferiría pagar con el seguro de la compañía aérea. Necesitaré tu tarjeta solo hasta que me llegue el dinero.

—Entremos a ver, ¿de acuerdo?

Parecía casi alegre y ella lo fulminó con la mirada.

—Hazlo por mí.

—No.

—Entonces, por los chicos —le pidió él sonriendo—. Su madre no se fía de mí. ¿Por qué iba a hacerlo? Pero si te presentas con el vestido más barato que hayas podido encontrar…

—Pensará que eres como tu padre.

—Exactamente. Así que esto debe formar parte de tu papel. Demuestra que no soy como él comprándote ropa cara y dejándome pagar.

—¿Tan rico eres?

Él suspiró y sacó un ordenador portátil de debajo del asiento. Un minuto después, Holly tenía ante sí un artículo de Internet.

No se mencionaba que Angus Stuart fuera aristócrata. Se hablaba brevemente de sus abuelos y de su gran fortuna.

Había ido a la mejor escuela de negocios de Estados Unidos y lo

habían contratado en una de las instituciones financieras más importantes del mundo. En el artículo se hacía un cálculo aproximado de su fortuna.

Holly ahogó un grito.

—No puede ser. Es escandaloso.

—Creo que se han olvidado de un cero. Pero de todos modos, hay suficiente para comprarte ropa. Vamos, Holly. ¿Quieres que te ayude o prefieres ir sola?

—Puede que me echen si entro sola —respiró hondo y abrió la puerta del coche.

Al momento, un portero se le acercó.

—¿Desea el señor que le aparque el coche?

Holly miró a Angus, que sonreía. Pensó que para él era un juego. ¿Por qué no podía serlo para ella?

Los meses anteriores habían sido horribles. Estaba endeudada, pero tenía tres semanas hasta que la dura realidad volviera a imponerse.

Y aquel tipo era guapo y muy rico. Le devolvió la sonrisa, lo cual tal vez fuera un error, ya que sonreírle la hacía sentir…

Nada, no podía permitirse sentir nada, se dijo. Estaba representado un papel en un cuento de hadas. Eso era todo.

Angus se sentó mientras Holly se probaba ropa.

Desde el momento en que habían entrado, el encargado y los dependientes dieron por sentado que, por su aspecto y la ropa que llevaba, sería él quien pagaría, aunque era cierto que el perro que llevaba en brazos no tenía un aspecto muy distinguido.

Holly, por su parte, tenía un aspecto similar al del día en que se habían conocido. Pero no parecía avergonzada.

Los australianos no tenían en cuenta la clase social tanto como los británicos, pensó Angus. Ella miraba a su alrededor como si tuviera todo el derecho del mundo a estar allí.

Angus se presentó y dijo que su novia había perdido el equipaje. Necesitaba de todo. El encargado sonrió, le indicó una silla y al perro le dieron un cojín y un bol de agua. Holly se metió en el probador y cuando salió parecía otra.

Llevaba unos pantalones color crema y un conjunto de suéter y chaqueta de punto azul. La habían peinado y empolvado la nariz para suavizarle las pecas. Estaba elegante, como correspondía a la novia de un conde.

¿No era eso lo que él quería? Desde luego, se dijo. Asintió con la cabeza para mostrar su aprobación. El encargado sonrió.

Pero Holly se miró en el espejo de cuerpo entero y soltó una risita.

—Me falta el collar de perlas.

Angus estuvo de acuerdo.

—Enseguida lo arreglaremos —apuntó el encargado volviéndose hacia una de las dependientas.

—Pero no he dicho que lo quiera. A este conjunto le vendría bien, pero no he dicho que quiera el conjunto —se volvió hacia Angus—. ¿Crees que esta soy yo?

—¿Te vamos a vestir a ti o a la persona que representas?

—No soy actriz, Angus.

—¿Qué quieres decir?

—Que cuando me miro al espejo me siento una impostora. Si quieres que seamos novios, con independencia del tiempo que lo seamos, tienes que comprometerte conmigo, no con lo que tú o mi abuela creáis que debe parecer tu futura esposa. . Aunque esté actuando, tengo que dejar mi sello en el papel.

El encargado parecía tan confuso como Angus.

—Necesitas ropa, Holly, y esa es la adecuada.

—¿Así que lo que buscas son dos o tres conjuntos similares a este, un collar de perlas , chaquetas hechas a medida, un par de vestidos negros y zapatos de salón?

—Sí.

—Enseguida los tendrá —apuntó el encargado.

—Pero es que no los quiero —Holly miró a su alrededor. Parecía deprimida—. No veo nada rojo. Me gusta el rojo, el verde turquesa y el amarillo. Lo siento, pero odio estos pantalones —miró por el escaparate al otro lado de la calle—. El maniquí del escaparate de la tienda de enfrente llevaba un vestido de lana de color púrpura con rayas rosas. —Eso me iría mejor.

—¿Ese es el tipo de prendas que normalmente llevas? —preguntó Angus con voz débil mientras que el encargado adoptaba la expresión de un completo idiota.

—No, pero es lo que me gustaría llevar. Llevo cinco años ahorrando hasta el último centavo para poder comprarme el restaurante. He llevado vaqueros y camisetas y el uniforme de chef. Como trabajaba por las noches, no salía. Tengo dos trajes para ir a una boda o a un funeral. Pero si de verdad quieres gastarte el dinero en mí, si de verdad quieres que sea tu prometida, creo que debes aceptar que sea la prometida que desee. ¿Me entiendes?

—Creo que sí.

—¿Te gusta esta ropa?

—Es adecuada.

—Pero no has elegido, precisamente, una novia adecuada.

—Precisamente, no he elegido… —Angus miró al encargado y decidió que no pensaba seguir hablando de su compromiso en público.

—Es muy probable que mi madre venga…para la boda —le dijo al

hombre—. Es americana, pero este es el estilo de ropa que le gusta. Por eso hemos venido. Si puedo dejar el coche aparcado aquí, traeré a mi madre y a sus amigas a comprar, antes de la boda.

—Desde luego. ¿Así que su madre es una persona de buen gusto?

—En efecto.

—Eso es ponerme en mi lugar —dijo Holly al tiempo que estrechaba la mano del encargado con tanta calidez que su expresión de desaprobación se transformó casi en una sonrisa.

—Lo siento, pero no le prometo que vaya a ser la esposa ideal para un conde. Como prometida, ya soy muy poco adecuada. Disculpe las molestias. De ahora en adelante, creo que será mejor que deposite toda su confianza en la madre de Angus.

Una hora después estaban de nuevo camino de Londres. Holly llevaba unos leggings negros, unas botas azules que le llegaban a la altura de la rodilla, un precioso jersey rojo que le estaba grande y una boina roja que combinaba muy bien con su cabello. Llevaba una maleta de ropa similar en el portaequipajes, y parecía un gato que, por fin, hubiera podido comerse al canario.

Incluso había comprado un abrigo para el perro, al que había decidido llamar Scruffy, y una nueva correa.

Parecía feliz.

—Mis botas son maravillosas —afirmó mientras se las miraba una vez más—. Gracias.

—De nada.

—El cheque de la compañía aérea no dará para todo esto.

—No esperaba que lo hiciera. Este es tu uniforme.

—Debiera de haber sido un conjunto de punto y un collar de perlas.

—Hubieras parecido más distinguida.

—Creo que nunca lo pareceré.

—Podrías intentarlo.

—Lo intentaré —dijo mientras pasaba las manos por las botas para quitarles huellas imaginarias. Él pensó que estaba muy guapa.

Sí, Holly era guapa, animada y dulce. Pero ¿desde cuándo le gustaban las mujeres así? A él le gustaban elegantes, controladas y frías.

—Te estás portando de maravilla para ser un conde ogro.

—¿Un conde ogro?

—Tienes una reputación que mantener, pero, de momento, estás fracasando. No he visto en ti nada que no me guste —observó ella sonrojándose—. Es decir, no me refiero…

—No me estás tirando los tejos precisamente al decirme que no soy esa clase de conde que da un coscorrón a los lugareños con el trabuco y luego los tira al estanque.

—No era mi intención tirarte los tejos.
—Desde luego que no.
—¿Has reservado habitaciones separadas para esta noche?
—Lo ha hecho Stanley.
—A Stanley no le caigo bien. ¿Y si les dice a los chicos que no estamos comprometidos?
—No lo hará.
No le dio más detalles, pero le podía haber explicado que había dicho al administrador que conocía la existencia de determinada cuenta bancaria y que, si no quería que lo denunciara, debería hacer lo que Angus quería.
—¿O le darás con el trabuco?
—Ya lo creo.
—Es el conde ogro el que habla —dijo ella, y se echó a reír.
Angus se limitó a mirarla, aunque hubiera deseado parar el coche, tomarla en sus brazos y besarla.
¿Cómo? ¿Había perdido el juicio? Era su chef temporal para Navidad, su falsa prometida y su empleada. Aunque, de repente, deseó que no lo fuera.
—¿Te importa que conecte el sistema de sonido?
—Claro que no. Es tu coche.
—Me he descargado los últimos informes sobre el mercado de valores que llegaron anoche. Me preocupan.
—Por supuesto. A mí también; y a Scruffy. Adelante, escúchalos y te diremos si tienes motivo de preocupación. Yo no soy una experta, pero Scruffy es un buen analista. Los informes del mercado de valores… Seguro que el mundo entero estará preocupado.

Capítulo 6

ANGUS tenía la intención de dejar a Holly en casa de Delia y recogerla media hora después.
—Como me parezco a mi padre, me odiará en cuanto me vea. Mi presencia no facilitará las cosas. Eres tú quien debe convencerla de que deje a los niños venir con nosotros.
—Necesita fiarse de los tres —replicó Holly—. De ti, de mí y de Scruffy; somos un equipo.
La cosa habría funcionado mejor si, en el momento de que se abrió la puerta, un gato negro y flacucho no hubiera visto a Scruffy y hubiera salido corriendo al piso de arriba. El perro saltó de los brazos de Holly y corrió tras el felino. Tardaron cinco minutos en conseguir que Scruffy volviera a bajar al piso inferior y que el gato descendiera de la barra de la cortina del dormitorio de los chicos.
Después, Angus y Holly se sentaron con Delia, pálida y enferma, y los chicos, la más pequeña de los cuales era una niña de unos diez años que

se aferraba a su gato y miraba a Scruffy con asco.

—A Melly no le gustan los perros —dijo la niña a modo de introducción. No era un buen comienzo, pensó Angus, pero mejor que el caos que se había producido minutos antes.

Holly miró a Delia, una mujer de unos cincuenta años, que parecía mayor.

—Mi abuela, Maggie McIntosh la conoce del pueblo. Me ha encargado que le dé un abrazo de su parte, pero después del susto que se ha llevado el gato, solo se lo daré si usted me lo pide.

Era justamente lo que debía decir. La expresión adusta y de estar a la defensiva de la mujer se dulcificó.

—Y aunque Angus se parezca a su exmarido —prosiguió Holly con voz suave— no es él. Se ha educado en Estados Unidos y acaba de conocer el castillo.

Los niños no habían abierto la boca. ¿Esperaban el veredicto de la madre? ¿Seguirían queriendo ir al castillo, a pesar de que a ella no le gustaba la idea? Ben, el mayor, flaco, pálido y con pinta de estar desnutrido, parecía consternado ante la evolución de los acontecimientos. O tal vez fuera por lo mucho que Angus se parecía a su padre.

—¿Así que usted es nieta de Maggie? —preguntó Delia con incredulidad.

—Sí.

—Se le parece.

—Gracias.

La mujer sonrió levemente.

—Casi éramos amigas.

—Maggie la considera su amiga. Dice que lo habría sido si su esposo hubiera consentido que ella se acercase a usted. También estará en el castillo en Navidad. Es el ama de llaves.

—¿Cómo se conocieron ustedes? —miró con desagrado a Angus y respiró hondo—. ¿Cómo conoció al conde, si es la primera vez que ha ido al castillo?

—Soy una chef de fama internacional. Sé que no lo parezco —dijo Holly sonriendo al tiempo que se miraba la ropa—. Míreme las manos —las extendió para que Delia se las examinara y, por primera vez, Angus también lo hizo.

No eran las de una señorita de sociedad, sino manos gastadas por el trabajo. El rostro de Delia se dulcificó aún más. Extendió las suyas y se las tocó.

—La nieta de Maggie. ¿Cómo…?

—Angus probó mi comida —lo que era verdad, aunque solo habían sido sándwiches hechos a toda prisa los dos días anteriores—. Y al decirme que era el conde de Craigenstone, me presenté y le pregunté si

conocía a mi abuela. ¿Cree usted en el amor a primera vista?

—No creo en el amor —respondió Delia con brusquedad mientras seguía contemplando las manos de Holly y el anillo con mirada dubitativa.

Era evidente que su armadura comenzaba a agrietarse. Creía lo que Holly le decía y, de pronto, Angus se dio cuenta de la magnitud de lo que había pedido a esta que hiciera.

Estaba mintiendo por él.

Tenía que haberse imaginado que lo primero que Delia le preguntaría sería cómo se habían conocido.

—Eres realmente chef —susurró Delia.

Holly asintió y entregó a Scruffy al chico mayor.

—¿Eres Ben?

—Sí.

—Y yo soy Mary —dijo la segunda, de unos trece años y también muy delgada—. Espero que estéis cuidando de mis tejones. Tiene muchas madrigueras y…

—Y yo soy Polly —la interrumpió la pequeña. Y Melly es mi gata. Y si Mac va a perseguirla, tendréis que hacer algo.

—¿Mac?

—Creo que es Mac, el perro del guardabosques del castillo. Pero antes estaba más gordo.

—Mac —dijo Mary con el ceño fruncido. Se acercó a Scruffy y le acarició la nariz con cuidado—. ¡Mac!

Y, de pronto, el perrito comenzó a mover la cola totalmente excitado y se retorció en brazos de Angus hasta que este lo soltó. Mary lo agarró, lo abrazó y sonrió de oreja a oreja.

—¡Mac! —exclamó, emocionada.

Y la tensión se evaporó al instante.

—Así que en Navidad estaremos juntas Melly, Polly y Holly —afirmó Holly sonriendo mientras Scruffy-Mac lamía la cara de Mary—. Y Ben y Mary estarán con nosotros. Excelente —se volvió hacia Delia—. Cuidaré de ellos.

Pero Delia tenía más preguntas.

—¿Se casa con usted porque es cocinera? —le espetó—. ¿Para ahorrar del mismo modo que su padre lo hizo casándose con el ama de llaves?

—No intenta ahorrar y no soy cocinera —dijo Holly con rotundidad —. Soy chef y soy cara. No se hace idea de lo mucho que le he costado y lo que le voy a costar. Angus me ha dicho que mañana la ingresan en el hospital.

—Sí.

—¿Tiene planes para la cena de esta noche?

—Vamos a comprar comida para llevar —apuntó Ben.

—Pero no nos gusta —dijo Polly. Como viene la abuela, tendremos que comer pescado con patatas porque es lo único que le gusta.

—¿Y a ti no?

—No.

—Déjeme que prepare la cena esta noche para todos nosotros —rogó Holly—. Así veréis cómo cocino —le sonrió a Delia—. Déjeme que cuide de ustedes esta noche como lo haré de los chicos en el castillo. El conde ya no es un ogro. Angus ni siquiera quiere ser conde. Denos la oportunidad, por favor.

¿Cómo se podía rechazar semejante ruego? Angus estaba seguro de que él no podría, y Delia tampoco pudo.

Era indudable que Holly era chef. Sus habilidades organizativas dejaron a todos sin aliento.

—Muy bien. Esto va a ser un banquete. Decidme vuestros platos favoritos y haré una lista. A vuestra abuela le gusta el pescado con patatas fritas. ¿Algo más? ¿No creéis que preferiría langosta?

—No podrá pagarla —apuntó Delia.

Pero Angus se dio cuenta de que había llegado el momento de intervenir.

—El precio no es problema.

Delia lo miró sorprendida; Holly, agradecida, y algo se removió en el interior de Angus.

—Bollos de crema —apuntó Polly.

—Tacos —sugirió Ben.

—Y a usted, Delia, ¿qué le gustaría?

—Caldo de pollo. Llevo queriendo tomar caldo casero desde que me dijeron que tenía que operarme, y si usted hace una buena cantidad, lo congelaré para cuando vuelva a casa.

—¿Y tú, Mary?

—Un postre de chocolate.

—Tendremos que darnos prisa —dijo Holly—. Ben, Angus, haced una lista. ¿Preparados?

—Preparados —contestó Angus.

—¡Pues escribid!

—Está loco por ti.

Holly estaba preparando el postre de chocolate; Mary y Holly ponían cucharadas de la masa de los bollos de crema en una bandeja; Delia estaba sentada a la mesa al lado de Holly y pelaba patatas.

—Ningún conde se casa por amor. Siempre hay otro motivo. El padre

de Angus se casó con su madre por dinero, y conmigo por conveniencia. Pero en tu caso… Él no deja de mirarte.

—Entonces, supongo que se va a casar conmigo porque llevo jerseys rojos. ¿Tienes un delantal?

Pero Delia no se dio por vencida.

—No creía que un conde pudiera enamorarse.

—Mi abuela dice que la bellota nunca cae lejos del árbol, pero yo creo que no es verdad. Angus es buena persona.

—Y rico —apuntó Delia.

—Escandalosamente rico —replicó Holly riéndose.

—A mí, nunca me han regalado un anillo —dijo Delia mirándose la mano desnuda.

—¿Nunca?

—Nunca.

—¿Te divorciaste?

—No, hubiera costado dinero.

—Entonces, sigues casada con él.

—Está muerto.

—Pero eres su viuda.

Holly miró el anillo y, a continuación, las manos artríticas de Delia. Ella había llevado un anillo de compromiso durante dos años y no había significado nada. Aquella mujer nunca había llevado uno y algo le decía que, para ella, podía significarlo todo.

Angus y Ben llegaron en ese momento cargados de provisiones. ¿Cuánto habrían oído? Angus no dijo nada.

Él le había dado el anillo en pago por fingir que era su prometida. Si era suyo, podía hacer lo que quisiera con él. Tomó una súbita decisión y miró a Angus con expresión desafiante, como diciéndole: «Detenme si quieres, pero sé que esto es lo correcto».

Se secó las manos, se quitó el anillo y se lo tendió a Delia.

—Es tuyo. Póntelo.

Delia la miró boquiabierta. Todos la miraron boquiabiertos, incluido Angus.

—¿Te has vuelto loca? —preguntó Delia. No puedes dármelo. Es tuyo.

—Y como es mío, te lo regalo. Es el anillo de la señora de Craigenstone y esa eres tú. Me parece que no has disfrutado de ninguna de las ventajas del puesto, así que quédate con esta. Angus, le he devuelto el anillo a su dueña legítima. Espero que se lo expliques a tu madre.

—No puedo aceptarlo —susurró Delia mientras Angus miraba a Holly como si hubiera perdido el juicio.

—Es lo correcto, ¿verdad, Angus?

Tal vez no hubiera debido tener aquel gesto, pero sabiendo todo lo

que había sufrido Delia, la idea de que fuera ella, Holly, la que llevara el anillo le parecía absurda.

—Es precioso, mamá —suspiró Mary.

—¿De verdad es tuyo? —preguntó Ben.

—Nadie me ha tratado como la señora de Craigenstone —susurró Delia mirando el anillo. Después alzó la vista hacia Angus—. Tu padre se lo regaló a tu madre. No tengo derecho a…

Angus esbozó una sonrisa, dejó las provisiones sobre la mesa y tomó las manos de Delia entre las suyas.

—Tienes todo el derecho a llevarlo. No me he dado cuenta hasta ahora, pero Holly tiene razón. Eres la viuda de mi padre, que te trató de forma abominable. Estás enferma. Vamos a ofrecer a tus hijos una Navidad memorable. ¿Por qué no a ti también? Acepta este anillo como aquel que mi padre hubiera debido regalarte hace años.

—Pero Holly… —Delia no sabía qué hacer—. Se lo regalaste a Holly.

—Es el anillo de Craigenstone. Mi madre debió haberlo devuelto después del divorcio, pero…

—Sé por qué no lo hizo —Delia sonriendo débilmente—. Oh, milord…

—Angus —dijo él con sequedad—. Tú, menos que nadie, debieras usar los títulos.

Delia se puso el anillo y miró a Holly.

—Gracias a este anillo, creo que, de alguna manera, mi matrimonio tuvo algún valor, que no fue una completa farsa, que no fui una estúpida. Sé que no tiene sentido, pero es lo que creo. Gracias. Pero ahora, Holly, no tienes anillo de compromiso.

—Pues tendré que buscarme otro —afirmó ella con alegría y agarró la anilla de un bote de salsa—. Este servirá Vamos, ¿no tenéis nada que hacer? ¡A cocinar!

Por si quedaba alguna duda de las habilidades culinarias de Holly, la cena contribuyó a disiparlas.

Sirvió tacos con guacamole de aperitivo, consomé de primero y un banquete de marisco de segundo. Todos se quejaron de que era demasiado. Para terminar, el postre de chocolate con nata por encima, té y café con bollitos de crema.

Incluso la malhumorada madre de Delia sonreía. Y sonreía también al mirar el anillo de su hija.

—El conde nunca le regaló nada. Y ya ves…

—Debiéramos marcharnos —dijo Angus consultando el reloj—. Mañana por la mañana te ingresan, Delia.

—A las ocho. Y no puedo comer nada a partir de la medianoche de hoy.

—¿Tienes a alguien que te lleve?
—Tomaremos un taxi —dijo la madre de Delia.
—Os mandaré un coche con chófer —prometió Angus—. Y Holly y yo estaremos en contacto con el hospital todo el tiempo. Holly…
Y ella supo lo que le pedía. Lo leyó en su rostro y supo que era lo correcto. Ben había dicho que Delia estaría tres días en el hospital y pasaría la convalecencia con su madre. Si los chicos iban al castillo con ellos, sería una Navidad triste para Delia y su madre.
—Por supuesto —dijo Holly, y Angus le dedicó una sonrisa que le cortó el aliento.
—Si te encuentras restablecida —le dijo este a Delia— os mandaré un coche para que os recoja a tu madre y a ti y os lleve al castillo. Holly y yo cuidaremos de todos.
—¿Cuidarnos? ¿En Craigenstone? ¡Oh milord…!
—Angus —insistió él.
—Angus —dijo ella—. Sí, por favor. Y eres afortunado al tener a Holly.

¿Era afortunado al tener a una mujer que regalaba un anillo que costaba una fortuna? ¿Sabía ella lo que valía? ¿Se habría hecho una idea?
¿Acaso le importaba?
Decir que estaba alucinado era quedarse corto. Le había dado el anillo de forma impulsiva, en un gesto generoso para garantizar su cooperación durante las navidades. Cualquier otra mujer se habría quedado estupefacta, pero Holly, a pesar de sus dificultades económicas, lo había regalado tranquilamente.
No estaba enfadado, ya que el anillo era de ella y podía hacer con él lo que quisiera. Estaba abrumado por el gesto de Holly.
Nunca había conocido a una mujer igual.

De camino al hotel, al principio no hablaron. En realidad, Holly no sabía qué decir, por dónde empezar. Había regalado un anillo cuyo valor desconocía.
—¿Puedes, no sé, deducírmelo del sueldo?
—¿Tienes idea de lo que vale? —preguntó él, como sin darle importancia. Al ver que ella no respondía se lo dijo—. Lo aseguramos antes de traérmelo de Estados Unidos. En una subasta alcanzaría un precio más elevado.
Holly no dijo nada. Se había quedado sin palabras.
—A mi madre le va a dar un ataque.

¿Qué podía decir ella?

—No debieras habérmelo regalado.

—No pensé que fueras a atribuirle tan escaso valor.

—¿Como para regalarlo? Precisamente lo hice porque desconocía su valor. No debieras haberlo usado para sobornarme. Hubiera trabajado para ti de todos modos.

—¿En serio?

—Pagas muy bien. No hacen falta diamantes. ¿Por qué lo trajiste a Escocia?

—Mi madre quería incluirlo en la venta del castillo. Se lo llevó porque sabía que mi padre se pondría furioso. Nunca quiso obtener dinero de él.

—Pues ahora, desde luego, no podréis obtenerlo. He sido una estúpida, pero la culpa es tuya por regalármelo. ¿Qué pensará tu madre? ¿Se lo vas a decir?

—Claro, aunque tal vez no se queje. Delia le caía bien. Era una de las doncellas del castillo cuando mi madre vivía allí. Creo que eran amigas. La decisión que tomó Delia después de que mi madre se marchara, correcta o equivocada, es cosa del pasado, y ha pagado con creces por ella. En cuanto al anillo, has hecho bien, Holly.

—¿Te parece bien? —preguntó ella, atónita.

—Por supuesto que sí. Yo me he dedicado a intentar sobornarte con él mientras lo estaba esperando un verdadero hogar. Pero necesitaba a Holly para encontrarlo. Eres increíble.

—No lo soy —dijo ella, estupefacta.

—No discutas con tu jefe —la regañó él y se volvió a mirarla.

Estaban parados ante un semáforo. Holly sintió un largo y profundo escalofrío.

No dejaron de mirarse, como si ninguno de los dos supiera cómo hacerlo. Al final, él extendió los brazos y la atrajo hacia sí. Y ella se inclinó más y más hacia él.

Sonó una bocina y luego otra. Y muchas más. El disco estaba verde y tenían que seguir.

Angus soltó una carcajada y se echó hacia atrás.

—Más tarde —dijo.

Holly se estremeció al darse cuenta de lo que había sucedido. Se recostó en el asiento y trató de que su corazón recuperara el ritmo normal. ¿Qué hacía? ¿Se había vuelto loca?

—¡No!

—¿No?

—Soy tu falsa prometida. Nuestro compromiso es fingido —dijo ella enseñándole la anilla del bote de salsa que llevaba en el dedo.

—Eso lo arreglaremos mañana.

—No quiero más anillos. Este me vale.

—¿No quieres otro diamante?

—No, he tenido dos anillos de compromiso. Y no quiero más.

—¿Nunca más?

—Nunca.

—Holly…

—No —dijo ella con seriedad—. Nada de besos ni de caricias. Este compromiso es una farsa, Angus. Más te vale aceptarlo.

Capítulo 7

El hotel era precioso y de gran lujo. Holly lo miraba extasiada desde el coche.

—Había oído hablar de él, pero jamás pensé…

—Es un hotel excelente. Me alojo en él siempre que vengo a Londres.

Holly miró a Scruffy.

—¿Lo dejarán entrar?

—Stanley lo ha arreglado. No habrá problemas.

—Los hemos puesto en la suite del último piso —les dijo el director. Había aparecido de repente cuando ellos se acercaban al mostrador de recepción para atenderlos personalmente—. Tiene acceso a una terraza ajardinada, lo cual será adecuado para el perro.

Su expresión cambió al mirar al animal. Había perros y perros, y era evidente que aquel no encajaba en aquel establecimiento.

—Excelente —dijo Angus—. ¿Hay dos dormitorios?

—Solo uno. La persona que llamó nos pidió alojamiento para usted y su acompañante.

—Pero al señor no le gusta compartir la habitación con mi perro —observó Holly—. Ronca. Y huele.

El director miró a Angus con expresión compasiva. Se preguntaba quién le había endilgado a aquel par.

—Lo siento, señor, pero no podemos cambiarle la habitación. Al ser la última semana de compras antes de Navidad, el hotel está lleno. La suite tiene un sofá. Si quiere podemos transformarlo en una cama, pero…

—Sí, por favor —dijo Holly—. Soy una novia a la antigua usanza.

—Como desee.

Angus había estado alojado más veces en aquel hotel con su nombre, pero Stanley había utilizado su título. Estaba furioso. Había dado órdenes estrictas al administrador de reservar una suite con dos habitaciones en un hotel que admitiera animales y de no emplear su título.

Stanley hacía lo que le daba la gana; llevaba años haciéndolo. Aquello posiblemente era una venganza por la bronca que le había echado por lo del perro. Pero no podía prescindir de él hasta no haber vendido el castillo.

Así que tenía una suite de un dormitorio con Holly. Era una mujer maravillosa, cálida y vehemente, que había cautivado a sus hermanos y a su madrastra.

—Ni se te ocurra —le murmuró ella mientras se dirigían a los ascensores.

—¿El qué? —preguntó él tratando de adoptar una expresión inocente sin conseguirlo.

—Lo sabes perfectamente, así que ni lo pienses. Como intentes algo, llamo a mi abuela.

—No puedo imaginarme nada peor.

—¿Estás seguro de que no has sido tú el que ha organizado que solo tengamos un dormitorio?

—Si planeara algo malvado, no hubiera pedido una suite con un sofá. Aunque, ahora que lo pienso, yo siempre pido una suite.

—Por supuesto.

—Ser rico no es nada malo.

—¿No? No lo sé.

—Y no es culpa mía que seas pobre.

—No. Y hasta puede que sea divertido ser rico.

—Sin embargo, has regalado el anillo —afirmó él mientras acariciaba a Scruffy, cuando lo que quería era acariciarla a ella—. Podrías haberte comprado un restaurante con el anillo.

El ascensor llegó y se montaron.

—Me alegro de habérselo regalado a Delia. Le pertenecía.

—En efecto, pero ha sido un gesto muy generoso.

—Eras tú quien debiera haberlo hecho hace años.

—No lo pensé. No conocía a Delia ni entendía la situación. Pero si mi madre se lo hubiera dado a Delia hace años, mi padre se lo habría quitado.

—Supongo que sí.

—Así que has enmendado un error. Bien hecho. Pero te has quedado sin restaurante. Tal vez pudiera ayudarte…

—Si vas a decirme que, si no uso el sofá, me comprarás un restaurante, Scruffy y yo nos iremos ahora mismo.

—Ya sé que no eres de esa clase de mujeres.

El ascensor se detuvo. Las puertas se abrieron y ya estaban en la suite. Holly se quedó callada.

Aunque tuviera un dormitorio, era enorme. Parecía un ático. El salón era inmenso, con una mesa para una docena de personas. Desde las ventanas se divisaba todo Londres.

—¡Vaya! —exclamó Holly mientras dejaba a Scruffy en el suelo. Dio una vuelta por la suite para verlo todo.

Angus se quedó en la puerta observando sus reacciones.

Estaba acostumbrado al lujo, pero ella…

—Parece un sueño —afirmó ella después de completar la inspección —. Tienes un vestidor que es mayor que mi piso de Sídney, y un jacuzzi que parce una piscina.

—Tenemos.

—Tienes. Scruffy, aunque sé que lo debería llamar Mac, y yo pondremos uno de estos sofás en una esquina. ¿Cuál crees que se convierte en cama? En tu cama cabrían doce doncellas del pueblo. Yo les haría el desayuno —dijo ella sonriendo—. Hay una cocina completamente equipada.

—Pero se me ha olvidado meterlas en la maleta —apuntó él señalando la pequeña maleta—. Solo llevo calcetines y ropa interior.

—Bueno, pues vamos a instalarnos. Vete a tu dormitorio, que es más grande que un campo de fútbol, y déjanos dormir.

—Aún no te han hecho la cama.

—La harán enseguida. Mientras espero, decidiré por qué ventana mirar.

—¿No quieres bañarte?

—No.

—¿Tienes miedo?

—Sí.

—Pues no hay motivo.

No eran más de las nueve. Angus sabía que ella tenía dos preciosos vestidos en la maleta. Podía proponerle que bajaran a tomar algo, tal vez a bailar.

Pero sabía que ella se negaría.

—A Scruffy le vendría bien dar un paseo.

Ella no contestó, sino que abrió la puerta de la terraza, ajardinada y tenía una pequeña extensión de césped.

—Problema resuelto.

—No me refería a eso, sino a un paseo de verdad. Sugiero que nos pongamos el abrigo y bajemos a la calle. Los edificios nos protegerán del viento. Londres está adornado por la Navidad. Podríamos dar una vuelta para verlo.

—Sí, es mi primera vez en Londres.

—Entonces, es obligatorio. Y ahora, además, tienes buen calzado, un abrigo, una bufanda y un gorro. Vamos.

Ella dudó. Angus pensó que no se fiaba de él, pero no la culpaba. Ya la habían hecho daño antes.

Pero él deseaba curarla.

La idea se le ocurrió tan de repente que lo pilló por sorpresa. Y pensó…

No supo lo que pensó, pero sintió algo que nunca había experimentado, algo que no sabía que pudiera sentir.

Su necesidad de acariciarla era tan intensa que casi lo abrumó, pero logró contenerse.

¿Iba a actuar con la cabeza o con el corazón? Desde su relación con Louise, lo había hecho con la cabeza, pero allí se le estaba olvidando.

¿En qué pensaba? Era demasiado pronto, repentino e inadecuado.

¿Acaso tan estúpido como haberse enamorado de Louise?

Por suerte, Holly no lo estaba mirando. Había llegado un botones con el equipaje de ella, que, debido a las compras que habían hecho, era mucho más voluminoso que el de él.

—Me he comprado una bufanda de cachemir —dijo Holly cuando el botones se hubo marchado. La sacó de una bolsa.

De pronto, parecía estar contenta de nuevo. Y así era como debía estar, pensó él: contenta, riendo y sin preocupaciones.

—O más bien habría que decir que me la has comprado. Me encanta. Roja, púrpura y amarilla. Esta es la noche ideal para estrenarla. Vamos a dar un paseo.

La noche era verdaderamente fría. Las aceras estaban heladas. Scruffy llevaba su abrigo y la correa nueva.

No eran los únicos que habían salido a la calle. Se hallaban en una de las zonas turísticas más conocidas. Muchas de las tiendas y de los restaurante de la orilla del río estaban aún abiertos, por lo que había mucha gente paseando y comprando.

—Es increíble —susurró Holly mirando a su alrededor.

Un grupo de borrachos se abalanzó sobre ellos. Angus la tomó de la mano para apartarla y dejarlos pasar. Siguieron andando, pero no la soltó ni ella retiró la mano.

Era sin duda un gesto inconsciente, destinado a impedir que se separaran empujados por la multitud, y ella lo había aceptado con naturalidad.

No había que darle más vueltas, pensó él. Pero el extraño sentimiento que se había apoderado de su corazón se volvía cada vez más extraño. Se hallaba en terreno desconocido.

Cruzaron el puente de Westminster en silencio. Pasó un autobús turístico de dos pisos y Angus pensó que tal vez ella quisiera montarse.

Pero después pensó en la primera vez que había estado en Londres. Era Navidad y había entrado en la abadía de Westminster, que lo había deslumbrado por su historia y belleza.

Miró el reloj. Eras las once, demasiado tarde para ir a la abadía. De todos modos, se encaminaron hacia allí, porque, aunque no pudieran entrar, era muy hermosa por fuera. Al acercarse oyeron música en el interior.

Había un guardia de seguridad en la puerta.

—¿Se puede entrar? —preguntó Angus.

—El coro está ensayando —contestó el hombre amablemente—. No está abierto al público, a no ser que sea usted miembro del coro.

—Estoy a punto de hacerle una donación importante. Dígaselo al

director. Y habrá una propina para usted. Casi es Navidad.

Angus se la dio. El hombre la miró y abrió mucho los ojos.

—Si me dice que no, lo aceptaré, pero espero que no lo haga —prosiguió Angus—. Solo necesito que me dé la oportunidad de ser generoso.

Dos minutos después, Holly estaba sentada en un banco en el lugar en que generaciones de reyes y reinas se habían casado y estaban enterrados, donde los londinenses llevaban siglos acudiendo a los oficios religiosos y donde, en aquel momento, un coro de las mejores voces inglesas ensayaba villancicos que había aprendido de niña.

El director del coro les había dedicado una beatífica sonrisa cuando entraron. ¿Qué cantidad habría escrito Angus en el cheque? Pero, aparte de los cantantes del coro, estaban solos.

Holly estaba estresada desde que había descubierto la traición de Geoff. Había intentado hallar la forma de pagar las deudas y de sobrevivir en medio del lío en que la había dejado su novio. Su falta de honradez la había destrozado.

Después, al llegar a Craigenstone, supo que a su abuela estaban a punto de echarla a la calle, por lo que su desolación y el sentimiento de pérdida habían aumentado.

Los días anteriores los había pasado matándose a trabajar. Pero en ese momento, dentro de la abadía, el mundo parecía haberse detenido para tomar aliento.

Se hallaba sentada en un banco con una larga historia. Angus estaba a su lado con su precioso abrigo de cachemir y un sospechoso bulto bajo el brazo, que era Scruffy. Pero ni el guardia de la entrada ni el director les habían hecho preguntas.

La música la envolvió. El coro interpretaba una magnífica versión de Noche de paz. Su madre le cantaba ese villancico. Le pareció que el coro la cantaba exclusivamente para ella.

O tal vez para Angus también, que seguía agarrándole la mano. Y ella seguía sin intentar retirarla.

¿Por qué?

Sencillamente porque no quería hacerlo. Se estremeció, pero no de frío ni de miedo, sino por la unión de sus manos y por algo más profundo, algo que no entendía.

¿Era confianza? ¿Podría aprender de nuevo a confiar?

Cuando Angus le soltó la mano y le pasó el brazo por la cintura, ella no tuvo nada que objetar. La magia los envolvía y, por una vez, se olvidó de las deudas, de los caseros, de los novios ladrones, de la desconfianza y se dedicó a disfrutar.

Era una mujer sentada al lado de un hombre que le cortaba el

aliento, en uno de los lugares más hermosos del mundo.

Siguieron escuchando, y el sentimiento entre ambos continuó intensificándose. Con el silencio y la música se estaba formando algo que ella nunca había experimentado y que no comprendía.

Se sentía flotar, como si estuviera fuera de su cuerpo, y era una sensación maravillosa.

Le pareció que se iba a elevar hasta el techo, pero trató de controlarse.

—Tenemos que marcharnos —le susurró a Angus—. Como sigamos aquí un minuto más, voy a ponerme a cantar con ellos.

—Me gustaría verlo.

—Más vale que no —susurró obligándose a emplear un tono de voz natural, como si aquella no fuera una noche especial, ni aquel un lugar especial, ni él un hombre especial—. Canto fatal. Vámonos, Angus.

—¿En serio?

—Me siento como si me fuera a derretir de puro éxtasis. Me introduciré entre los resquicios de las losas y me fundiré con todas estas tumbas, lo cual no sería apropiado, ya que son de reyes y reinas, y yo solo soy una cocinera australiana.

—Chef —apuntó él.

Ella sonrió, se levantó y echó a andar. Él la siguió. El guardia los despidió con una sonrisa.

Angus dejó a Scruffy en el suelo y trató de tomar de nuevo la mano de Holly. Pero ella la apretó firmemente contra su costado. Algo había sucedido en el interior de la abadía y trataba desesperadamente de volver a pisar tierra firme y de aclarar sus pensamientos.

Había pensado que podría volver a comenzar, empezar de cero.

Seducida por el lugar, la música y la sensación de Angus tan cerca de ella, había pensado que estaba bien que el señor del castillo de Craigie la tuviera agarrada de la mano.

¿Se había vuelto loca?

Había pensado que podría aprender de nuevo a confiar.

—Guíate por la cabeza, no por el corazón —dijo Angus, y ella lo miró con recelo.

—¿Qué? —preguntó ella, confusa.

—Es lo que llevo años diciéndome. No te dejes dominar por los sentimientos.

Ella se detuvo y lo miró.

—Así que tú también lo has sentido ahí dentro.

—Sigo sintiéndolo, sea o no razonable.

Volvió a tenderle la mano, pero ella la miró como si fuera un escorpión.

—Dices que te guías por la cabeza, no por el corazón, pero te estás rindiendo a tus sentimientos. ¿No haces caso de tu propio lema?

—Lo que te propongo es que nos arriesguemos —dijo él en un tono que trató de ser ligero—. Tal como me siento, puede que el riesgo merezca la pena.

«Tal como me siento...». Holly se quedó sin aliento, pero tuvo que seguir respirando y tratando de razonar.

—Yo no estoy para asumir riesgos. Uno apuesta cuando se tiene lo suficiente para perder sin que sea una catástrofe. Yo no puedo permitirme ese lujo. Ya aposté una vez y perdí los ahorros de mi vida, entre otras cosas. Si crees que voy a volver a hacerlo…

—Pero no estamos hablando de apostar. A no ser que me equivoque, no tienes ahorros que perder. Acabas de regalar el anillo, así que ¿qué te vas a jugar? No hay nada que poner en la mesa, salvo lo que ambos sentimos. Porque tú también lo sientes, ¿verdad?

—Ha sido la música.

—¿Solo la música?

—De acuerdo, no lo sé. Pero me asusta que pueda ser otra cosa.

—A mí también. Nunca me he enamorado de una chica con botas azules.

—No puedes enamorarte —dijo ella con cierta desesperación—. Soy tu empleada. Te hallas en una posición de poder, por lo que hacerme proposiciones deshonestas va contra las normas.

—Entonces, si no fuese el señor del castillo de Craigie…

—Pero lo eres.

—Pero si no lo fuera —insistió él— puede que aceptaras…. No sé, ¿qué estuviéramos agarrados de la mano un rato más?

—Ves, ahí está el problema —afirmó ella, dispuesta a ser sincera. Habían vuelto al puente. Seguía haciendo mucho frío.

Ella se estremeció y él, instintivamente, le acarició la cara.

Ella no se resistió.

—No voy a hacerte daño. No soy Geoff.

—No —dijo ella mirándolo a los ojos. Volvió a estremecerse. Le habían hecho mucho daño. La habían traicionado. El cerebro le pedía a gritos que se alejara de él, pero su instinto le decía que dejara que la abrazara.

—Es demasiado pronto —atinó a decir.

Él asintió, pero volvió a tomarla de la mano.

—Desde luego que sí. Es demasiado pronto para comprometerse. Si queremos que esto siga adelante, necesitaremos un par de años para pensarlo mientras nuestros abogados estudian las posibles ramificaciones. Así que mejor lo dejamos.

—Me has tomado de la mano.

—Los amigos pueden hacerlo. Vamos a considerarlo una negociación preliminar.

—Muy bien,

—Es solo amistad —afirmó él—. Me enamoré una vez y fue un desastre, pues acabó con una traición y una muerte. Así que únicamente nos tomaremos de la mano.

—Me parece bien.

Pero ¿era así? Sentía la calidez del vínculo entre ambos, su fuerza. Pero, por debajo, estaba el shock que le habían supuesto sus palabras, el dolor que contenían, la lección aprendida. No necesitó preguntarle más.

—Dentro de un par de días te acariciaré el pelo.Y llevaré un peine para peinártelo después. Y dejaré que me hagas el nudo de la corbata el día de Navidad.

—Caramba.

—Iremos pasito a pasito. Ahora, volvamos a casa.

—Al hotel —apuntó ella, porque, de repente, le pareció importante distinguir la «casa», personal, del «hotel», impersonal.

—Al hotel —dijo él alegremente—. Tienes razón. Un hogar es algo que otras personas forman juntas. Nosotros no.

Capítulo 8

Debieran haber reservado dos habitaciones en pisos distintos del hotel. En la suite estaban demasiado próximos, y Angus era muy guapo y masculino, y Holly aún estaba llena de la música del coro y de las cosas que había visto durante el paseo.

El hotel ofrecía ponche de Navidad a sus clientes. Un camarero se lo subió poco después de que llegaran. Falsos troncos crepitaban en la falsa chimenea y un aroma a pino se extendía por el salón.

Todo aquello era demasiado para Holly, que trataba desesperadamente de no bajar la guardia.

Esa noche, ese hombre, ese momento…

Angus sirvió el ponche. Hubiera sido de mala educación rechazarlo, pero en cuanto ella bebió un sorbo, supo que no debería haberlo hecho.

Comenzó a tener mucho calor. Llevaba demasiada ropa para la temperatura que había en la habitación. Tendría que quitarse el jersey, pero no se atrevía. Apenas se atrevía a moverse.

Scruffy se había acomodado en la cesta que el hotel les había suministrado. Holly pensó que necesitaba abrazarlo para defenderse.

Miraba por la ventana la ciudad que se extendía ante ella. Angus estaba detrás contemplando también la vista, o tal vez mirándola a ella. No lo sabía, pero no iba a volverse para comprobarlo.

—Holly —dijo él, y el sonido de su voz le provocó algo mágico e irresistible.

—¿Sí?

Se giró lentamente y lo miró. Y lo que vio…

Pensó que se sentía tan inseguro como ella. No era el conde de Craigenstone, sino solo Angus, que la miraba con expresión seria y la interrogaba con los ojos.

¿Podía confiar en él?

Algo en su expresión le indicó que aquel era un paso tan importante para él como para ella.

¿Confiaría en ella?

Tonterías, se dijo. Simplemente era un hombre con una mujer en su habitación e intentaba hacer lo que todos los hombres intentaban en dicha situación.

Pero era un hombre herido en mayor medida que ella.

—Tengo miedo, Angus —susurró sin poder evitarlo—. Me siento… Acabo de terminar una relación que ha estado a punto de destruirme, en la que confié más de lo que hubiera debido. Creo que no puedo…

—¿No puedes besarme?

—Quiero besarte, pero no estoy a tu altura. Eres un americano multimillonario, además del señor del castillo de Craigie. Me da miedo.

—Lo comprendo —le quitó la copa de la mano y la dejó en la mesa —. Me siento tan inseguro como tú, Holly. Me asusta lo que siento. Pero necesito besarte. ¿Es un sentimiento mutuo?

—¡No! —mintió ella.

Pero el miedo y la incertidumbre comenzaron a alejarse, a perderse en la noche.

—Holly… —dijo él tendiéndole las manos como un salvavidas al que agarrarse después de la traición y de los meses que había pasado, en que se había quedado sin suelo bajo los pies. Pero no debía agarrarse a él, aunque lo deseaba. Mucho.

Y de manera estúpida, alzó las manos y dejó que él las tomara en las suyas y la atrajera hacia sí hasta que sus senos rozaron el pecho masculino, hasta sentir su fuerza y su calor al abrazarla.

Sintió su aliento en el cabello y sus manos en la cintura apretándola cada vez más.

Le pareció que se iba a derretir. El miedo, las reservas y la precaución desaparecieron.

Ella lo rodeó con los brazos y dejó que su cuerpo se apoyara en el de Angus mientras él la abrazaba con fuerza y ella… ¿le entregaba su corazón?

¡No! Eso era una fantasía propia de las novelas románticas.

Además, era su jefe.

¿Y qué? ¿Iba a rechazarlo por prejuicios estúpidos? ¿Iba a rechazar aquella magia?

Para ello hubiera debido ser una mujer mucho más fuerte. Angus se separó un poco de ella y la miró sonriendo.

Ella lo miró a su vez y no vio al conde, sino los restos de una infancia que le había dejado cicatrices: un padre que lo rechazaba, la amargura de su madre, un compromiso del que ella no sabía nada, salvo que había acabado con la muerte de su prometida y con miedo al compromiso por parte de él, lo cual implicaba que, aunque Angus la mirara con deseo, ella viera el reflejo de su propia inseguridad.

Holly había tenido buenas relaciones en el pasado: sus padres la habían querido mucho, al igual que sus abuelos. Pero él…

Angus tomó su rostro entre las manos y la miró. Quería besarla, y lo único que ella tenía que hacer era dejar que aquellas maravillosas manos le elevaran la barbilla y…

Y desde luego que dejó que lo hicieran. ¿Cómo iba a negarse? Angus estaba allí, en aquel momento, era su señor del castillo, pero también su hombre. Le pareció que le flaqueaban las piernas, al igual que sus principios y sus miedos.

Solo existía Angus. Solo existía aquel momento.

Ella le acarició la cara, como si quisiera conocerlo, sentir cada centímetro de su piel. Él la miraba gravemente, esperando. Y ella supo que no habría ninguna obligación, que «no» significaría «no».

Pero se puso de puntillas para que él la abrazara mejor y para que, por fin, sus bocas se unieran.

Para que él la besara como ella anhelaba que lo hiciera.

Para que ella, por fin, estuviera donde deseaba estar.

Oh, un beso…

Ella sabía lo que era besarse, por supuesto. Era una mujer que había estado prometida, que conocía a los hombres.

Pero no a aquel, no su forma de besar.

Fue como si se fusionaran dos cargas opuestas. Fue algo que la conmocionó y la hizo elevarse aún más sobre la punta de los pies, que la hizo derretirse y dar al mismo tiempo que recibía.

Que la hizo desear…

Deseaba a Angus como no había deseado nada en la vida. Pero quizá «desear» no fuera la palabra adecuada.

Era como si su boca hubiera encontrado el norte y se aferrara a él. Aquel era su verdadero camino. Aquel era su hombre.

Se apretó contra él. Los senos se le aplastaron contra su pecho y sintió el latido apresurado del corazón masculino, que se hacía eco de la aceleración del suyo. Vio luces y colores que nunca había visto mientras la invadían oleadas de sensaciones que nunca había experimentado.

Pero no era el momento de hacerse preguntas, sino el de dejar que el poder de Angus se adueñase de su cuerpo. Abrió la boca para que él hiciera el beso más profundo al tiempo que le exigía a ella que lo gustara, que lo sintiera.

Estaban al lado de la ventana. Las luces de Londres los envolvían como si la ciudad hubiera decidido mirar hacia arriba. Eran dos amantes desventurados cuya silueta se dibujaba en la ventana de una suite de uno de los mejores hoteles de Londres. Y parecía mágico. Porque, en Navidad, había magia.

Pero ¿qué edad tenía ella cuando se dio cuenta de que Papá Noel era un cuento de hadas? ¿Cómo se había sentido cuando la realidad se manifestó?

Ella se movió para abrazarlo con más fuerza y el falso anillo se le enganchó en la lana del jersey de Angus.

Fue un detalle sin importancia. Otra mujer habría tirado y roto la lana sin miramientos, pero el jersey era precioso y ella estaba apretada contra él, por lo que la idea de romperlo le pareció que sería como hacer daño a Angus.

Así que se quedó inmóvil, y él se detuvo y aflojó el abrazo para ver qué sucedía.

—Se me ha enganchado el anillo a tu jersey —dijo ella con una voz que le resultó irreconocible.

—Da igual.

—No, déjame que lo desenganche.

—No importa —dijo él abrazándola de nuevo—. Es un anillo de compromiso que une a dos personas. ¿No es eso lo que pretendemos ahora?

Pero ella no se movió. «…que une a dos personas».

¿En qué estaba pensando? ¿Cuánto hacía que se había quitado el anillo de Geoff? ¿Cuánto hacía que creyó haber estado unida a él?

—¡No! —exclamó antes de darse cuenta—. ¡No!

Él sintió el pánico en su voz y se dio cuenta de que había dicho una estupidez. Estaba con una mujer que apenas conocía y le había hablado de unirla a él sabiendo lo que le había sucedido y conociendo su miedo.

¿Había perdido el juicio?

—Deja que lo desenganche —repitió ella. Su voz había cambiado. Ella había cambiado.

Él la soltó, se quitó el jersey y retrocedió.

Se sintió vacío.

—Quítate el anillo —pidió él, pero ella negó con la cabeza.

—Me lo voy a dejar puesto. Le di a Delia tu anillo para llevar puesto este durante tres semanas. Y eso no me vincula a nada.

—Claro que no, pero, amor mío…

—¡No soy tu amor! —gritó ella. ¿En qué estábamos pensando?

—Yo sé en lo que pensaba.

—No, Angus, no estoy preparada. Y no creo que de verdad quieras…

—De verdad quiero, pero puedo esperar. Holly, ¿cuánto tiempo se tarda en desenganchar un anillo?

—Tendrás que esperar más, tanto si eres conde como si no.

—¿Por qué no te olvidas de una vez del título? —explotó él sin saber de dónde procedía su ira—. Esperaré lo que sea necesario, pero esto solo funcionará si piensas en mí, no en mis antepasados. No soy mi padre.

Decir eso fue otra estupidez. La miró a los ojos y vio que tenía miedo. Le había chillado.

—Perdóname, Holly —rogó él en un intento de controlar una situación de la que ella parecía querer huir.

Se dijo que tenía que borrarle el miedo del rostro.

—Lo que acabo de decir es una tontería. No, no soy mi padre, pero eso ya lo sabes. Lo que soy es tu jefe —respiró hondo—. Te he contratado durante tres semanas. Después, ya no tendré nada que ver con un título heredado y tú no serás mi empleada. Mi padre es mi fantasma, y Geoff el tuyo, pero podemos librarnos de ellos. Créeme,

Holly, no pretendo ligarte a mí ahora ni lo pretenderé después, pero puedo esperar a ver qué pasa cuando los dos nos hayamos liberado.

Ella no le contestó, ni siquiera lo miró. Seguía, obstinadamente, tratando de desenganchar el anillo del jersey. Él pensó que debía ayudarla, pero no se atrevió a acercársele.

Tres semanas: poco tiempo para exorcizar fantasmas.

Pero ella viviría en el castillo hasta Año Nuevo. Eso lo consoló.

—Esta noche ha sido estupenda, pero estamos cansados. Así que vamos a costarnos. Y habrá una puerta entre nosotros.

—Sí —asintió ella.

—Holly…

—Puertas, límites, es lo que necesitamos. Buenas noches, milord.

—No me llames así, por favor.

—Es lo que eres.

—Solo hasta que venda el castillo. Después volveré a Estado Unidos y esa fantasía se habrá acabado.

—Muy bien —apuntó ella. Su expresión era indescifrable—. Esta noche ha sido parte de esa fantasía, así que vamos a olvidarla y a acostarnos cada uno en nuestra cama.

—Holly…

—Eres mi jefe —dijo ella entregándole por fin el jersey— así que olvida el beso. Piensa en mí como una empleada —extendió la mano con el anillo en el dedo—. Vete a la cama, Angus —dijo con dulzura—. Porque realmente quiero volverte a besar, pero menos mal que el anillo me lo ha impedido. Es una situación imposible y debemos conservar la serenidad. Si sigues queriendo besarme cuando deje de ser tu empleada y tu prometida, pídemelo, porque es posible que, para entonces, yo me haya aclarado. Hemos sido estúpidos. Se acabaron los besos. Vete a la cama.

Angus se acostó, pero no se durmió. Al final se levantó y fue a la ventana a mirar el río. Después se sirvió un whisky y se lo tomó.

Oyó unos arañazos en la puerta y la abrió. Scruffy entró, saltó a la cama y lo miró como si esperase que le hiciera confidencias.

Angus cerró la puerta.

—La deseo —dijo sencillamente al animal, que seguía mirándolo como si esperara más—. No voy a presionarla ni a forzarla. No soy como mi padre.

De pronto recordó su octavo cumpleaños. Su abuela le había regalado una hucha con forma de cerdito que gruñía cuando se le depositaba una moneda en la lengua, que procedía a «devorar». A Angus le encantó, al igual que la brillante moneda que su abuela le dio.

«Puedes emplearla en comprarte unos patines», le había dicho su

abuela. Pero él negó con la cabeza e introdujo la moneda en la hucha.

Su madre se había puesto a sollozar.

«Va a ser como su padre. Lo sé», le había dicho a su abuela.

Y cuando decidió estudiar para llegar a ser financiero…

«¿Cómo te puede interesar el dinero? Eres igual que él».

Y por último, cuando se había enamorado de Louise…

«¿Cómo sabes que la quieres? Solo la deseas, ¿verdad?».

Y, por increíble que pareciera, cuando se recuperó de la pena y la humillación, se preguntó si su madre no había tenido razón.

«Va a ser como su padre»… Su madre se había ablandado con los años, pero las antiguas acusaciones seguían atormentándolo.

Angus se dijo que ya era suficiente, que había llegado el momento de olvidar el pasado.

Scruffy lo miraba de reojo, como si hubiera algo que no entendiera, como si le dijera: «La mujer más maravillosa que has conocido está al otro lado de la puerta y tú te dedicas a pensar en el pasado. ¿Estás loco?».

Tal vez estuviera loco; tal vez lo estuvieran los dos. Si conseguían liberarse del pasado, Holly estaría entre sus brazos, apretada contra su cuerpo, con su aliento en sus labios, con sus manos…

—Tengo que darme una ducha fría —le dijo a Scruffy.

Y este volvió a mirarlo como si se hubiera vuelto loco.

Angus se dirigió al cuarto de baño pensando que debiera hacerlo a la puerta que conducía al salón.

—Tiene que prevalecer la sensatez —masculló con furia—. ¿Acaso sé la diferencia entre el deseo y el amor? No la sé, y no voy a aprovecharme de una empleada.

«Pues despídela», se dijo. «Sí, claro. Eso es lo que mi padre hubiera hecho. Será mejor que me dé esa ducha».

Holly había oído que la puerta se abría y había contenido la respiración.

Después oyó que Scruffy entraba y que la puerta volvía a cerrarse.

A continuación oyó a Angus que se dirigía a ducharse.

Se quedó escuchando el sonido del agua y trató con todas sus fuerzas de no imaginar al señor del castillo de Craigie como estaba en ese momento: desnudo bajo el agua, con el cabello chorreando, el agua corriéndole por la cara, los hombros, el pecho…

«Eres un caso», se dijo al tiempo que se tapaba la cabeza para oír lo menos posible y trataba de expulsar las imágenes de su mente sin conseguirlo.

¿Por qué se estaba duchando en aquel momento, una hora después de haberse acostado?

¿Sería una ducha fría?

Ese pensamiento le produjo nuevas imágenes que estuvieron a punto de hacerla gemir.

A ella también le gustaría darse una, o darse un paseo por la nieve a buen paso. Pero, en una ciudad desconocida, una mujer sensata no se aventuraba por las calles de madrugada.

Pero si el anillo no se le hubiera enganchado… Si Angus no hubiera hablado de establecer vínculos, en plan de broma…

El beso había hecho que desapareciera en ella el sentido común. Si Angus hubiera querido poseerla esa noche, ella….

«No vayas por ahí», se dijo. Había prevalecido el sentido común, y bien estaba.

Y seguiría prevaleciendo. Holly sabía que las cosas iban bien encaminadas. Durante tres semanas, sería la chef y la falsa prometida de Angus, y eso era todo. Después tomaría su dinero y saldría corriendo.

Deprisa.

Capítulo 9

A la mañana siguiente había tensión entre ellos. Pero decidieron continuar con aquello porque los chicos los esperaban.

Los muchachos estaban nerviosos, aunque tristes por dejar a su madre. Una limusina esperaba para llevar a Delia y a su madre al hospital en cuanto ellos se fueran. Delia lloraba, pero estaba resuelta a dejarlos marchar.

—No los habría dejado ir si no te hubiera conocido —le dijo a Holly —. Me parece increíble que Angus se vaya a casar con alguien tan encantador —se miró el anillo de Craigenstone—. Le diré a mi madre que se lo ponga mientras estoy en el hospital. Aún me cuesta creer que hayas sido tan generosa.

—Es Angus el que lo ha sido. Si no hubiera estado de acuerdo, yo no podría habértelo regalado.

Delia lo observó mientras cargaba el equipaje en el coche e intentaba hacer entender a Scruffy que no debía tocar al gato.

—¿Lo quieres?

Holly titubeó. Se suponía que era su prometida. Tenía que seguir mintiendo.

—Supongo que debo quererlo —observó a Angus y pensó que tal vez no estaba mintiendo.

—Si no estás segura, ten cuidado —dijo Delia— No me corresponde decirlo, pero los hombres de Craigenstone son encantadores cuando desean algo. Encantadores y despiadados.

Pero de haber sido despiadado, podía haberla poseído la noche anterior, pensó Holly mientras se despedía de Delia y salían hacia el norte. Sin embargo, no la había presionado y había respetado los límites que le había impuesto. Hasta aquel momento no había visto señales de que fuera despiadado.

Pero sí de que era encantador. Y estaba a punto de ver más.

Al entrar en Escocia, Angus se desvió de la autopista.

—Un atajo —les dijo.

Los chicos estaban muy callados en el asiento trasero. Holly supuso que su madre les había dicho que no dieran guerra, ya que aquello no era normal. Habían parado una hora antes a comer y apenas habían hablado. Y tampoco protestaron por el desvío.

¿Les habría dicho Delia que no lo hicieran por nada? ¿Así se había relacionado ella con el viejo conde?

Miró a Angus y trató de imaginarse hasta qué punto podía ser cruel e

implacable. Era rico, desde luego. Y uno no se hacía rico siendo un felpudo.

¿Pero implacable? No dejaba de dar vueltas a la pregunta.

¿Por qué? Angus no iba a acercársele durante tres semanas y, después, volvería a Estado Unidos y ella lo haría a Australia. No hacía falta hacerse preguntas.

Él la miró y sonrió y ella se derritió por dentro, como le sucedía siempre.

—Vamos a hacer una visita a McAllister, el antiguo guardabosques de mi padre. Maggie ha averiguado dónde está, en una residencia no lejos de aquí. Creo que le gustará ver a Scruffy.

Y ella volvió a derretirse. ¿Cruel? ¡Ja, ja!

Se miró el anillo y pensó que, si este hubiera sido un poco más fino, podría haberse pasado las tres semanas siguientes fingiendo de verdad ser su prometida.

¿Y adónde la hubiera conducido eso? ¿Se le desgarraría el corazón por Angus como se le había desgarrado por Geoff?

Aunque, en realidad, Geoff no le había partido el corazón. La había humillado, pero ¿había sentido por él lo que sentía por Angus?

No, porque no sentía nada por este salvo deseo puro y duro. Tenía que ser eso. Angus irradiaba más testosterona que ningún otro, lo cual la revolvía por dentro.

—¿Tienes un peine? —preguntó él.

—¿Para qué?

—Scruffy va a ver a su dueño, así que debe tener buen aspecto.

Si Holly se había emocionado antes, lo que pasó después casi la hizo llorar.

Los chicos se quedaron fuera. Conocían a McAllister, pero al llegar al vestíbulo y percibir el olor semejante al de un hospital, retrocedieron como potros asustados.

—¿No te cae bien McAllister? —le preguntó Angus a Ben.

—Era estupendo, pero ahora ya no será el mismo, ¿verdad?

—¿Así que nos mandáis en una expedición de reconocimiento? —preguntó Angus sonriendo.

—A mí no querrá verme —apuntó Holly—. No formo parte de esto. Eres tú el conde.

—Sí, pero eres mi prometida, por lo que tienes que apoyarme.

—Angus…

—¿Sí, querida?

—Muy bien —se puso bajo el brazo a Scruffy y entró con Angus.

La enfermera de la recepción miró al perro con recelo, pero no tuvo tiempo de poner objeciones.

—Traemos al perro del señor McAllister a hacerle una visita —dijo Angus sonriéndole.

La mujer no fue inmune a su sonrisa. Asintió sonriendo a su vez y los llevó a una sala donde una docena de ancianos veía la televisión con desgana.

Les señaló a uno que estaba en un rincón.

—Eses es. Dougal, tienes visita.

El hombre se hallaba sentado en algo que parecía un cruce entre una silla de ruedas y una cama. No alzó la vista cuando la enfermera le habló ni se movió.

No era de extrañar que no se hubiera llevado con él a Scruffy, o Mac, pensó Holly. Le pareció que aquel hombre siempre había sido viejo. ¿Merecería la pena tratar de comunicarse con él?

Apretó a Scruffy contra sí como si quisiera protegerlo de ver a su amo en ese estado, pero Angus lo agarró y se agachó junto a la silla de ruedas.

—Dougal —dijo con voz firme.

El hombre alzó levemente la cabeza y Angus le puso a Scruffy en el regazo. Después le levantó una mano y se la colocó sobre el animal.

—Esta es tu visita —dijo en voz muy alta para que pudiera oírle por encima del sonido de la televisión—. Lo hemos traído del castillo de Craigie para que te vea, así que salúdalo. Los chicos dicen que se llama Mac. ¿Es así?

Tanto el anciano como el perro permanecieron inmóviles durante unos segundos. El resto de ancianos había dejado de prestar atención al televisor y uno de ellos le quitó el sonido.

Scruffy miró al hombre, y Holly percibió el instante en que se dio cuenta de que era McAllister y explotó de alegría.

Pero fue como si percibiera que su amo era frágil. Se volvió loco de alegría, pero de forma controlada. Se retorció, con el cuerpo temblándole de sorpresa y emoción, apretándose contra el hombre mientras le lamía la barbilla, pero sin arañarlo ni hacerle daño.

Y el anciano también lo había reconocido. Lo agarró y lo abrazó en la medida en que el incesante movimiento del animal se lo permitió, y las lágrimas comenzaron a rodarle por las mejillas.

—Mac —dijo con voz ronca y entrecortada—. Mac, me has encontrado.

Toda la sala los contemplaba entre sollozos.

—Son las primeras palabras que dice en seis meses —dijo la enfermera a Holly. Esta le dio un pañuelo de papel de un paquete que había sacado del bolso porque ella también lo necesitaba.

—¿Cuánto tiempo lleva aquí el señor McAllister? —preguntó Angus a la enfermera.

—Un año y medio. Yo acababa de empezar a trabajar aquí cuando

llegó. Había tenido un infarto cerebral mientras trabajaba. Estuvo en el hospital varias semanas. Llegó en ambulancia. Nadie lo había venido a ver hasta ahora, pero, una semana después de su llegada, un hombre, que dijo ser el encargado del lugar en que trabajaba, vino a traer sus cosas.

—¿Se llamaba Stanley?

—Tendría que comprobarlo.

—¿Nadie ha venido a verlo?

—No.

—¿Se puede quedar con el perro?

—No. Lo siento, pero no es posible. El dueño no permite que haya animales, ni siquiera de visita. Me he saltado las normas al dejarlos entrar. Pero me las seguiré saltando durante un rato. Hay cosas por las que merece la pena hacerlo.

—¿Podemos sacarlo al jardín? —preguntó Angus.

Dos minutos después estaban fuera, donde los esperaban los chicos. Miraron a Dougal horrorizados. Las secuelas del infarto eran evidentes. Aquel anciano era muy distinto del que recordaban. Ben fue el primero en atreverse a hablar.

—¿Te acuerdas de nosotros, Dougal? Soy Ben.

—Desde luego —susurró el anciano—. Ben, chico ¿dónde has estado?

—En Londres —respondió el muchacho. Y fue como quitarle el corcho a una botella. Los tres chicos comenzaron a hablar a la vez mientras Angus y Holly los observaban.

—No podemos quedarnos mucho tiempo —le susurró Holly, con los pañuelos aún en la mano—. Tenemos que estar en el castillo antes de la cena, pero…

—¿Sabes algo de enfermería?

Ella lo miró como si hubiera perdido el juicio.

—¿Qué?

—Si no tú, ¿Maggie?

Holly entendió lo que quería decirle.

—No puedo, Angus. Me encantaría, pero soy tu chef y tu prometida. No puedo ser nada más.

—Si todos ayudamos…

—Está muy frágil.

—Pero si pudiera pasar con nosotros la Navidad… Yo tampoco sé nada de enfermería, Holly, pero…

—¿A cuánta gente más piensas invitar?

—Es un castillo muy grande y he contratado a alguien que tiene fama de ser una excelente chef.

—Le prepararé la comida, pero eso es todo lo que puedo hacer. ¿Y no sería una crueldad llevarlo allí y traerlo de nuevo aquí?

—No va a volver aquí. Voy a buscarle un sitio mejor donde pueda

quedarse con Mac.

—¡Oh, Angus!

—Pero, primero, centrémonos en las navidades.

Ambos se dirigieron a la entrada del edificio, donde se hallaba la enfermera que los había atendido.

—Queremos llevarnos a Dougal a casa por Navidad, pero necesitamos a una enfermera.

—Una enfermera privada —dijo ella con recelo—. No sé si…

—Le pagaré el doble de la tarifa habitual, además de darle alojamiento en el castillo de Craigie.

—¿En serio?

—Totalmente.

—Sería fantástico. Y Dougal es un encanto.

Guardó silencio durante unos segundos mientras hacía cálculos.

—Yo tomo ahora mis vacaciones, pero mi madre vive sola y vamos a pasar la Navidad juntas. Mi padre murió el año pasado. Serán unas navidades tristes. Pero mi madre era enfermera. Douglas está muy débil. Le vendrían bien dos enfermeras.

—¿Cómo no lo he visto venir? —se preguntó Angus.

—¿Perdón?

—No, nada. Cuantos más, mejor —dijo sonriendo.

Holly lo miró asombrada ante su actitud, la de un hombre dispuesto a arrojar billetes a las masas.

—¿Cuándo comienzan sus vacaciones?

—El viernes que viene.

—Entonces, le mandaré un coche. ¿O se necesita una ambulancia? Organícelo usted. Y, por supuesto, también pagaré a su madre. Ahora vamos a preguntar a Dougal si quiere venir.

Era un hombre muy agradable.

Era su jefe.

Y era guapísimo.

Sentada de nuevo en el coche, abrazando a Scruffy, Holly estaba al borde del llanto.

Dougal había llorado cuando Angus le explicó sus planes, y Holly se llevó a este de allí antes de que otro anciano solitario se cruzara en su camino.

—El castillo se está llenando —observó ella.

—Me pondré la falda —afirmó él, muy satisfecho.

Ella lo miró sorprendida.

—En cuanto vi el armario lleno de faldas, supe que quería pasara las navidades como lord Liege.

—¿Qué es eso?

—No lo sé, pero parece importante. Seguro que hay que presidir la gran mesa del comedor y partir el pavo con una espada ceremonial.

—Probablemente dos pavos.

—Podemos permitírnoslo.

—¿Por qué no quieres ser señor del castillo a tiempo completo? ¿Por qué tienes tanta prisa en venderlo?

—Mi vida está en Estados Unidos. Además, mi madre odia el castillo. Está horrorizada de que haya venido.

—¿Por qué no la invitas también?

—¿A mi madre?

—Va a venir todo el mundo.

Holly se sentía… ¿Cómo describirlo? Volvía al castillo con su jefe, en un coche cargado de chicos y con un perro; y después irían la madre y la abuela de los muchachos, el anciano guardabosques, su enfermera y la madre de la enfermera. Se sentía como si estuviera borracha.

—Con tal de que sepa que nuestro compromiso es fingido —añadió.

Por alguna razón, lo sucedido con Delia y Dougal la había hecho cambiar de punto de vista. Había pensado que Maggie y ella pasarían unas navidades tristes y solitarias, pero serían todo menos solitarias. Y la madre de Angus vivía lejos, sola y rodeada de fantasmas.

Su relación con Angus le causaba tensión, pero, con suerte, podría superarlo. Y cuanta más gente hubiera, más tendría que hacer, lo que la ayudaría.

—En cuanto viera ese anillo se haría una idea —apuntó Angus en tono práctico—. Tendré que hacer algo al respecto.

—Di a todos que estás esperando a que lleguen las rebajas de enero para comprarme otro. Siendo como eres conde de Craigenstone, se lo creerán.

—Sí, ¿verdad? —dijo él en tono de enfado.

La tensión se había vuelto a instalar entre ambos.

—Holly —añadió él— no creo que quieras que mi madre venga y, además, ya me ha dicho que no lo hará. Odiaba el castillo.

—¿Odiaba el castillo o a tu padre?

—Es lo mismo.

—No lo es —dijo ella con obstinación—. Mi abuela y yo haremos que estas navidades sean formidables.

—¿Por qué no celebramos el Hogmanay? —la voz soñolienta de Ben les llegó desde el asiento trasero—. Podemos celebrar la Navidad y, en Año Nuevo, celebrar una fiesta para despedirnos del castillo y de todo el pueblo.

—¿Qué es el Hogmanay? —preguntaron Angus y Holly a la vez.

—¡Año Nuevo! —exclamó Ben con incredulidad—. ¿No lo sabéis? En Escocia, el Hogmanay es una fiesta más importante que la Navidad. Se despide el año que ha acabado y se da la bienvenida al que empieza. Los

terratenientes suelen celebrarlo invitando a todos los que trabajan en sus propiedades. Una vez se lo propuse a mi padre, pero me miró con desdén. Sería estupendo hacerlo, con hoguera y todo.

—¿Así que quieres que todos los que no celebren la Navidad con nosotros celebren el Hogmanay?

—Sí —dijeron Ben y Holly a la vez.

Angus la miró y vio que sonreía y que hacía un guiño a Ben. Y observó el brillo excitado de sus ojos ante el reto que se les presentaba.

Pero no volvería a pedir a su madre que viniera. Pensar en ella, con su dolor y sus acusaciones… No. Aquello era el mundo real. Y ellos celebrarían unas navidades fingidas que nada tenían que ver con la realidad.

Maggie había tenido dos días y dos chicas del pueblo para ayudarla, además del electricista y el fontanero.

Cuando el castillo apareció ante sus ojos estaba cubierto de bombillas de colores. Comenzaba a anochecer. Todos contuvieron la respiración. Angus incluso detuvo el coche.

—¿Qué…?

—Dijiste que hiciéramos lo que fuera para dar la bienvenida a los chicos —le explicó Holly mientras miraba el castillo y pensaba lo que le había costado colgar bombillas de colores en la entrada de su piso el año anterior.

—¡Vaya! —susurró Mary—. Es un castillo de cuento de hadas.

—Es vuestra casa durante las navidades —afirmó Angus, que comenzaba a recuperarse de la sorpresa—. Bienvenidos al castillo.

Las sorpresas no acabaron ahí. Al entrar en el edificio, había buena temperatura y ambiente navideño.

Un árbol de Navidad presidía el vestíbulo, un pino enorme, adornado con todo lo que Maggie había conseguido.

Todos lo miraron asombrados, excepto Scruffy que, cuando Holly lo dejó en el suelo, se dirigió hacia él, y esta tuvo que correr para evitar que levantara la pata.

—Bienvenido a casa, milord —Maggie estaba al principio de las escaleras, vestida de negro. Holly reprimió una risita. Su abuela estaba desempeñando su papel a la perfección—. Estos deben ser los chicos del castillo. Bienvenidas señoritas, bienvenido señor. Voy a enseñarles sus habitaciones.

Maggie comenzó a subir las escaleras. Los chicos la siguieron, algo asustados. Desde donde estaban, Angus y Holly oyeron gritos y exclamaciones de asombro e incredulidad. Maggie había decorado un dormitorio para cada uno en la parte central del castillo.

—El mío tiene dos armaduras —gritó Ben a sus hermanas—. Veréis

cuando se lo cuente a mis amigos de Facebook.

Holly sonrió y miró a Angus. La sonrisa se borró de sus labios.

Él tenía una expresión adusta.

¿Por qué?

—¿Por qué tienes esa cara? —le preguntó.

Él se esforzó en sonreír.

—¿No compartes su alegría? —insistió ella.

—La comparto.

—¿Compartes algo normalmente?

—No me hace falta.

—¿No te hace falta o no quieres?

—No hace falta que me hagas preguntas de tipo personal.

—Pero quiero hacértelas. Como prometida tuya, quiero entender a mi verdadero amor.

—Tu fingido verdadero amor.

—Muy bien —dijo ella—. ¿Quieres que me ponga a gritar que el compromiso es falso? Los chicos volverán a casa y Maggie y yo nos marcharemos inmediatamente. Te quedarás con McAllister y Stanley. Si estamos prometidos, tengo que ser un poco curiosa. ¿Por qué ver un árbol de Navidad y a unos niños contentos te pone esa expresión tan agria?

—¿Agria?

—Agria.

¿Qué le pasaba a aquella mujer?, pensó Angus. Nadie de su círculo de amigos y conocidos se atrevería a hacerle preguntas tan personales.

—No me gusta la Navidad y no la celebro.

Ella lo miró como si hubiera perdido el juicio.

—Es un poco tarde para decírnoslo. Has abierto el castillo, has invitado a un montón de gente y tengo dos pavos y los ingredientes para todos los platos navideños que te puedas imaginar en la despensa. Y lo chicos planean celebrar el Hogmanay.

—Lo sé.

—Entonces, ¿por qué?

—Mi prometida murió en Nochebuena.

—De acuerdo. Supongo que te quedarías destrozado. Pero, ¿no fue hace mucho tiempo?

—Sí —reconoció él—. Pero tampoco celebrábamos la Navidad cuando era un niño. Mi abuelo murió el día de Navidad.

—¿Era muy mayor?

—Tenía setenta y dos años.

—Lo entiendo.

—No, no lo entiendes.

—Muy bien, no lo entiendo. Explícamelo.

¿Qué le iba a explicar? Era absurdo que esa antigua tragedia siguiera

afectándole. Nunca había hablado de ello con nadie, pero cada Navidad volvía a suceder: su madre apesadumbrada y el resto del mundo estallando en luces y colores.

Su madre se seguía vistiendo de negro el día de Navidad. De hecho, se vestía así todos los días.

—No puedes hacer que la pena desaparezca —dijo, pero incluso a él le pareció una explicación poco convincente.

—No, pero puedes guardártela para ti y no demostrarla. Tu madre…

—Lo ha superado, Holly. Y yo también. Solo es un recuerdo.

—Que te hace fruncir la boca cuando ves un adorno navideño.

—No es verdad.

—Claro que sí —Holly suspiró y puso los brazos en jarras—. Muy bien. Lo has superado. Demuéstramelo. Como anfitrión, es tu deber disfrutar de la Navidad desde ahora mismo. Acompáñame a la cocina y ayúdame a hacer panecillos de frutos secos.

—No sé cocinar.

—Por supuesto que sabes. Si te sabes desenvolver en la Bolsa, lo sabrás hacer en la cocina. ¿Qué otra cosa tienes que hacer? Los chicos estarán explorando el castillo, y con toda la gente a la que has invitado me vendrá bien un ayudante de cocina.

—No soy un ayudante de cocina.

—No, eres mi prometido y tienes un enorme vacío donde debiera estar la Navidad. Mi intención es llenarlo —afirmó ella alegremente—. Tengo grabados villancicos en el teléfono, así que los oiremos en la cocina. Pienso cantarlos. ¿Lo soportarás?

A Holly le encantaban los héroes de cualquier clase. En las películas románticas se enamoraba del protagonista y lo llevaba en su corazón durante meses, si la película era buena.

El señor del castillo de Craigie era un héroe. Sus ojos oscuros, su rostro esculpido, el que llevara falda cuando lo conoció, su desgraciado pasado… A todo lo cual se añadía el beso que se habían dado.

Si el anillo no se le hubiera enganchado en el momento más inoportuno se habría acostado con él. Habría hecho el amor con su héroe romántico.

Sin embargo…

Esa noche, de repente, la imagen del héroe se había empañado levemente porque Holly había percibido el aspecto humano que ocultaba. El señor del castillo había sido un niño solitario que pasaba la Navidad con una madre apesadumbrada que no consentía que su hijo escapara a un pasado que, en realidad, nada tenía que ver con él. Después, su prometida había muerto en Nochebuena. A pesar de que ella no sabía nada de Louise, le había asignado la misma categoría que a

Geoff: la de las malas personas.

Pensaba todo eso mientras amasaba la masa de un panecillo en tanto que Angus, bajo su supervisión, mezclaba mantequilla con harina para el siguiente.

No era forma de tratar a un niño, reflexionó ella mientras observaba su rostro serio. Pero tampoco era manera de tratar a una esposa como la había tratado el duque.

—Angus, ¿por qué no vuelves a pedir a tu madre que venga? —no era asunto suyo. No tenía derecho a inmiscuirse, pero que los fantasmas siguieran allí, acechando…—. ¿Cómo consiente que los fantasmas le sigan arruinando la Navidad? Si ella se siente desgraciada, sé que tú no puedes disfrutar. Sus fantasmas se convierten en los tuyos. Tráetela y le demostraremos que la vida sigue.

—Va de luto —dijo él sin venir a cuento.

—El negro es elegante. Además, hará juego con Maggie. Sinceramente, como no la invites te arrepentirás. Sé que estarás pensando en ella todos los días.

—¿Qué voy a decirle para que venga?

—Que estamos prometidos, que me has regalado el anillo, pero que lo he perdido. Dile que soy guapa, adorable y tonta, que te has enamorado de mí hasta tal punto que pensamos casarnos en Año Nuevo y que vendrá todo el pueblo. Hazle creer que soy una cazafortunas. Me parece que no habrá una sola madre en el mundo que no se suba a un avión al saberlo.

—¿Estás de broma?

—¿No crees que puedas conseguirlo?

Angus pensó en la reacción de su madre si le decía todo aquello. Y después pensó en las navidades que pasaría.

Su madre no lo hacía adrede, sino que se había subido a una montaña rusa que, cada año, en la Navidad, alcanzaba su punto más bajo.

Aunque tampoco el punto más alto lo era tanto. Miró a Holly con su delantal y sus botas azules y pensó que sería capaz de alegrarle la Navidad a cualquiera.

Si pusiera convencer a su madre… Tal vez, bajo su capa de tristeza, hubiera una abuela.

Pensó que iba demasiado deprisa. Una abuela significaba nietos. Hijos.

Nunca había pensado en la posibilidad de tener hijos, salvo como una idea vaga que podría o no hacerse realidad en el futuro. Pero su futuro había llegado; se hallaba frente a él, con los codos metidos en la masa, y lo miraba desafiante.

—La Navidad es una fiesta familiar. Yo estaba desesperada y, por eso, me vine con mi abuela. Parece que tu madre y tú estáis

desesperados todos los años. Entonces, ¿por qué no viene ella aquí? Nos divertiremos.

Divertirse en Navidad. La idea le resultaba contradictoria.

—No hace falta que mezcles más mantequilla y harina. Dame la mezcla y comienza de nuevo.

—¿Cuántos panecillos vas a hacer?

Ella sonrió.

—¿Cuántos se come tu madre? He añadido algunos más a la lista. Piénsalo, Angus: la Navidad, las vacaciones, Hogmanay, la familia… Hay que celebrarlo.

—¿No acabas de perder a tu prometido, el de verdad, y todo tu dinero?

—Así es. En el fondo, me siento muy desgraciada. Pero nada mejor que estos panecillos contra la desgracia.

Holly se había ido olvidando de su desgracia. De vez en cuando recordaba su bonito piso de Sídney, que le habían embargado; el personal del restaurante al que había tenido que despedir; su humillación a manos de un hombre al que había confiado su vida. Pero estaba demasiado ocupada para darle importancia.

—Hogmanay es una celebración importante en la mayor parte de las propiedades escocesas —le explicó Maggie Siempre causaba mucha tristeza que el antiguo duque no lo celebrara. Ahora que tienes al nuevo comiendo de la palma de tu mano…

—¡No es verdad!

—Claro que lo es. Y este año supone el fin del castillo y de la propiedad tal como los conocemos. Será una gran fiesta, así que debemos organizarla bien.

Y cuando Holly tenía un rato libre y se tumbaba en la cama mirando el techo y pensando en Geoff y en cómo la había traicionado, otro rostro aparecía en sus pensamientos: el de Angus, que estaba tirando la casa por la ventana para que los chicos lo pasaran bien.

Esa tarde, Angus y ellos decidieron ir en el tractor de la propiedad a buscar troncos para la chimenea.

—Ven con nosotros —le rogaron los chicos a Holly—. ¿No quieres que venga, Angus? No puede pasarse todo el día en la cocina.

Él la había mirado sonriendo y ella había estado a punto de acceder, pero prevaleció el buen juicio que le indicaba que primero debía conocerlo mejor.

Y trajeron unos troncos enormes. Maggie dijo que necesitarían más, por lo que fueron por ellos. Holly tampoco los acompañó, con gran dolor de su corazón.

Angus se preguntó por qué había contratado a Holly para cocinar cuando lo que quería era estar con ella. Los chicos y él habían vuelto a salir a la nieve, en compañía de Maggie, para buscar más troncos. Scruffy-Mac los acompañaba. Solo faltaba ella para que fuera perfecto.

Se había dado cuenta de que habría querido acompañarlos, de que deseaba estar con él.

Mejor dicho, con ellos, lo cual era distinto.

Pero ¿cuánto tardaba un hombre en conocer su corazón?

Nada en absoluto, pensó mientras se alejaban del castillo. Holly volvería a la cocina, ellos regresarían al cabo de una hora y el castillo entero olería a lo que hubiera preparado.

Ella los recibiría con una sonrisa y él pensaría que podría pasarse toda la vida volviendo a su hogar si lo esperaba esa sonrisa.

¿Cómo encajaría Holly en Manhattan?

No tenía padres ni, por lo que sabía, vínculos familiares que la ataran a Australia. Si pedía a Maggie, a la que habían echado de su casa, que se fuera con ellos…

—A la izquierda —Maggie iba detrás de él en el tractor—. Es la tercera vez que te lo digo. Si sigues por ahí, acabaremos en el lago

—Perdona —se disculpó él mientras giraba hacia el bosque—. ¿Conoces Nueva York, Maggie?

—No

—¿Te gustaría ir?

—¿A cuento de qué iba a ir a Nueva York? Nadie entendería mi acento.

—Les encantaría.

—¿Qué me estás proponiendo?

—Nada todavía. Es solo que… si decido declararme…

—Dale tiempo. Todavía tiene la herida en carne viva.

—Lo sé —Angus titubeó—. ¿Cuánto tiempo?

—No lo sé. Mi Rory escribió a su madre el día en que me conoció y le dijo que había encontrado a su futura esposa. Ese mismo día fui con una amiga a mirar vestidos de novia a una de las tiendas más caras de Glasgow. Pero sé que otras personas tardan en decidirse, y me parece que Holly necesita tiempo, no sé cuánto. Y necesita estar segura. Al fin y al cabo, eres el señor del castillo de Craigie, por lo que hay que estar muy segura.

«Mi Rory escribió a su madre el día en que me conoció para decirle que había encontrado a su futura esposa».

Angus siguió pensando en las palabras de Maggie mientras jugaba

con los chicos a lanzarse bolas de nieve. Se estaba convirtiendo casi en un amigo de sus medio hermanos y, para su sorpresa, se estaba divirtiendo mucho. Prácticamente no había tenido ni tenía familia, por lo que la sensación de hacer felices a los chicos era muy agradable.

Las palabras de Maggie se mezclaron con la conversación que había tenido con Holly mientras preparaban los panecillos de frutos secos y con la posterior que había mantenido con su madre por teléfono.

—Creo que debieras venir a pasar la Navidad aquí. Quiero presentarte a alguien.

—¿A quién?

—A una mujer, Holly. Es extraordinaria.

—¡Llevas allí menos de un mes, Angus!

—Y hace menos de una semana que la conozco. El tiempo es lo de menos, mamá. Le he regalado tu anillo.

—¿Que has hecho qué? ¿Te has vuelto loco?

Angus seguía las instrucciones de Holly al pie de la letra, y funcionaba. Percibió el miedo de su madre. Pronto estaría allí para rescatar a su hijo de las garras de aquella arpía. Pero, de pronto, no le pareció buena idea. Holly le había dicho que la hiciera creer que era una cazafortunas y que, si lo hacía, funcionaría. Pero ¿a qué precio?

No quería que su madre pensara eso de su Holly.

¿Su Holly? Mientras miraba por la ventana el paisaje nocturno nevado se dio cuenta de que su mundo había cambiado.

Una familia.

—Y ella, a su vez, lo ha regalado —dijo. Su madre lo escuchaba, incrédula—. Holly es adorable. Le regaló el anillo a Delia porque cree que le corresponde y necesita más. Y tiene razón. No conozco a nadie como ella. Ahora, en broma, lleva la anilla de un bote a modo de anillo, pero por Año Nuevo le regalaré uno como es debido. Sinceramente, no sé si me aceptará, pero cuanto más la conozco, más ganas tengo de que así sea. Me encantaría que la conocieras. Y me encantaría que vinieras al castillo a pasar la Navidad, conocer a Holly y despedirte de este sitio que tan mal te trató, pero que es posible que a mí me haya cambiado la vida para siempre.

—¿De verdad quieres que vaya?

—Sí.

—¿Te has enamorado?

—Creo que sí.

—¿De verdad le ha regalado el anillo a Delia?

—Pensó que le correspondía por derecho.

—Así es. No se me había ocurrido, pero tu padre era un hombre terrible; encantador, pero sin sentimientos.

—Lo sé.

—Y Holly…

—Tiene sentimientos.

—¿Y tú? Muchas veces he pensado que…

—¿Que estoy emocionalmente vacío? —preguntó Angus mientras recordaba las acusaciones que tanto daño le habían hecho. Entonces pensó que tal vez lo hubiera estado, tras años de práctica, cuando se dejaba guiar por la cabeza, no por el corazón.

Pero no era momento de recordar el pasado.

—Cuando Holly está a mi lado, lo único que siento es emoción. Lo del anillo lo hicimos para convencer a Delia de que dejara venir a sus hijos aquí a pasar la Navidad. Ahora, Holly finge ser mi prometida, pero espero… Ya sabes lo que espero. Ven a conocerla y verás por qué.

—Voy para allá —dijo su madre.

Capítulo 10

Holly y su abuela habían organizado una Navidad que todos los presentes recordarían eternamente.

Comenzó al amanecer. La gran campana de la capilla del castillo repicó sobre el valle. La capilla llevaba probablemente siglos sin usarse. Atónito, Angus, se puso una bata y fue hasta allí, donde se encontró a Holly tirando de la cuerda de la campana.

Solo había estado una vez en la capilla, cuando había recorrido la propiedad para inspeccionarla. Las ventanas estaban cerradas con tablas y el lugar estaba lleno de telarañas. Pero alguien había quitado las tablas de las ventanas y limpiado la capilla. Habían barnizado los bancos, fregado las losas y colocado unas ramas en el altar.

—Feliz Navidad —dijo ella jadeando cuando lo vio—. Me ha parecido que esta era la mejor manera de despertarte. El desayuno ya está preparado. A ver si Delia toma algo. Hace ya una semana que salió del hospital y sigue muy débil. Me alegro de que tengamos dos enfermeras.

Volvió a tirar de la cuerda y el peso de la campana casi la despegó del suelo.

Estaba irresistible. A Angus le entraron ganas de tomarla en sus brazos, pero lo que hizo fue agarrar la cuerda y tirar él.

—Vas a despertar a todo el valle —dijo sin dejar de tirar.

—Excelente —afirmó ella al tiempo que se dejaba caer en el banco más cercano—. Los que creen en Papá Noel ya estarán levantados. Si tú no crees en él, deberías.

—¿Por qué habéis limpiado la capilla?

—Queríamos hacerlo. Lo hicimos tu madre y yo ayer, cuando llevaste a los chicos a montar en trineo. Me dijo que venía aquí cuando se sentía muy sola. Trajimos a Delia, muy abrigada, y supervisó el trabajo.

—Delia y mi madre…

—Parece que son muy buenas amigas. A tu madre le ha parecido bien que le regalara el anillo.

Así era. Era asombroso lo que estaba sucediendo.

Helen había llegado dispuesta a horrorizarse, pero nadie podía hacerlo en el castillo navideño de Holly y Maggie. Lo habían transformado por completo.

El castillo estaba casi lleno. Dougal estaba con sus enfermeras, y con Scruffy-Mac permanentemente pegado a sus rodillas. Estaban los niños

con Melly, la gata, que llenaban el castillo de risas y vida.

Cuando Helen llegó al castillo, Holly casi se había abalanzado sobre ella.

—Debes de ser Helen. Estamos muy contentos de que te hayas decidido a venir. Lo primero que debo decirte es que he regalado tu anillo, pero, por favor, no me odies.

Cualquier reserva que Helen hubiera albergado se disipó en aquel momento. Le habían asignado la antigua habitación del conde, pero Holly y Maggie la habían decorado de forma encantadora. Esa noche había bajado a cenar con su habitual vestido negro. Polly y Mary la habían mirado asombradas.

—¿Por qué vas de negro? —le preguntó Polly, que, a sus diez años, no sabía callarse lo que pensaba—. Todos están muy guapos salvo tú. Maggie se viste de negro cuando está trabajando, pero por la noche está guapa.

A Maggie se le atragantó el champán, y todos rieron. Helen también, pero, al día siguiente, pidió a su hijo que la llevara a Edimburgo, donde compró ropa de color, que llevaba seis días poniéndose. No eran prendas de colores tan vivos como las de Holly. Pero Angus, que no recordaba haber visto a su madre vestida de colores, estaba atónito.

Se lo debía a Holly, que hacía milagros.

Siguió tirando de la cuerda de la campana mientras ella recuperaba el aliento.

—No te he comprado un diamante por Navidad —dijo él sin poder contenerse, antes de pensar que no era el momento ni el lugar adecuados para decírselo—. Pero quería hacerlo; sigo queriéndolo. Holly, estoy enterrando recuerdos. Y sea tu jefe o no, no voy a esperar más. En cuanto abran las tiendas después del día de Navidad, ¿puedo llevarte, comprártelo y anunciar nuestro compromiso de manera oficial? Sé que te he contratado para que fueras mi prometida por un tiempo, pero quiero que el puesto sea permanente.

Ella no respondió inmediatamente.

—Eres sorprendente —dijo por fin. Él se detuvo, pero ella negó con la cabeza—. No, sigue tocando. Aún no se han levantado todos.

—Me parece que te acabo de proponer matrimonio. Creo que debo arrodillarme.

—No lo hagas.

—Holly…

—Sé que lo deseas, pero es una tontería. El sentimiento que hay entre nosotros es como un conjuro. Ninguno cree que sea razonable.

—¿Por qué no es razonable?

—En primer lugar, porque tengo el corazón partido —dijo ella elevando el tono para que la oyera—. Me han abandonado prácticamente al pie del altar, me han robado todo lo que tenía, además

del orgullo. Si te dijera que sí, sería por despecho.

—¿En serio?

—Eso creo —respondió ella con precaución.

Él soltó la cuerda y la campana enmudeció lentamente. Se sentó en el banco junto a ella, que giró la cabeza para mirarlo. Parecía desconcertada. ¿Era así, desconcertada, como debía parecer una mujer después de pedirla en matrimonio?

—Tengo miedo —afirmó ella.

—¿Por qué?

—Porque no me fío de mí misma; porque esto parece el cuento de Cenicienta; porque ya cometí un tremendo error, y eso que conocía a Geoff desde años antes de acceder a casarme con él. Así que, ¿cómo voy a enamorarme de ti en dos semanas? Cuando mis padres murieron me sentí vacía, y ese mismo sentimiento lo experimenté cuando Geoff me abandonó. ¿Cómo voy a arriesgarme a volver a sentirlo?

—Yo nunca…

—No sé si me harías daño o no. ¿Qué sé de ti, aparte de que tuviste una novia de la que no quieres hablar, y de que tienes miedo de parecerte a tu padre?

Sus reparos eran razonables. Podía darles respuesta, excepto al último.

El último, el temor a ser como su padre, lo ponía enfermo.

—Louise y yo nos prometimos cuando cumplí veintiún años. Ella quería cazar a un marido rico y yo era joven y estúpido. Me humilló hasta el fondo del alma; por eso no hablo de ello. Una relación amorosa a los veintiún años ahora se consideraría irrelevante. Con respecto a lo otro… Si crees que podría, aunque fuera remotamente, parecerme a mi padre, sal corriendo. Pero también es irrelevante. No soy el señor de este castillo. Voy a venderlo y a marcharme.

—No se trata solo de que seas o no el señor del castillo.

—Creo que sí se trata de eso —afirmó él con brusquedad—. Todos mis antepasados vivieron aquí y fueron dueños y señores de sus subalternos. Yo me vuelvo a Nueva York, Holly. Renuncio al título y a lo que supone. Vuelvo para ser quien era antes de que mi padre muriese, y deseo con todo mi corazón que vengas conmigo.

—No puedes volver a ser lo que eras antes de que tu padre muriese —observó ella, aún con aspecto de seguir confusa—. Has cambiado, igual que yo. Soy muy distinta de la mujer a la que Geoff plantó. Ahora dudo de mí misma.

—Pero no dudes de mí —le rogó él mientras la agarraba de las manos—. Yo no tengo dudas, Holly. Sé que es todo muy precipitado, pero eres maravillosa. Más que eso. Cásate conmigo y vente a vivir a Manhattan. Llévate a Maggie, si quieres. Te pondré un restaurante y cocinarás de maravilla. Manhattan te adorará.

—Eso es una locura, Angus.

—No, es verdad.

—No, estás loco. Y tengo frío —afirmó ella sin venir a cuento. Y se puso a tiritar para demostrarlo.

Él hizo intención de quitarse la bata, pero ella se levantó y se apartó de él.

—Entonces, ¿me rechazas?

—Aún no. Hoy no —la expresión de confusión no había desaparecido de su rostro—. Pero tampoco voy a decirte que sí.

—Holly, no soy como mi padre, te lo juro. Dejaremos atrás el castillo.

—Lo que era tu padre no tenía que ver con el castillo.

—Creo que sí. Mi madre finge para que esté contento, pero la he visto mirar las paredes y estremecerse. Los fantasmas que hay aquí no nos permitirían ser felices. Además —añadió sonriendo— en Manhattan hace más calor. En cualquier sitio hace más calor que en Escocia en invierno.

—Desde luego, pero estamos en Escocia en invierno, y es aquí donde me has propuesto matrimonio y donde debo tomar una decisión. Pero si no quiero servir el desayuno como estoy, en pijama, tendré que darme prisa. Me has contratado como prometida y como chef, así que debo ponerme el uniforme de tal y dejar que la Navidad siga su curso.

Angus nunca había pasado unas navidades iguales. Incluso Stanley sonreía.

Holly y Maggie habían hecho magia. Y si el nuevo dueño del castillo lo derribaba para hacer un campo de golf, que así fuera: el castillo se iba a despedir con clase.

Hubo mucha comida, toda magnífica. Todos se quejaron después de la comida de Navidad, pero todos se presentaron a la mesa para la cena.

Angus se sentía raro, pero muy bien, como el cabeza de una especie de familia que no sabía que pudiera existir. Ante la insistencia de Holly, presidió la mesa y trinchó un pavo enorme, que no sabía dónde había conseguido Holly, ya que, a preguntas de Mary, esta había insistido en que era de granja.

Angus miró aquella extraña mezcla de invitados y trató de descubrir cómo había conseguido Holly que todos se relacionaran entre sí, rieran y parecieran felices.

Porque eso era lo que parecían, incluso Scruffy-Mac y Melly, la gata.

Sonaron villancicos y hubo juegos dentro y fuera del castillo, y regalos para todos.

Angus no había pensado en los regalos; mejor dicho, lo había hecho, pero demasiado tarde, en Nochebuena. Holly se había reído. «Menos mal

que el mundo no funciona gracias a los hombres», había sido su comentario.

Los regalos fueron pequeños pero estupendos. Todo gracias a Holly.

Holly…

¿Cuándo se había enamorado de ella?, se preguntó a medida que avanzaba el día. ¿Cuándo lo había embrujado? Porque eso era lo que estaba: embrujado. Aunque ella tuviera reservas, él no tenía ninguna. Si Holly aceptaba que se casaran, estaría con ella toda la vida.

Pensó en su vida en Manhattan, en cómo era y en cómo sería, llena de risas y alegría.

Tal vez no se hubiera debido precipitar a pedírselo aquella mañana. Daba igual; seguiría pidiéndoselo. Ella se olvidaría de sus reparos en cuanto salieran del castillo. Aquel lugar no tenía nada que ver con él. Lejos del castillo, ella podría enamorarse.

Necesitaba tiempo y paciencia.

—Vamos fuera a hacer ángeles de nieve y, después, a tirarnos cuesta abajo desde la colina sobre bolsas de plástico. ¿Quieres venir o prefieres seguir soñando despierto frente a la chimenea todo el día? —le preguntó Holly.

«Feliz Navidad, Holly», se dijo mientras agarraba el abrigo y se disponía a seguir a esta y a los chicos. «Todas las navidades serán felices, ahora que te he encontrado».

«No te precipites», pensó Holly. «No te convenzas de que te has enamorado. Te está presionando. Quiere casarse contigo sin conocerte».

«Pero»… Holly mantenía consigo misma una conversación a dos voces.

«Pero, es guapísimo, amable, educado, rico…».

«¿Desde cuándo me importa el dinero?».

«Ser rico es muy conveniente. Sería estupendo poder pagar todas mis deudas».

«¿Dejarías que te pagara las deudas?».

«Tal vez».

«Es inmoral».

«Pues habrá algo inmoral en mí».

La conversación interior la estaba distrayendo. Debiera concentrarse en dirigir la bolsa de plástico adonde deseaba, pero la bolsa iba donde quería.

«Te has enamorado, y lo sabes».

«Por eso es tan importante que tengas las ideas claras. Si no, acabarás siendo una mantenida en un piso de Manhattan».

«Dice que también quiere que venga Maggie, lo cual indica que no tratará de aislarme».

«Sí, pero ¿va a irse Maggie de su amada Escocia? Angus sabe que no se marchará».

¿Qué iba a hacer?

Al final de la cuesta chocó de cabeza contra el banco de nieve que se había formado. Los chicos se partieron de risa. Angus le tendió las manos y la sacó de allí.

—Es usted una pésima conductora, señorita McIntosh —le dijo esbozando una de esas sonrisas que la dejaban extasiada.

—Se me dan muy mal muchas cosas —respondió ella sin aliento.

—Encajarás muy bien en Manhattan. Espera y verás.

—No, eres tú quien debe esperar y ver. Angus…

—¿Sí?

—Espera, por favor.

Holly no podía dormir. Había sido el mejor día de Navidad de su vida. Había trabajado como nunca, jugado como nunca. Había pensado en los regalos, se había preocupado de que todos se divirtieran… Y creía que lo había conseguido. El anciano Dougal la había tomado de las manos antes de irse a la cama y le había dicho que no le importaba volver a la residencia porque siempre recordaría ese día.

Y se había acostado contento, probablemente ya estaría dormido, que era como debiera estar ella. Estaba contenta, pero agotada. Pero…

¿Pero qué?

Pero nada. Se levantó y se acercó a la ventana. La luna jugaba en la nieve. A lo lejos divisó las luces del pueblo.

La conducta de Angus de ese día la había dejado encantada. Había jugado con los chicos, había tratado que todos estuvieran contentos y se había comportado como un amable anfitrión con todo el mundo.

La Navidad había sido maravillosa gracias a él.

Angus…

Se dijo que iría a echar una ojeada a los hornos. Estaba desesperada por no poder conciliar el sueño y porque sus pensamientos los ocupara únicamente el seño del castillo.

Se puso unas botas y bajó las escaleras, contenta de tener algo que hacer para combatir el insomnio.

Pero Angus estaba en el vestíbulo, de espaldas a la chimenea. Alzó la vista cuando ella bajaba, pero no sonrió. Era como si la hubiera estado esperando.

—Voy a echar un vistazo a los hornos.

—Ya lo hemos hecho Maggie y yo. Maggie dice que estarán perfectos para que mañana hagas pan.

—Gracias. Entonces, me vuelvo a la cama.

—Holly… —dijo él avanzando hacia el pie de la escalera.

Ella hubiera tenido que darse la vuelta y echar a correr, pero no lo hizo en aquella noche mágica, cuando Angus estaba frente a ella y la miraba como…

¿Cómo si la amara?

La cabeza le decía que fuera razonable, pero había algo tan profundo y primitivo en su interior que la razón no tenía posibilidad alguna de ser escuchada.

—Angus —dijo ella.

Él sonrió, la tomó de las manos y la atrajo hacia sí.

—Holly —repitió él, y fue como si esa palabra contuviera todos los votos matrimoniales: amor, honor, compromiso… Ella los oyó todos.

Aquel era su hombre y la abrazaba y la deseaba; y ella lo deseaba como no había deseado nada en su vida.

—Vente a mi cama —dijo él. Le besó el cabello y la atrajo más hacia sí.

Ella se había quedado sin armas para luchar; además, no quería hacerlo. Angus era su señor, su amor, que la deseaba tanto como ella a él. Y lo demás no importaba.

—Ya llevas mi anillo —observó él—. Y me encanta. Pero implica una promesa. Ya no eres mi falsa prometida, sino la mujer a la que deseo más que nada en el mundo. Te daría mi castillo, mi reino, mi corazón. Te quiero, Holly, y te quiero en mi cama para el resto de mi vida. Aceptaré que me rechaces, pero si pudieras imaginarte el oro que debiera haber donde llevas esa anilla…

—Creo que puedo hacerlo —consiguió articular ella—. Estoy segura de que puedo.

Lo abrazó y echó la cabeza hacia atrás para que sus bocas se unieran mientras él la abrazaba, la levantaba y subía con ella en brazos las escaleras hacia su dormitorio.

Capítulo 11

El tiempo que transcurrió entre el día de Navidad y el Hogmanay fue mágico, como el de un cuento de hadas. Para los que se hallaban entre los muros del palacio fue como si el resto del mundo hubiera dejado de existir.

Y la forma en que Holly miraba a Angus, y este la miraba a ella, era maravillosa.

—Hacen una pareja estupenda —no dejaba de asegurar Delia a quien quisiera escucharla—. Nunca pensé que el señor de este castillo pudiera saber lo que es el amor.

—Es mi hijo —afirmó Helen con cariño—. No se parece en absoluto a su padre.

Maggie no estaba tan segura. Miraba a su nieta con recelo. Pero, al final de la semana, ya se había creído el cuento de hadas del que Angus y Holly trataban de convencerla.

—Vendrás a Manhattan con nosotros —dijo Holly.

Maggie se echó a reír.

—No iré, pero ya hablaremos de eso en Año Nuevo. Esto es como el cuento de Cenicienta, solo que, en este caso, la medianoche será el día siguiente a Hogmanay. De momento, sigamos bailando.

—No va a acabarse, abuela. Angus es maravilloso. No se parece a su padre. ¿Es que no te das cuenta?

«Sí, es generoso», pensó Maggie, «pero Helen afirma que se lo puede permitir. En resumidas cuentas, lo que pretende es llevarse a mi nieta a Manhattan».

No expresó sus pensamientos en voz alta. Holly se hallaba dentro de una burbuja de amor, y no estaba dispuesta a hacerla estallar. Lo único que cabía esperar era que se transformara en un hecho amoroso sólido y duradero.

—Angus es muy divertido —dijo Polly mientras agarraba a toda prisa un magdalena para seguir jugando.

Iban a patinar con él en el estanque helado que había al lado de la capilla.

—Pero Holly también es estupenda. Angus ha abrigado a mi madre con mantas. Está allí esperando verme patinar. Este sitio es mágico. Incluso mi madre lo dice.

Polly se fue corriendo y dejó a Maggie con sus dudas y con la esperanza de estar equivocada.

—Supongo que me estoy volviendo paranoica —mascculló. Pero sabía

algo que su nieta no sabía. No se lo había dicho antes de que Angus les ofreciera el empleo, y después… ¿Hubiera aceptado Holly el trabajo de haberlo sabido? Probablemente no.

«Pero debiera dar igual», se dijo. «Él tiene derecho a hacer lo que hace».

Pero tal vez no diera igual. Cuanto más se daba cuenta de la fortuna que poseía Angus, más pensaba en ello.

Cuando había presionado a Holly para que fuera a Londres con él no había pensado en las consecuencias.

¿Qué hacía? ¿Se lo contaba a Holly?

Con el tiempo lo averiguaría.

¿Le importaría?

«Se lo diré después de Hogmanay. Después de que llegue la medianoche para Cenicienta».

Y llegó Hogmanay. Holly y Maggie se esforzaron aún más que el día de Navidad. Hasta los chicos habían trabajado. Iba a ser la madre de todas las fiestas, la forma en que el castillo se despediría del pueblo. Todos se daban cuenta de que sería un hito.

—Es el final de una saga de terratenientes terribles —afirmó Angus —. He recibido una oferta de un magnate del petróleo árabe. Voy a Glasgow el viernes a firmar el contrato. Va a convertir la propiedad en un lugar de vacaciones para cazar y jugar al gol. Y los señores del castillo de Craigie se convertirán en un vago recuerdo.

Parecía perfecto.

Pero…

Maggie sabía que no era la única que estaba desolada, peo no iba a compadecerse de sí misma. Ese día no.

El lugar entero resplandecía. Llevaban varios días cocinando. Los chicos habían hecho una gran hoguera. Se habían organizado juegos para todas las edades.

Maggie observó a los habitantes del pueblo que iban llegando, cómo se quedaban atónitos ante la transformación y pensó: «¿Y si…?».

Y si nada. Angus iba a vender el castillo y estaba en su derecho. Y se llevaría a Holly con él, como deseaba.

El señor del castillo tenía la última palabra.

Hasta que no se encendió la hoguera, Holly, rodeada de un grupo de habitantes del pueblo, hartos de comida y diversión, no se dio cuente de la tristeza que había en el ambiente.

Mientras observaba las llamas se volvió y vio que las dos mujeres

más próximas a ella se abrazaban mientras una de ellas lloraba.

Se había pasado dos semanas tratando de que la gente estuviera contenta. Aquellas lágrimas estaban fuera de lugar.

—¿Puedo ayudarlas? —preguntó amablemente a las mujeres—. ¿Quieren que entremos en el castillo para que puedan estar tranquilas?

—No, gracias, señorita —dijo la que no estaba llorando—. Pero es que va a ser muy duro. Ayer recibimos el último aviso.

—¿Qué aviso?

—El de dejar nuestras casas. Llevamos aquí toda la vida. Muy pocos de nosotros podemos comprar la casa donde vivimos. Con la última crisis financiera, incluso los que ganamos un buen sueldo no conseguimos que nos den un crédito. Craigenstone está acabado. Su abuela, nosotros… Hoy es el fin. Es la primera vez que un señor del castillo celebra Hogmanay y, al mismo tiempo, es el final para todos nosotros.

Holly se quedó de piedra.

La venta del castillo. «Craigenstone está acabado».

La cabeza le daba vueltas tratando de entender los hechos, y era como asomarse a un abismo. Era como si ese abismo hubiera estado ahí todo el tiempo, pero ella no lo hubiera visto.

¿Cómo podía haber estado tan ciega?

Su abuela no se lo había dicho.

Claro que se lo había dicho. Recordó sus palabras de tres semanas antes, del día en que ella había llegado al pueblo.

«El señor va a vender después de todos estos años. Debiera haber ahorrado, pero, Holly, no podía imaginarme… ¡Qué estúpida vieja!».

Holly había supuesto que se refería solo a ella, a su casero, no al pueblo entero.

Las mujeres se alejaron, pesarosas, y ella se separó de la hoguera y la multitud. Necesitaba espacio.

Era australiana, por lo que no había entendido lo que sucedía. Pero había leído suficientes novelas históricas.

La propiedad no era únicamente el castillo y el terreno que lo rodeaba, sino todo Craigenstone, y el magnate que fuera a comprar la propiedad, desearía que hubiera el máximo número posible de pintorescas casitas de piedra. Parecía que Angus había ofrecido a los habitantes del pueblo comprar su casa si querían, si podían permitírselo; el resto se vendería.

Vio a Stanley algo apartado, con su adusta expresión habitual. No le caía bien. Sabía que Angus no lo había despedido porque era el único que conocía el lugar, pero verlo le ponía los pelos de punta.

Se obligó a ir a hablar con él.

—¿Cuántas casas se van a vender a sus moradores? —le preguntó directamente. Él ni siquiera se volvió para contestarle.

—Diez.

—¿De cuántas?

—De sesenta. El comprador hubiera preferido que fueran todas, pero el señor insistió en que se diera a los inquilinos la opción de comprarlas.

—¡Qué amable!

No se había quejado del coste que le había supuesto celebrar la Navidad en el castillo. Ella había buscado información en Internet sobre él; Angus incluso se la había enseñado. Era copropietario de una de las instituciones financieras más importantes del mundo.

El gasto de aquellas navidades sería una gota en el océano de su fortuna. Lo que obtendría por el pueblo no significaría nada para lo que ya poseía.

Pero quería deshacerse de él. Mientras tuviera el castillo se lo compararía a su padre, y eso no le gustaba.

Entonces, ¿por qué no venderlo?

Era un egoísta, igual que Geoff, pensó Holly con pesar.

¿Cómo había podido cometer el mismo error dos veces?

Sin darse cuenta se había encaminado de nuevo hacia la hoguera, donde se hallaba él.

Había creído que lo amaba. Le había entregado su cuerpo. ¿Y su corazón?

¡No! Tenía que guiarse por la cabeza, no por el corazón. ¿Acaso no había aprendido nada?

—Angus…

Él se volvió y la vio, y supo de inmediato que le pasaba algo.

—Dime, mi amor.

—No soy tu amor.

—No es eso lo que me has dicho esta mañana.

—Esta mañana no sabía que vas a desahuciar a todo el pueblo.

—No voy a hacerlo —replicó él, sobresaltado.

—Vas a vender la propiedad, todo el distrito de Craigenstone.

—Sí, pero…

—Pero ¿qué?

—Que ha llegado el momento de dejar de ser un señor feudal. El señor del castillo ya no desempeña papel alguno en la vida de esta gente, ya lo sabes. Lo único que voy a hacer es instalarme en el siglo XXI.

—Lo único que vas a hacer es irte a Manhattan.

—Eso no es justo. Esta gente no me quiere, como tampoco quería a mi padre ni a mi abuelo.

—Tal vez lo hicieran y ellos no se dieran cuenta,

—No te entiendo.

—Este pueblo es precioso. Está rodeado de montañas, hace mucho frío en invierno y probablemente esté invadido de mosquitos en verano.

Sí, tiene inconvenientes, pero incluso yo me doy cuenta que está formado por una comunidad, no por una serie de casas individuales. Y una comunidad necesita un líder. Sin embargo, tú vas a ganar una fortuna, a marcharte y a dejar a esta gente con qué, ¿con el golf?

—Con sus casas.

—No es cierto. Solo diez de los sesenta van a comprar; el resto se va a marchar.

—Eso depende de ellos.

—¿Cómo va a depender de ellos? ¿Cómo te atreves a decir eso? —le preguntó ella, prácticamente gritando—. Con las crisis en pleno apogeo, ¿cómo va a conseguir alguien como mi abuela un préstamo? Sus padres, sus abuelos, sus antepasados vivieron en este pueblo, al lado de la casa en la que vive. Maggie se trasladó al casarse. Nunca le ofrecieron a ella o a su esposo la posibilidad de comprar, así que no pensaron en ello. Y ahora, de pronto, los echan a la calle. Y si tienen suerte acabarán en un piso de protección oficial de la ciudad.

—¿Quieres bajar la voz? No es para tanto, Holly. Si alguien quiere quedarse, puede hacerlo.

—¿Cómo?

—Estoy dispuesto a concederles un préstamo. Si tu abuela o cualquier otra persona quiere quedarse en la casa puede hacerlo. El alquiler que pagan ahora cubrirá los intereses. Es un préstamo por el que solo voy a cobrarles los intereses y que me tendrán que devolver solo si se marchan de la casa, ellos o la siguiente generación.

—No es lo que me ha dicho mi abuela.

—Pues te lo digo yo.

—Aunque sea cierto, sigues dividiendo la comunidad, matando el pueblo.

—Eso no tiene nada que ver conmigo —pero ella vio una expresión de leve inquietud en su rostro—. El sistema feudal ha muerto, Holly. No se puede esperar que me vaya a quedar aquí como mi padre.

—Pues te comportas con la misma crueldad que él al abandonar a esta gente y volver a Manhattan a seguir ganando dinero.

—Eres injusta.

—¿Por qué tiene mi abuela que vender su casa?

—No tiene que hacerlo.

—Claro que tiene que hacerlo. No le queda otro remedio ¿Y por qué lloran las mujeres? ¿Por qué se va a desintegrar la comunidad mientras tú ganas dinero?

—Holly…

—Actúa con la cabeza, no con el corazón —dijo ella, y la ira, de pronto, la abandonó—. La bellota no cae lejos del árbol. Holly, la estúpida; esa soy yo. Y ciega. Geoff me robó a mí y tú lo estás haciendo a toda una comunidad.

—¿Cómo me dices eso?

—¿Por qué vuelves a Manhattan? Tu padre hubiera hecho lo que le diera la gana. ¿No es lo mismo que vas a hacer tú? Yo no entiendo de finanzas, pero sé que mi abuela está en la calle, por eso me vi obligada a trabajar para ti. Y he trabajado para ti: he sido tu chef y tu prometida. Pero se ha acabado. Mi contrato termina mañana.

Se quitó la anilla de metal y se la devolvió. Él la tomó sin decir palabra.

—Ha prevalecido el sentido común. Cometí un error y he cometido otro, pero se acabó.

—Holly, te quiero.

—Pues yo a ti no —mintió ella con un sollozo—. No puedo. Sé que parece una locura, pero quiero el cuento de hadas entero. Quiero a un hombre que sepa ser el señor del castillo.

Holly se fue, probablemente a la cocina. Él se moría de ganas de seguirla, pero antes tenía que recoger algunos datos.

Después de hablar media hora con los habitantes del pueblo se hizo una idea de lo que había pasado. Era cierto que debiera haber hablado antes con ellos, pero llevaba allí poco tiempo, aunque el suficiente para darse cuenta de cómo despreciaban a su padre. Había pensado en marcharse lo antes posible. Solo la llamada de Ben y la angelical aparición de Holly habían interferido en sus planes.

Para la venta, había dejado que Stanley se ocupara de hablar con los habitantes del pueblo, ya que era quien les cobraba el alquiler y los conocía a todos.

Pero parecía que este no había hablado con ellos, sino que les había escrito. Uno de los lugareños le había enseñado dos cartas.

Angus las leyó y se puso furioso.

Las acusaciones de Holly eran fundadas.

Había encargado de aquello a Stanley sabiendo que le robaba, pero le había resultado lo más cómodo.

Hizo un par de llamadas; la primera, al agente inmobiliario de Londres que llevaba la venta; la segunda, al contable del magnate árabe.

Después fue a ver a Dougal, que aún no se había dormido. Estaba en la silla de ruedas, con el perro en el regazo, observando la hoguera desde la ventana, viendo a los lugareños volver a sus casas.

Se quedó muy sorprendido ante la visita de Angus a esas horas. Este comprobó que tenía la mente muy lúcida y que estaba dispuesto a vengarse de Stanley y del padre de Angus, que lo había contratado.

—Me dijo que Rob, el del pub, iba a quedarse con Mac. Qué mentiroso. Echó al perro a la calle. No sé cómo sobrevivió. En lo que a Stanley respectaba, los dos estábamos mejor muertos.

Era un epitafio adecuado a las acusaciones que daban vueltas en la cabeza de Angus. Su padre. Stanley. Él mismo. Algunas de ellas iban dirigidas directamente contra él.

Se sentó en la biblioteca y se quedó mirando al vacío.

Iba a destruir una comunidad.

Era absolutamente cierto.

¿Qué podía hacer? ¿Cómo reparar el daño causado?

¿No vender el castillo? El contrato no era irreversible. Pero si no vendía… Había visto las casas de piedra, las calles, las infraestructuras, la miseria absoluta. El lugar necesitaba una inyección masiva de algo.

¿De amor?

¿De Holly?

Pensar eso era una locura. Tenía que pensar como un financiero, pues eso era.

Pero también era el señor del castillo de Craigie, un papel que no deseaba, pero que también le correspondía.

Al alba se levantó y se acercó al espejo que había encima de la chimenea. El reflejo le devolvió un rostro sombrío, cansado y sin afeitar. Todavía llevaba puesta la falda de sus antepasados, el uniforme ancestral de batalla de las tierras altas de Escocia.

Así que, el señor del castillo estaba listo para enfrentarse a los bárbaros, pero parecía que estos no provenían del exterior, sino de su interior. La batalla no tenía nada que ver con el magnate del petróleo que quería comprar la propiedad ni tampoco con Stanley, al que pronto se enfrentaría.

La batalla era contra sí mismo.

No era como su padre.

Sabía que este, ante lo que estaba ocurriendo, se hubiera marchado sin mirar atrás, ya que el magnate ofrecía una cifra asombrosa.

Pero Holly esperaría que…

Angus lanzó una última mirada a las cartas y a las cifras y tomó una firme decisión.

Tenía que hablar con Stanley inmediatamente.

Y tenía que hablar con Holly. Si quería escucharlo.

Capítulo 12

Holly había llorado hasta quedarse dormida. Se estaba comportando como una adolescente locamente enamorada. En el caso de Geoff, había sentido ira y asco, pero no había llorado en la cama por él, sino por la humillación, así como de desesperación por su situación económica, pero no por Geoff.

Pero la noche anterior, de madrugada, al acabar de limpiar la cocina, se había arrastrado hasta su habitación, se había acostado y había dado rienda suelta a la desesperación. Solo se había sentido así cuando murieron sus padres.

Estaba tan cansada y apenada que aún no se había levantado. Con los ojos hinchados de haber llorado tanto, despeinada y ojerosa, se tapó la cabeza con las sábanas cuando llamaron a la puerta y gritó:

—¡Vete!

Después sacó la cabeza y miró la hora. Eran las siete. Se había acostado a las cuatro.

Pero en su contrato se estipulaba que debía trabajar ese día, su último día. Cumpliría el contrato y recibiría su dinero. Así, Maggie al menos tendría para pagar el alquiler.

Algo bueno resultaría de aquel desastre.

—El desayuno estará listo dentro de media hora —gritó a quien llamaba a la puerta—. Vete.

En lugar de eso, la puerta se abrió.

Era Angus.

Holly pensó que debiera haber cerrado con llave; después, que la puerta no tenía cerradura. Pues debiera haber puesto una silla contra ella. No quería que Angus estuviera en su habitación.

En cuanto lo miró, se dio cuenta de que no había dormido. Llevaba puesta la misma ropa que la noche anterior y parecía tenso y cansado.

—Tenemos que hablar —dijo él.

Ella negó con la cabeza mientras se sentaba en la cama y se tapaba hasta el cuello.

—No hace falta. A lo hecho, pecho. Terminaré a la hora de comer. Todos se marchan hoy, así que Stanley y tú podéis hace lo que os dé la gana.

—Crees que soy un monstruo, ¿verdad?

Ella respiró hondo e intentó ser objetiva. Él no había pedido heredar el castillo, no lo deseaba. Había llegado, lo había vendido y seguiría con su vida.

Pero el daño que estaba causando…

—Stanley ha estado sacando tajada —afirmó él, que seguía en el umbral de la puerta, como si no tuviera derecho a entrar.

—Stanley —dijo ella con recelo mientra intentaba no emitir juicios apresurados.

—No puedo hacerle completamente responsable, ya que la culpa es mía. En Manhattan, yo no habría permitido que un empleado a quien no conocía hubiera tenido tantas responsabilidades, sobre todo cuando ya sospechaba de su falta de honradez, pero aquí no tenía más remedio. Vine a vender la propiedad. Stanley era el único miembro del personal que quedaba y que conocía el lugar. Le di instrucciones, pero no las siguió. Sospechaba que no era honrado, pero no sabía hasta qué punto.

—¿Qué ha hecho? —balbuceó ella. No iba a invitarlo a entrar ni a bajarse la manta del cuello. La distancia y la ropa de cama eran la única y frágil armadura de que disponía

—Va a recibir una comisión del comprador, un diez por ciento del valor de cada casa que se incluya en la venta de la propiedad. Stanley sabía que tenía que comunicar a los inquilinos que podían comprar su casa si querían, pero se olvidó de mencionar la ayuda financiera que yo estaba dispuesto a prestarles. Por tanto, se los desahuciaría a los dos meses si no podían comprar sin ayuda.

—¿Qué ayuda económica?

Él se lo explicó y la observó mientras ella reflexionaba sobre la oferta, sobre lo mucho que hubiera significado para Maggie y para el resto de los habitantes del pueblo.

Pero siguió sin bajarse la manta del cuello.

—Eso está bien. Entonces, ahora que lo sabes, ¿vas a solucionarlo?

—Voy a hacerlo. He despedido a Stanley, que ya se ha marchado. Espero no volver a verlo, pero mis abogados se encargarán de él. El contrato de venta del castillo no está firmado aún. Todos los inquilinos que quieran quedarse podrán hacerlo.

—Estupendo. Entonces, ya está.

—Sí.

Holly pensó que era fantástico que se hubiera hecho justicia. Maggie podría quedarse. El pueblo de Craigenstone continuaría existiendo. Debiera estar dando saltos de alegría.

Pero no lo hacía.

—Así que, después de organizar la venta de las casas, ¿volverás a Manhattan? —pregunto ella con voz débil.

—Verás, hay algo más. No creo que pueda.

—¿Marcharte?

—No.

—¿Por qué?

—Porque esta propiedad necesita a alguien que la cuide —afirmó

Angus con una sonrisa cansada—. Alguien en quien los lugareños confíen. Nadie se ha preocupado del pueblo ni del castillo durante generaciones. Anoche estuve hablando con Dougal. En cuanto le hablé de restaurar la propiedad, se apasionó.

La manta se había escurrido un poco hacia abajo, pero Holly no se había dado cuenta, pues estaba pendiente de las palabras de Angus.

—En el valle no hay ninguna industria. Había una fábrica de tejidos de lana, pero hace treinta años que cerró, cuando mi padre era el conde. Necesitaba una reforma, pero mi padre prefirió cerrarla a gastarse el dinero. El cierre supuso caer en la pobreza para los granjeros que criaban ovejas. Parece que las nuestras producen la mejor lana de Escocia. La fama se mantiene, pero la tierra se ha arruinado y los granjeros se han tenido que marchar. Quiero crear buenas infraestructuras, restaurar las granjas, construir más casas, en vez de venderlas. Dougal dice que quedan suficientes ovejas para volver a formar rebaños y que los ancianos todavía conservan la habilidad y los conocimientos para volver a poner en marcha la fábrica. Podría funcionar.

—Pero, Angus, estás hablando de un proyecto a años vista. Hablas con pasión.

—Sí. Y hablo de quedarme aquí, de no ser como mis antepasados, de devolver la vida a este valle. Hablo de vivir aquí, contigo. Con los chicos, si quieren quedarse, que creo que sí. Con Dougal apoyándome todo el tiempo que pueda.

—¿Lo has decidido esta noche? —Holly apenas podía hablar. Estaba sin aliento—. ¿Cómo has podido decidirlo tan deprisa?

Él siguió sin acercarse.

—Porque ha sido una noche muy larga. Mejor dicho —se corrigió— han sido tres semanas muy largas. Tres semanas que me han cambiado la vida.

—No sé a qué te refieres.

—¿Puedo entrar?

—Sí, con tal de que no me toques.

—¿Me tienes miedo? —preguntó él con esa sonrisa que a ella la volvía del revés.

—Tengo miedo de mí misma, no de ti. Hasta ayer, mis hormonas se habían vuelto locas por ti y, sí, todavía lo están. Pero anoche tomé una decisión y la voy a mantener.

—¿Aunque yo haya cambiado de idea? ¿Aunque tu acusación de que soy como mi padre hay sido el catalizador que me haya hecho cambiar de esta manera? Tus acusaciones eran justas. Tal vez también lo fueran los miedos de mi madre. Vivo para mí, siempre lo he hecho. Trato de no hacer daño a nadie. Trabajo y gano mucho dinero. La corporación financiera que dirijo dedica mucho dinero a obras sociales. Doy cuando

se me pide, pero no cuando veo que hay necesidad; obviamente, porque no miro.

—Pero sí lo hiciste cuando Ben te rogó venir aquí. Y también pediste a Dougal que viniera. Has llenado el castillo de gente.

—Sí, pero porque tú estabas aquí. Cuando puse el anuncio al que respondiste, ni siquiera quería contratar a nadie. De no haber aparecido tú, me habría inventado una excusa para que los chicos no vinieran.

—¿Y ahora qué? —le preguntó ella.

Angus entró por fin y se acercó a la cama, pero no tocó a Holly. Seguía siendo el jefe que hablaba con una empleada que había lanzado acusaciones contra él y que se marchaba.

—Me he enamorado de ti —dijo en voz baja—. Me he enamorado de lo que eres, que es como quiero ser. Quiero dar como das tú. Quiero ser como tú.

—¿Cómo? ¿Como alguien que se enamora de indeseables?

Él sonrió.

—Te has enamorado de un indeseable y medio. La otra mitad se ha redimido; o intenta hacerlo. Piensa en lo que podríamos hacer con el castillo, Holly. Podríamos transformar todo por completo. Craigenstone reviviría. Tengo el capital necesario y me encantaría invertirlo. Y voy a hacerlo. Si es necesario, lo haré solo, aunque no quiero que sea así. Me he enamorado de mi regalo de cumpleaños, de mi Holly, de la mujer que me ha vuelto la vida del revés.

—¿No quieres volver a Manhattan?

—Tendré que ir de vez en cuando. ¿Nunca has estado allí?

—No.

—¿Te gustaría ir? —levantó la mano antes de que ella le respondiera —. No me contestes. No pido una novia para Manhattan, sino una novia para este castillo; una mujer que me ayude con el castillo y con toda la propiedad, y que de vez en cuando vaya de viaje con su marido, cuando él necesite de verdad marcharse y no soporte separarse de ella.

—Angus…

—Porque no soporto separarme de ti, Holly —dijo él poniéndole los dedos en los labios. Después la tomó de las manos—. Te quiero, y haré lo que sea para que me correspondas, aunque eso implique que tenga que llevarme a Manhattan, cada vez que tenga que ir, a los tres chicos, a su madre, a tu abuela, al perro, a la gata, a Dougal y a su enfermera. Mis días de soledad se han terminado. No quiero ser el señor de este castillo y estar solo, amor mío.

Como ella fuera incapaz de hablar, porque ¿cómo iba a hablar con los ojos llenos de lágrimas?, él la atrajo hacia sí y la abrazó como si fuera lo más precioso del mundo, y el mundo de Holly cambió en ese instante.

Cenicienta había encontrado a su príncipe.

Holly había encontrado a su Angus.

—¿Te quieres casar conmigo?

Ella consiguió asentir con la cabeza.

—Sí.

—¿Y me querrás?

—Claro que te querré —dijo ella entre lágrimas—. Te querré para siempre. Creo que ya lo hice la primera vez que te vi, con tu falda escocesa. Pero no confiaba en…

—No tenías motivo para hacerlo. ¿Lo haces ahora?

—Tal vez —dijo ella entre beso y beso—. Tal vez, mi amor, si sigues llevando esa falda.

Fue un día señalado en la historia del pueblecito de Craigenstone aquel en que lord Angus McTavish Stuart tomó como esposa a Holly McIntosh.

Se casaron en la capilla del castillo, por supuesto. Pero la capilla era muy pequeña, y toda la gente del distrito quería formar parte de ese feliz día. Se instalaron carpas con pantallas y sonido para que todos pudieran seguir la ceremonia.

—Es nuestra chica —declararon los lugareños olvidando que su padre había emigrado a Australia, se había casado con una australiana y que Holly hablaba con acento australiano. Pero ese día era la nieta de Maggie, la mujer que había domado al conde de Craigenstone.

Porque Angus seguía siendo el conde. Nadie quiso que renunciara al título. Los lugareños lo consideraron como el inicio de un futuro prometedor, no como una continuación de lo mismo de antes.

El nuevo duque movía montañas. Un ejército de trabajadores estaba reparando carreteras, reformando casas muy descuidadas, preparando granjas para las ovejas que Angus planeaba que volvieran para devolver la prosperidad al valle.

Se estaba reconstruyendo la fábrica. Los viejos del lugar daban consejos e impartían enseñanzas. El pueblo bullía, y hasta los jóvenes que se habían marchado deseaban volver para tomar parte de aquel resurgimiento.

Y llegó el día. Angus estaba ante el altar. Dougal, en la silla de ruedas, a su lado, esperando con él a la mujer que había hecho todo aquello posible.

Holly.

Y allí estaba ella, acompañada de Maggie, que iba a entregársela a Angus, ya que no estaba dispuesta a consentir que lo hiciera nadie más. Mary y Polly le llevaban la cola del vestido, que era de encaje antiguo, pues se trataba del vestido con el que se había casado su abuela.

Estaba preciosa. Era preciosa, pensó Angus mientras la veía avanzar

hacia él. La luz de la tarde le hacía brillar el cabello.

Angus pensó en Geoff, al que no conocía, y logró compadecerse de él. Había tratado muy mal a Holly, pero, al hacerlo, había ofrecido mucho al valle y a su gente.

—Tengo el anillo guardado —le susurró Ben, pero Angus no lo oyó. Solo tenía ojos para su prometida.

Llenarían el castillo con su familia, sus amigos, sus mascotas. Lo convertirían en un verdadero hogar. Holly lo había transformado.

Y también lo había transformado a él.

—Amor mío —le susurró con dulzura tomándola de la mano—. Estás preciosa.

—Tú tampoco estás mal —afirmó ella sonriendo. Y él rio con una risa que hizo que todas las mujeres presentes suspiraran.

Pero Holly no se casaba con él por su sonrisa ni por su risa. Tampoco por su castillo, su título o su dinero.

Se casaba porque era su Angus, así de sencillo.

Sonrió a su futuro esposo.

—No te rías. Esto es muy serio —le susurró—. Me has prometido un anillo de oro y por eso estoy aquí.

—¿Este no lo regalarás?

—No —respondió ella mirándolo a los ojos. Y el supo que decía la verdad—. Este es para siempre.

Fin